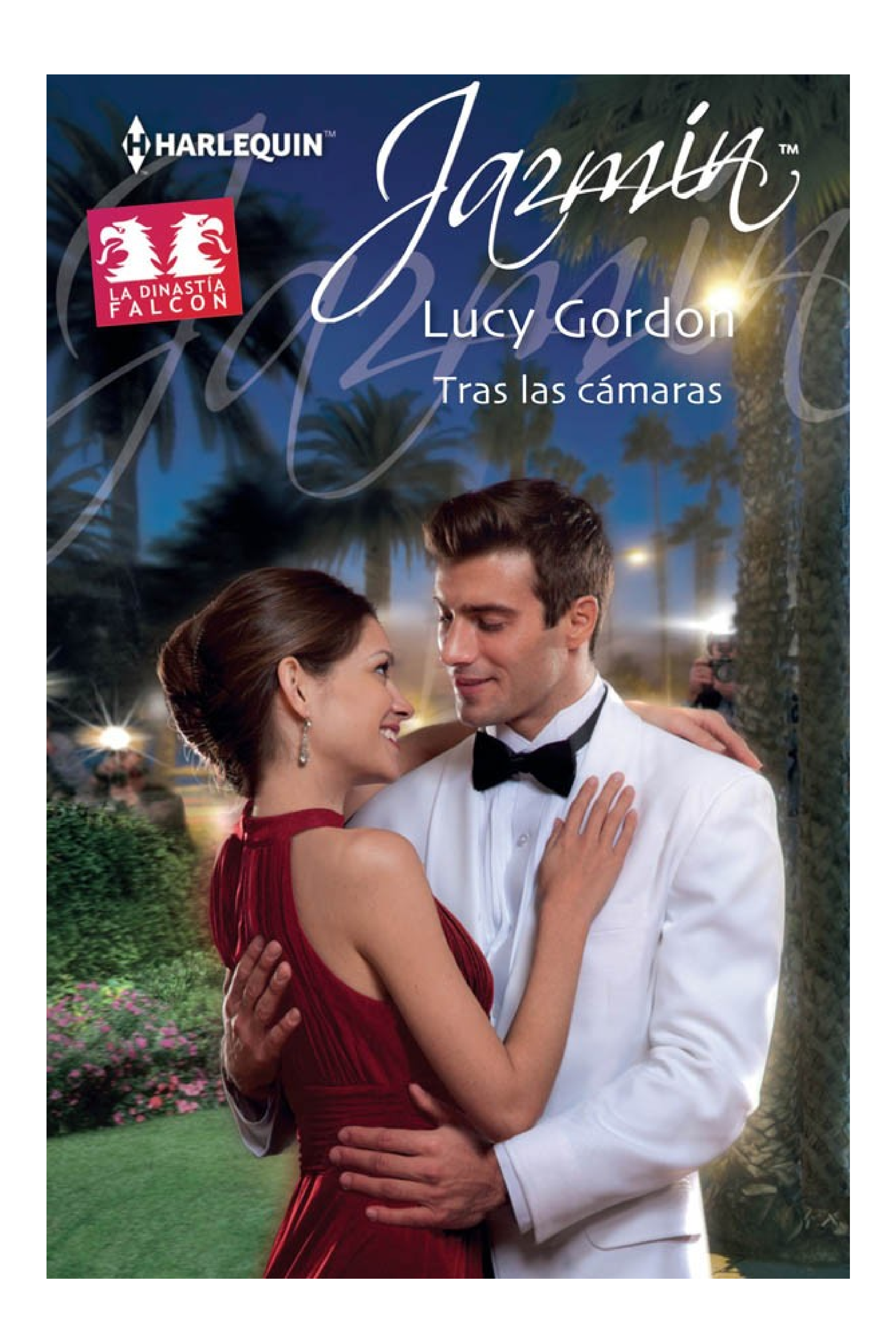

HARLEQUIN
Jazmín
LA DINASTÍA FALCON
Lucy Gordon
Tras las cámaras

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TRAS LAS CÁMARAS, N.º 95 - Noviembre 2013
Título original: Plain Jane in the Spotlight
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013.

I.S.B.N.: 978-84-687-3865-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

–Por Dios, Travis, ¿es que no escuchas nunca? Te lo he advertido una docena de veces. Te dije que te alejaras de ese tipo de clubs...

Denzil Raines, jefe del Sandora Studio de Los Ángeles, respiró hondo e intentó refrenar su mal humor; pero fue difícil, porque Travis Falcon tenía la extraña habilidad de acabar con la paciencia de cualquiera.

El estudio producía varias series de televisión con mucho éxito, pero ninguna era tan famosa como *El hombre del paraíso*, protagonizada por Travis. Y Denzil estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario por proteger su inversión.

Una inversión que, en gran medida, se concentraba en el joven que soportaba sus recriminaciones sin protestar. Alto, guapo, encantador y de cuerpo absolutamente perfecto, tenía la sonrisa devastadora de un hombre al que le gustaba disfrutar de la vida. Sus juergas nocturnas eran tan legendarias como su disposición a vivir nuevas experiencias; pero resultaban más que inconvenientes para las personas que, como él, lo intentaban proteger.

–No sabía que fuera un club de strippers –replicó Travis, encogiéndose de hombros–. Lo eligió un amigo mío para su despedida de soltero.

Denzil suspiró. Sabía que su imagen de chico malo era uno de los motivos que le habían dado la fama, pero también sabía que perdería el apoyo de la audiencia si sus excesos llegaban al conocimiento del gran público.

–¿Despedida de soltero? –bramó–. ¿Y no se te ocurrió que estaría lleno de chicas medio desnudas?

–Vamos, no es para tanto...

Travis lo dijo con despreocupación, sin apartar la mirada del letrero de Hollywood que se veía en la distancia; un letrero que, durante noventa años, había simbolizado el glamour, la riqueza y el esplendor de la ciudad de Los Ángeles.

–¿Que no es para tanto? Mira esto.

Denzil alcanzó un periódico y le enseñó la fotografía de portada. Travis aparecía con una joven prácticamente desnuda que se había sentado en su regazo y lo estaba besando.

–Tienes que dejar de ligar con ese tipo de chicas –continuó.

–No intenté ligar con ella –protestó–. Me estaba tomando una copa, tranquilamente, cuando esa dama se acercó a mí y...

–¿Tranquilamente? ¿Tú? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo tranquilamente? –se burló Denzil–. Además, la señorita en cuestión no era ninguna dama. La habían contratado para... entretener a los invitados masculinos, por decirlo de un modo suave. Y, según parece, te entretuvo toda la noche.

–Yo no le pedí que se sentara en mi regazo.

–Pero tampoco te la quitaste de encima.

–No, claro que no; habría sido una grosería. Solo quería ser educado.

–Y supongo que te abrazaste a ella y la besaste en la boca por pura educación, ¿verdad? –ironizó Denzil.

–Soy de carne y hueso –se defendió Travis–. Cuando una mujer medio desnuda se echa encima de un hombre, espera que le demuestre su agradecimiento.

–Pues se lo demostraste muy bien –replicó–. Tú también estabas medio desnudo... Fíjate en tu camisa. Abierta hasta la cintura, para que te pudiera tocar tanto como quisiera. ¿Te la desabrochó ella? ¿O llegaste así al club, para provocar?

Travis gimió.

–¿Podríamos dejar el asunto? No sabía que hubiera un periodista en la sala.

–Los periodistas están en todas partes. Ya lo deberías saber. Te han estado vigilando desde que la serie se puso de moda. Buscaban algo que alimentara el escándalo, y tú se lo has ofrecido en bandeja.

–Creo que voy a guardar silencio hasta que llegue mi abogado –dijo Travis con humor.

–No le veo la gracia –Denzil gruñó–. Esto te podría hacer mucho daño. No sería un problema si tu personaje fuera distinto, pero siendo como es...

La serie era la comidilla del mundo del espectáculo. A simple vista, parecía una historia clásica sobre un hospital, centrada en el guapo y joven doctor Brad Harrison, que interpretaba Travis.

Sin embargo, el médico llevaba una vida de hombre estricto y virtuoso que contradecía su atractivo sexual, y todo giraba alrededor de la sospecha de que Harrison no era un ser humano normal y corriente, sino un espíritu de otra dimensión.

La contradicción entre la existencia austera del doctor Harrison y las posibilidades sexuales de un hombre tan atractivo era la clave del éxito de la serie. Y los productores tenían miedo de que las actividades nocturnas de Travis lo pusieran en peligro.

–La gente no debe saber que el actor que interpreta a tu angelical personaje es un hombre que se deja dominar por sus instintos –continuó Denzil.

–Pero yo no soy angelical...

–¿Crees que no lo sé? –replicó–. Mira, la gente está loca por ti y las cosas van tan bien que ya se está pensando en una serie nueva. Pero eso puede cambiar.

–Denzil...

–No te estoy pidiendo que vivas como un monje. Comprendo que disfrutes de la compañía femenina. Solo te pido que busques compañías menos peligrosas.

Travis suspiró.

–De acuerdo. Tendré más cuidado.

–¿Por qué no sales con alguna chica respetable, para variar? Y no pongas esa cara... sé que lo de respetable suena poco apetecible, pero necesitamos que el público crea que eres un buen chico, no un mujeriego.

–Es que soy un mujeriego.

–Pues finge lo contrario. Eres actor. Actúa.

–No puedo actuar en la vida real, Denzil. ¿Quie-res que finja estar enamorado cada vez que ligo con una chica? Sería verdaderamente injusto por mi parte. Y también contraproducente, porque después irían con el cuento a la prensa.

Esa vez fue Denzil quien gimió.

–Hagas lo que hagas, pon tu vida en orden. Nos jugamos mucho, Travis. Piensa en tu carrera. Pien-sa en el dinero.

–Está bien, pensaré en el dinero.

–Pues ya que estamos hablando de eso, esta no-che...

–No voy a asistir a esa cena –lo interrumpió, vehemente–. Entre Brenton y yo hay demasiada mala sangre.

Travis salió del despacho con una mezcla de indignación y alivio. Y mientras se alejaba por el corredor, sonó su teléfono.

Era Pete, su agente.

–¿También te ha molestado a ti? –preguntó Tra-vis.

–Por supuesto. Denzil me ha llamado en cuanto has salido de su despacho. Está enfadado contigo porque no quieres ir a la cena de esta noche.

–Ni quiero ir ni voy a ir.

La cena era un acto en honor de Frank Brenton, que cumplía sesenta años. Denzil estaba empeñado en que asistiera porque Brenton, un mandamás de la industria del cine y la televisión, era uno de los principales inversores de la serie.

–Ni él me puede soportar a mí ni yo lo puedo soportar a él –continuó–. Hizo todo lo que pudo para que no me dieran el papel y me odia a muerte porque no lo consiguió. Es mejor que no nos encontremos.

–Bueno, no te preocupes... le he prometido que iré en tu lugar y se ha quedado más tranquilo –dijo Pete–. Pero quiere estar seguro de que has entendido el mensaje en lo tocante a tus andanzas nocturnas.

–¿Por qué tengo que ser el único hombre virtuoso de Los Ángeles? –protestó.

–Porque te hace diferente a los demás, y esa diferencia es la clave de la fortuna que te pagan –respondió su agente–. ¿Es que ya no te importan el dinero y la fama?

–Claro que me importan.

–Entonces, cambia de actitud.

–¿Y qué me estás pidiendo? ¿Que lleve una vi-da de celibato?

–Te conozco demasiado bien para pedirte eso. Solo se trata de que tengas cuidado cuando estés en público –respondió–. Te recuerdo que hay muchos actores que estarían encantados de sustituirte en la serie.

Pete cortó la comunicación sin despedirse, para enfado de Travis. Pero su agente y Denzil tenían razón.

Si seguía por ese camino, pondría en peligro su carrera, su reputación, su orgullo y, por supuesto, el dinero que manaba a raudales de su estrellato; la fortuna que lo había convertido en un hombre con éxito y que le aseguraba el respeto de su familia.

–Creen que es tan fácil… –se dijo en voz alta–. Como si interpretar a un personaje inmaculado en una serie de televisión fuera lo mismo que comportarse igual en la vida real. Pero la vida real es otra cosa.

Travis soltó una carcajada sin humor y añadió:

–Bueno, será mejor que lo olvide y que me ponga a trabajar. Además, ¿quién sabe? Puede que uno de estos días, cuando salga a la calle, me encuentre con mi lado virtuoso… Signifique lo que signifique eso.

Charlene respiró hondo mientras la cola avanzaba hacia la entrada de los estudios.

Había llegado el momento. Segundos después, traspasaría aquella puerta en calidad de miembro del grupo de privilegiados que iban a gozar de una visita guiada por las instalaciones. Pero cabía la posibilidad de que alguien la reconociera y se diera cuenta de que era un fraude; de que no estaba allí para ver los estudios, sino para ver a Lee Anton, el hombre del que seguía enamorada.

Al entrar, la cola se detuvo un momento y Char-lene se miró en el espejo de la pared. Estaba tan atractiva como podía estar, pero pensó que eso no era suficiente. No era fea, pero tampoco una belleza monumental. Lee la había descrito en cierta oca-sión como una mujer bonita, y había añadido que adoraba sus ojos oscuros y chispeantes.

Durante su relación, Charlene se había aferrado a aquellos halagos y al hecho de que Lee la hubiera elegido a ella en lugar de a cualquiera de las mujeres impresionantes del grupo de actores aficionados donde se habían conocido.

Lee era un actor profesional, pero en aquella época estaba sin trabajo y a punto de dejar la profesión, así que se había apuntado al grupo y a la obra de teatro que estaban ensayando para matar el tiempo.

Lo suyo fue amor a primera vista; al menos, para ella. Y Charlene se entregó a él por completo, sin contención alguna.

Poco después del estreno de la obra, que fue un éxito, Lee le anunció que tenía algo importante que decirle. Charlene se quedó sin aliento y cruzó los dedos, pensando que le iba ofrecer

matrimonio. Pero no fue así.

–He estado esperando el momento apropiado para decírtelo –declaró, entusiasmado–. Es tan maravilloso...

–Oh, Lee...

–Entre el público del estreno había un agente artístico, de Estados Unidos.

–¿Cómo?

–Quiere trabajar para mí. Dice que me puede conseguir un papel en *El hombre del paraíso*. Por lo visto, están buscando a un actor inglés. ¿No te parece increíble? ¿No es la mejor noticia que has oído nunca?

–Sí, claro que sí...

Dos días después, Lee se marchó a Los Ángeles tras prometerle que se mantendría en contacto con ella.

Y, en cierto modo, cumplió su promesa. La llamó por teléfono y le envió mensajes de correo electrónico, pero no la invitó a Estados Unidos. Era evidente que se estaba alejando de ella, y Charlene no lo podía permitir. Tenía algo importante que decirle; algo que no le podía contar por teléfono.

Al final, se subió a un avión y se marchó a Los Ángeles, donde llevaba tres días. Pero Lee no contestó a sus llamadas y, como tampoco tenía su dirección, terminó por apuntarse a la visita guiada donde estaba ahora.

Justo entonces, el guía les empezó a hablar de los protagonistas de *El hombre del paraíso*. Y tras unas cuantas reflexiones sobre la historia y sus personajes, les comenzó a contar detalles del hombre que había conquistado el corazón de Charle-ne.

–La serie contará pronto con la presencia de un actor inglés, Lee Anton. Interpretará el papel del doctor Franklin Baker, un médico que llega al hospital Mercyland y se hace amigo y confidente de Brad Harrison, el personaje de Travis Falcon. Fran-cis será la única persona que esté al tanto de su misterioso secreto.

Charlene se acordó del periódico que había comprado esa misma mañana, cuando vio que incluía una noticia sobre los actores de la serie. Su lectura le había resultado decepcionante e inquietante al mismo tiempo. Decepcionante, porque solo dedicaban un par de líneas a Lee; e inquietante, porque se había llevado un buen susto al ver la imagen de portada: un hombre con la camisa desabrochada y

una chica pelirroja sobre sus piernas.

Como la cara del hombre estaba semioculta, Charlene necesitó un momento para darse cuenta de que no se trataba de Lee, sino de Travis Falcon. Y se sintió inmensamente aliviada. No esperaba que Lee se hubiera mantenido célibe durante su estancia en Los Ángeles, una ciudad llena de tentaciones; pero albergaba la esperanza de que volviera con ella cuando supiera lo que le tenía que decir.

La cola se empezó a mover otra vez. Charlene siguió al resto del grupo hasta el interior del plató, donde iban a ser testigos del rodaje de una escena. Su mente era un caos de sentimientos contradictorios. Su razón le decía que cometía un error al buscar a Lee, que la había abandonado y que no quería saber nada de ella; pero su corazón se negaba a admitirlo.

Segundos después, lo divisó al final de un pasillo. Estaba apoyado en una pared, leyendo el guion de la serie.

Charlene intentó llamarlo, pero descubrió que la emoción la había dejado sin habla. Luego, él desapareció tras una esquina y ella empezó a correr, hasta que chocó con algo duro y oyó una voz de hombre.

–¿Adónde crees que vas?

–Déjame pasar, por favor... –le rogó–. Tengo que hablar con él.

Charlene se lo quitó de encima y siguió corriendo, pero se detuvo al llegar al final del corredor. Lee estaba de espaldas a ella, a pocos metros de distancia. Hablaba con una persona que se encontraba fuera de su campo visual.

–Por fin te encuentro –dijo–. ¿Dónde te habías metido? Anda, ven aquí y dame un beso.

Una chica preciosa salió de una habitación, se arrojó a sus brazos y lo besó apasionadamente, una y otra vez.

–Oh, cariño mío...

–Me vas a dejar sin aliento –protestó él, entre risas.

Lee y la chica se alejaron juntos, sin dejar de acariciarse. Charlene se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. No sabía qué hacer. Solo sabía que tenía que salir de allí.

Desesperada, dio media vuelta. Y se volvió a topar con el hombre que se había interpuesto en su camino unos segundos antes.

–Yo... –acertó a decir, al borde de las lágrimas–. Yo...

Él le puso una mano en el hombro.

–No llores. Ese tipo no merece que lloren por él.

–No estoy llorando.

La negativa de Charlene fue tan sobrante como absurda, porque las lágrimas ya caían por sus mejillas. Pero el hombre no perdió el tiempo con discusiones sin sentido; simplemente, sacó un pañuelo y, mientras la secaba, dijo:

–De todas formas, la gente se besa todo el tiempo. No significa nada... por lo menos, en este lugar. Aquí, un beso es como un saludo.

Charlene supo que lo había dicho por animarla, e intentó tranquilizarse.

–Sí, bueno... gracias por tu ayuda. Será mejor que me vaya. No quiero molestarte más.

–No me estás molestando. ¿Conoces a Lee?

–Creía que lo conocía, pero ahora...

El hombre asintió como si la comprendiera perfectamente.

–A mí tampoco me cae muy bien –le confesó–. ¿Eres una de sus seguidoras? Por tu acento, pareces inglesa como él... ¿Has venido a verlo desde Inglaterra?

–No, por supuesto que no –respondió con vehemencia–. Qué tontería.

–Lo siento, no lo he dicho con intención de ofenderte.

–¿Por quién me has tomado? Encapricharse de un actor famoso es una estupidez. Te partiría el corazón.

–Bueno, no serías la primera mujer que se encapricha de uno –comentó con sarcasmo–. Pero si no es así, me alegro. Te aseguro que este no es lugar para gente con corazón... Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Charlene Wilkins. ¿Y tú?

Él la miró con asombro.

–¿Qué has dicho?

–Que cómo te llamas... Tengo la sensación de haberte visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde.

–Me llamo Travis, Travis Falcon.

–Ah, claro... Estás en la serie, ¿verdad?

Él sonrió.

–Es una forma de decirlo, sí. Pero, ¿qué te parece si salimos de

aquí y nos tomamos un café? Tengo unos minutos de descanso.

–No te molestes. Estoy bien, en serio.

–Oh, vamos... –dijo él, sin dejarse engañar–. No puedo dejarte sola en un sitio que desconoces. Especialmente, en tu estado.

Charlene estaba haciendo esfuerzos por comportarse de forma civilizada. Aunque no lo parecía, se encontraba al borde de un ataque de nervios.

Y cuando él le puso una mano en el brazo para acompañarla a la salida, perdió los estribos y le dio una bofetada.

Asombrada por lo que había hecho, dio un paso atrás y lo miró con horror.

–Oh, Dios mío...

Travis se frotó la mandíbula y dijo tranquilamente, como si no se sintiera ofendido:

–No te preocupes. No es para tanto.

–¿Cómo que no? Te he pegado una bofetada... Discúlpame, por favor. Te prometo que no tenía intención de... Lo siento tanto...

–Y más que lo sentirás si no te tomas un café conmigo. Venga, no discutas.

Travis habló con suavidad, pero la agarró del brazo sin contemplaciones. Charlene no se resistió. En parte, porque no le podía negar un simple café después de haberle pegado una bofetada y, en parte, porque se sentía como si todas sus fuerzas la hubieran abandonado.

Poco después, se encontró sentada en la cafetería de los estudios.

–Voy a la barra a pedir los cafés. Si huyes, me enfadaré mucho... Y no sabes lo terrible que soy cuando me enfado –dijo con una sonrisa.

Charlene se quedó sola y desconsolada. No podía creer que ella, una mujer tranquila, todo sentido común, se hubiera comportado de ese modo. Especialmente, con un desconocido que solo pretendía ayudar.

Con Travis Falcon.

Para entonces, ya se había acordado de que Tra-vis era el protagonista de la serie; el hombre que había visto esa mañana en la fotografía del periódico. Pero, a pesar de ser famoso, no se comportaba con la arrogancia y la insensibilidad habituales en una estrella de televisión. Ni siquiera se había enfadado por la bofetada.

Al cabo de unos momentos, él volvió a la mesa con una bandeja que contenía dos cafés con leche y unos rollitos de canela.

–Ya estoy aquí... Me alegra observar que te has calmado. Empezaba a estar preocupado por ti –declaró.

–Siento lo que ha pasado. No tenía intención de pegarte.

–Lo sé.

–No se te habrá hinchado la cara, ¿verdad? –di-jo ella, escudriñándolo–. Tu productora sería capaz de denunciarme.

–Descuida, estoy acostumbrado a que me abofeteen –comentó con humor–. Y, si se me hincha, no importará hasta mañana. Hoy solo tengo que ensayar. No voy a rodar ninguna escena.

Ella sonrió, más tranquila.

–Ah, por fin sonríes... excelente. Pero dime, ¿qué estabas haciendo aquí? ¿Has venido a ver a Lee?

–Sí.

–En ese caso, tendrías que haberle avisado antes.

–Lo intenté, pero no lo podía localizar. No contestaba a mis llamadas.

Travis asintió. Lee no le caía bien. Era un hombre egoísta y completamente indiferente a las necesidades de los demás. Pero optó por no decir nada al respecto. Además, no era necesario; obviamente, ella se estaba empezando a dar cuenta.

–¿Lo conoces bien?

–Fuimos compañeros de reparto.

–Entonces, eres actriz...

–Trabajo en un banco, pero formo parte de un grupo de actores aficionados. Lee y yo nos conocimos en él.

–Ah, ahora me acuerdo... Lo leí en una revista. Lee estaba sin trabajo y se metió en vuestro grupo.

–En efecto.

–Hasta que un agente artístico se fijó en él.

Charlene asintió.

–Sí. Estábamos haciendo una versión de *El sueño de una noche de verano*.

Él arqueó una ceja.

–¿Lee ha hecho un Shakespeare?

–Y muy bien... Interpretó el papel de Demetrio –respondió–. Yo era Helena.

Travis pensó que era un papel muy adecuado para ella, porque Helena se pasaba media obra persiguiendo a Demetrio y preguntándole por qué la había dejado de amar. Pero naturalmente, se lo calló.

Durante los segundos siguientes, la observó con detenimiento y se preguntó qué habría visto Lee en aquella mujer. Era alta, de ojos grandes y tan oscuros como su pelo, que le caía por encima de los hombros. No se podía decir que fuera una belleza; ni siquiera se podía decir que fuera guapa en un sentido clásico del término. Tenía rasgos regulares, pero de expresión ligeramente severa, que solo se suavizaba cuando sonreía.

En cualquier caso, era obvio que Lee había perdido su interés por ella. Tan obvio como que le había partido el corazón.

–Oh, no... –dijo ella de repente.

–¿Qué ocurre?

–Aquella mujer, la que acaba de entrar en el bar, es la guía del grupo con el que estaba visitando los estudios. Seguro que me está buscando.

La recién llegada se acercó a Charlene y le dedicó unas palabras de preocupación y recriminación.

–Es culpa mía –la defendió Travis–. Somos viejos amigos y, cuando la he visto hace unos minutos, la he convencido para que pase el resto del día conmigo. Deberías haberme dicho que tenías intención de venir, Charlene... Te habría recibido con una alfombra roja y te habría enseñado los estudios en persona.

–Es que no te quería molestar –dijo Charlene, siguiéndole la corriente.

–Tú no me molestas nunca –Travis se giró hacia la guía del grupo–. Vuelva a su trabajo, por favor. Yo cuidaré de ella.

–Está bien...

La mujer se marchó y los dejó de nuevo a solas.

–Ha sido una interpretación excelente –declaró Charlene, sinceramente impresionada–. La has engañado por completo.

–Gracias.

–Pero ya has hecho demasiado por mí. Será mejor que me vaya.

Travis sacudió la cabeza.

–De ninguna manera. Acabo de decir que vas a pasar el resto del día conmigo y eso es exactamente lo que vas a hacer.

–Mira...

–Concédeme ese deseo –la interrumpió–. Si te vas ahora, la gente pensará que he perdido mi encanto con las mujeres.

–Y no podemos permitir eso, ¿verdad? –ironizó ella.

–Por supuesto que no –dijo–. ¿Nos vamos al ensayo?

–¿Al ensayo? ¿Juntos?

–Bueno, lo ibas a ver de todas formas en la visita guiada.

–Sí, pero no me dejarán entrar si voy sola.

–No vas sola. Vas conmigo y, mientras estés conmigo, puedes hacer lo que te apetezca.

Travis se levantó, la tomó de la mano y añadió:

–Es hora de que entremos en escena.

Capítulo 2

El director de la serie arqueó una ceja al ver a una desconocida en el plató, pero la sonrisa de Travis y el brazo que pasó a Charlene por encima de los hombros pusieron fin a toda especulación al respecto.

Tras acomodar a su acompañante, alcanzó el guion y dijo:

–¿Qué escena nos toca hoy?

–La escena en la que intentas convencer a Myra de que se olvide de Baker, y Baker te oye –respondió el director–. Ah, Lee y Penny acaban de llegar...

Charlene se puso tensa cuando Lee apareció en el plató, en compañía de la joven que lo había besado.

Intentó girar la cabeza, pero fue inútil. Ya la había visto.

Y la había reconocido.

En su desconcierto, supuso que se acercaría a saludar. Pero se mantuvo lejos, frunciendo el ce-ño.

–Muy bien, Lee –continuó el director–. Vamos a ensayar la escena. Como sabes, tú te mantienes al margen en todo momento. Pero tienes que parecer sorprendido.

Lee asintió y Travis y Penny empezaron con la escena.

–Tiene que olvidar al doctor Baker. Sé que es muy guapo, pero la belleza no lo es todo. La cara de un hombre es lo menos importante.

–Puede que la belleza no lo sea todo, pero es mucho. Baker es tan guapo que lo amo con toda mi alma. No lo puedo evitar, doctor Harrison.

–Piénselo de otra manera. ¿Es afectuoso con usted? ¿Es digno de confianza? ¿La querrá más que a nada en el mundo?

–No sé si es digno de confianza. Pero al menos, no es aburrido.

–Hágame caso, Myra... En lo tocante al matrimonio, los hombres aburridos y dignos de confianza son los mejores.

–¡Excelente! –los interrumpió el director–. Lee, intenta parecer más sorprendido... como si toda la situación te horrorizara.

Penny se giró hacia Travis y le dedicó una mirada llena de sarcasmo y camaradería.

–Así que los aburridos y los dignos de confianza son los mejores, ¿eh? –se burló–. Cualquiera diría que lo crees de verdad.

–Somos actores –protestó Travis–. Se supone que debemos ser convincentes, incluso cuando no estamos de acuerdo con nuestros personajes.

–Bueno, a ti no te podrán acusar de ser aburrido.

–¿Por qué lo dices?

–Por la fotografía del periódico.

–Oh, no, otra vez no... –dijo con cansancio–. No me recuerdes ese asunto, por favor.

–Está bien.

Repitieron la escena varias veces, sin que Lee dedicara una sola mirada a su antigua amante. Y Travis debió de darse cuenta, porque se acercó a él en un descanso, le dijo algo en voz baja y lo llevó hacia el sillón donde estaba Charlene.

Entonces, Travis se alejó y Lee se sentó a su lado.

–No esperaba verte por aquí –dijo él con frialdad.

–Te he llamado por teléfono, pero...

–Mi móvil está estropeado –se excusó–. ¿Qué haces en Los Ángeles? ¿Has venido a ver a Travis? Me acaba de decir que sois viejos amigos.

Charlene estaba tan incómoda con la situación que no supo qué decir. Pero Travis, que estaba escuchando la conversación a cierta distancia, intervino en su defensa.

–Somos viejos y buenos amigos –declaró–. Me has hecho muy feliz al venir a verme, Charlene... Solo podría ser más feliz si comes conmigo.

Travis le puso una mano en el brazo y ella no hizo nada por apartarse. Le estaba agradecida por lo que había hecho.

Un segundo después, Lee le dedicó una sonrisa sin afecto alguno y se marchó con Penny.

Charlene se sintió extrañamente aliviada cuando Travis la sacó del plató y la llevó a la cantina de los estudios, donde se sentaron.

La frialdad de Lee le había dicho todo lo que necesitaba saber. Era evidente que no estaba enamorado de ella. Pero ¿cambiaría de actitud cuando le contara lo que le tenía que decir?

–Gracias, Travis. Si no hubiera sido por ti, habría quedado como la tonta que soy.

–No digas esas cosas –protestó.

–¿Por qué no? He hecho el ridículo. He cruzado medio mundo para ver a un hombre que no siente ningún interés por mí.

–Pero nadie tiene que saberlo. Venga, sonríe un poco. Compórtate como si estuvieras disfrutando de mi compañía.

Ella sonrió. Al igual que Travis, sabía que los clientes de la cantina los estaban mirando. Y entre los clientes estaban Lee y Penny, que se habían sentado juntos.

–Así que trabajas en un banco –dijo él–. ¿Qué eres? ¿Una especie de genio financiero?

–Antes pensaba que sí, pero ya no estoy tan segura.

–Sea como sea, te envidio. Yo soy un desastre con los números.

Charlene se encogió de hombros.

–No sé por qué me envidias. Se puede ser un genio de la contabilidad y un desastre en todo lo demás. El talento con los números no es tan importante como el don de gentes.

–¿Qué quieres decir?

–Yo pensaba que, si era una buena profesional y hacía bien el trabajo, me ascenderían. Sin embargo, cuando llegó la hora de los ascensos, se lo concedieron a una niña de cara bonita que, para empeorar las cosas, había aprendido el trabajo porque yo se lo enseñé –le explicó.

–Supongo que protestarías...

–Sí, aunque no sirvió de nada. De hecho, mi jefe me dijo que contaba conmigo para supervisar su trabajo.

–Así que tú te esfuerzas y ella se lleva los aplausos.

Charlene asintió.

–Los aplausos, el coche de la empresa y el aumento de sueldo. Pero me negué.

–¡Bien hecho!

Ella soltó una carcajada sin humor.

–No creas... mi jefe me ofreció un extra si me quedaba en el banco, cuidaba de ella y prometía guardar silencio sobre lo demás.

–¿Sobre lo demás? ¿Es que tu jefe se acostaba con esa chica?

–Sí –respondió–. Y supongo que debería haber aceptado, pero perdí los estribos y me puse muy violenta.

–¿Violenta? ¿Tú?

–¿Por qué te sorprende? Te he pegado una bofetada.

–Pero sé que no tenías intención de hacerlo –dijo–. No me pareces de las que pierden los estribos con facilidad.

–De todas formas, estoy pagando las consecuencias de lo que hice. Si lo hubiera pensado con más calma, habría provocado que me despidieran y los habría denunciado por despido improcedente.

–Parece una buena idea, pero ¿habrías podido?

Ella sonrió.

–Creo que sí. Se puede dirigir a la gente para que haga lo que tú quieres que haga. Sospecho que lo sabes de sobra.

–Sospechas bien, aunque algo me dice que tienes más talento que yo para esas cosas.

–Ahora, tal vez; pero antes… Primero perdí los estribos y luego, cuando me di cuenta de que había cometido un error, era tarde para cambiar de estrategia. Me comporté como una persona absolutamente honrada. Demasiado honrada para mis propios intereses.

–¿Y de dónde sacaste el dinero para viajar a Los Ángeles?

–De mis abuelos. Cuidan de mí desde que mis padres fallecieron –contestó–. Son maravillosos, y adoran las aventuras… Ahora mismo están en África, viendo elefantes. Me invitaron a ir con ellos, pero preferí Estados Unidos.

–Porque querías ver a Lee…

–En efecto.

–¿Dónde te alojas?

–En el hotel Howley.

–¿En el Howley? –dijo con desagrado.

–¿Tan malo es?

–No, el hotel no tiene nada de malo, pero el barrio es muy deprimente. Si yo fuera tú, me buscaría un lugar más agradable.

Charlene se disponía a decir que no tenía dinero para alojarse en un hotel de otra zona cuando apareció un hombre. Era de mediana edad, y les dedicó una sonrisa demasiado amplia para ser sincera.

–¡Vaya, qué sorpresa!

–Hola, Denzil –dijo Travis–. Charlene, te presento a Denzil Raines, mi jefe.

–Olvida ese rollo de jefe. Aquí somos todos amigos –declaró–.

Pero encantado de conocerte, Charlene. Me han dicho que estás de visita en Los Ángeles.

–Sí, así es.

–Bueno, no os molesto más. Cuida bien de la dama, Travis.

Denzil se alejó de la mesa, pero se giró un momento antes de desaparecer y volvió a sonreír al actor, que soltó un gemido.

–¿Qué ocurre? –preguntó Charlene, con desconfianza.

–Que Denzil tiene intención de aprovechar tu estancia en la ciudad.

–¿Aprovecharla? ¿Cómo?

–Bueno, digamos que cometí un error hace poco. Fui a un club nocturno con unos amigos y apareció una chica que...

–¿La que estaba sentada en tu regazo?

Él volvió a gemir.

–Veo que has visto la fotografía del periódico...

–Sí, la he visto.

–Yo estaba algo achispado cuando llegó. Se me sentó encima, me empezó a acariciar y yo la dejé hacer, para mi desgracia. Se supone que debo ser tan virtuoso en privado como delante de las cámaras.

–Pero no lo eres.

Travis sacudió la cabeza.

–Me temo que no.

–Entonces, se me ocurre una solución para tu problema y para el mío.

–Te escucho...

–Solo tenemos que pedir el ingreso en un monasterio.

Travis la miró con horror durante un segundo y, después, rompió a reír.

–Qué susto me has dado, Charlene. Por un momento, he pensado que estabas hablando en serio...

–Al menos, he conseguido que te rías –dijo con buen humor.

–Sí, es verdad. Pero ese asunto no tiene ninguna gracia. Podría perder todo lo que he conseguido.

El móvil de Travis empezó a sonar.

–¿Dígame? Ah, hola, mamá... ¿Cómo? Sí, no te preocupes, ya está resuelto. Te llamaré más tarde.

Travis cortó la comunicación y miró a Char-lene.

–Era mi madre. Está preocupada por lo de esa fotografía –le

explicó–. En sus tiempos, cuando trabajaba en Hollywood, un escándalo así habría arruinado la carrera de cualquier actor.

–¿Es que también es actriz?

–Sí.

–Ah, claro... Ya decía yo que tu cara me sonaba de algo. Eres el hijo de Julia Franklin.

Travis la miró con sorpresa.

–¿Te acuerdas de ella?

–Por supuesto. Es una actriz magnífica –dijo–. Ayer estuve viendo una de sus películas en la televisión. Y sus series se reponen a menudo en In-glaterra. ¿Qué le pasó? Todo el mundo creía que llegaría a ser una gran estrella.

Él se encogió de hombros.

–No hay mucho que contar. Se quedó embarazada de mí.

–¿Y su marido la obligó a dejar el cine?

–Mi padre no estaba casado con ella. Es un hombre de negocios inglés que viajaba mucho. Hace treinta años, conoció a mi madre en uno de sus viajes y mantuvieron una relación apasionada. Yo soy el resultado de aquella relación.

–Comprendo...

–Él estaba entonces en su segundo matrimonio. Lo que quería era que mi madre lo acompañara a Inglaterra y se quedara allí en calidad de amante –le relató.

–¿Y qué dijo ella?

–Rechazó su ofrecimiento de un modo bastante contundente –contestó–. Si alguna vez conoces a mi padre, verás que tiene una cicatriz pequeña en la mandíbula. Es lo que queda de aquella negativa.

–¿Una cicatriz? Dios mío, eres hijo de Amos Fal-con...

–¿Cómo lo sabes?

–Tu padre es un hombre famoso, Travis. Lo he visto muchas veces en la prensa.

–Bueno, olvídalo. No tendría que habértelo dicho.

–Ahora que lo pienso, leí una vez una entrevista que le hicieron en mi país. El reportero le preguntó cómo se había hecho la cicatriz de la mandíbula, y tu padre respondió que un ladrón lo había intentado atracar y que se lo había quitado de encima a golpes.

Travis rio.

–¿Un ladrón? Mi madre le lanzó un cenicero a la cabeza. Se parece un poco a ti; cuando pierde los estribos, es peligrosa. Y Amos se quedó tan asustado que mantuvo las distancias con ella durante una temporada.

–¿Cómo te llevas con él?

–Nos vemos de vez en cuando, pero no mantenemos una relación estrecha. Su segunda esposa lo puso de patitas en la calle y él se volvió a casar por tercera vez –respondió–. En cierta ocasión, le dije a mi madre que se tendría que haber casado con él... ¿Y sabes lo que contestó? Que, puestos a elegir, prefería casarse con el diablo. Aunque el diablo no sería tan interesante como Amos Falcon.

–Debe de ser toda una pieza.

–Lo es, como bien saben sus enemigos. Pero ya estoy cansado de hablar de mi padre. La próxima vez que hable con mi madre, le contaré que has visto sus películas y que te gustan mucho. Sé que le encantará... ¿Qué película pusieron anoche?

–*Bailando con el peligro* –respondió.

–Ah, sí. Es una de sus preferidas. Siempre dice que lo que no es peligroso, no es divertido. Se parece mucho al personaje de esa historia, la chica malhablada y atrevida que se gana el perdón de todos con su encantadora sonrisa.

Charlene se preguntó si Travis sería consciente de que tenía la sonrisa de su madre, irónica y deliciosamente maliciosa. Y, por si eso fuera poco, le estaba dedicando tantas atenciones como si estuviera delante de la mujer más bella del mundo.

–Dime una cosa, Charlene. ¿Por qué te encaprichaste de Lee?

–Porque soy una estúpida. Hicimos tantas escenas juntos durante el ensayo de la obra de Sha-kespeare que...

–Pero no son escenas de amor –le recordó él–. Demetrio rechaza a Helena hasta el último momento.

Charlene asintió.

–Y, al igual que Helena, parece que estoy condenada a perseguir a Lee Anton hasta el último momento.

–Bueno, creo recordar que Helena se sale con la suya.

–Solo porque lo hechiza. No consigue su amor de verdad. Y, en la vida real, no hay hechizos que valgan –afirmó–. Pero no quiero aburrirte con mis problemas, Travis. Has sido muy amable conmigo;

incluso demasiado amable, teniendo en cuenta que te he pegado una bofetada.

–Tú no me aburres, Charlene.

–De todas formas, será mejor que me marche.

Travis la tomó de la mano.

–¿Te quedarías si te digo que tengo motivos personales para querer ayudarte?

–¿Motivos personales?

–Sí. Lee me cae mal, aunque no sé por qué. Y haría cualquier cosa por molestar a ese tipo –respondió–. No me niegues ese placer, Charlene.

Ella sonrió.

–Creo que no sería capaz de negarte nada.

–Excelente.

Travis alzó la mano de Charlene y la besó.

–¿Qué estás haciendo? –dijo ella.

–Lee nos está mirando. Pero no gires la cabeza... mírame a los ojos y finge que estás embelesada conmigo.

Ella suspiró, echó la cabeza hacia atrás y le dedicó una mirada de adoración.

–Muy bien interpretado –dijo Travis–. Así aprenderá.

–Si nos ha visto...

–Claro que nos ha visto. Se ha sentado lo suficientemente cerca como para ver lo que hacemos, aunque nos pueda oír –observó–. ¿Qué te parece? ¿Estoy haciendo un buen trabajo como director de nuestra película particular?

–Deberían darte un Oscar –respondió con humor–. Pero ¿sigue mirando?

–No, me temo que no. Está concentrado en Penny... Lógico, porque es la protagonista de la serie.

–¿Insinúas que está con ella porque es bueno para su carrera?

–Por supuesto. Pero olvidémonos de Lee. No es tan importante.

–Ojalá pudiera decir lo mismo que tú... –dijo ella.

–¿Quieres hablar de ello?

–No, ahora no me apetece.

–Está bien; en ese caso, hablaremos esta noche, durante la cena.

–No sé si podré, Travis.

–Lo que quieres decir es que no sabes si estarás libre para cenar

conmigo. Pero Lee ha quedado esta noche, Charlene. Tiene que asistir a la cena con Frank Brenton, un tipo al que no soporto y que... ¡Espera un momento! –Travis se dio una palmada en la frente–. ¿En qué estaba pensando? Lo tenía delante de las narices y no me he dado cuenta.

–¿Qué pasa?

En lugar de contestar a su pregunta, Travis la volvió a tomar de la mano, miró a su alrededor y llamó a su jefe.

–¡Denzil!

Denzil apareció unos segundos después y se sentó con ellos.

–¿Se puede saber qué ocurre?

–He estado pensando en lo de esta noche, y es posible que haya sido poco razonable. Si todavía hay sitio para mí, estaré encantado de asistir.

Denzil sonrió.

–Seguro que tienen sitio.

–En ese caso, quiero una mesa para dos. Char-lene me acompañará.

Denzil asintió despacio, como si acabara de llegar a una conclusión interesante. Obviamente, creía que Charlene y Travis eran amantes.

–Déjalo en mis manos. Yo me encargaré.

Denzil se levantó y los dejó a solas.

–Bueno, ya está hecho –dijo Travis–. Lee estará en la cena, así que te recomiendo que te pongas elegante. Que vea lo que se ha perdido.

–Gracias, Travis. Estás siendo tan amable...

Él sacudió la cabeza.

–La amabilidad no tiene nada que ver. No lo hago por ti, sino por mí. Si voy a la cena contigo, daré una imagen respetable y me quitaré problemas de encima –alegó–. No me des las gracias. Es puro egoísmo.

Ella lo miró con afecto.

–¿Tú? ¿Egoísta?

–Claro que sí. Soy tan egoísta que no sé cómo me soportas.

–Ni yo... Pero tu concepto del egoísmo me gusta tanto que lamento que no haya muchos egoístas como tú.

–Entonces, ¿me acompañarás?

–Intenta impedírmelo.
–¡Excelente! Tienes tiempo para volver a tu hotel y arreglarte un poco. Rick, mi chófer, te llevará.
Travis llamó a su chófer y le pidió que los esperara en la entrada del edificio. Resultó ser un hombre de sesenta y tantos años, de expresión agradable.
–Rick, te presento a la señorita Charlene Wil-kins. Vendrá conmigo esta noche a la cena de Bren-ton.
–¿A la cena de Brenton? Pero si dijiste que...
–La situación ha cambiado –lo interrumpió–. Quiero que la lleves a su hotel y que vuelvas aquí a recogerme.
–Está bien.
–Os veré más tarde.
Charlene subió al vehículo y Rick arrancó.
–¿He oído bien a Travis? –preguntó entonces el chófer–. ¿Es verdad que va a ir a la cena de Bren-ton?
–Sí, es verdad. Pero ¿por qué te parece tan extraño?
–Porque no soporta a ese hombre. Travis se lleva bien con la mayoría de la gente, pero Brenton intentó arruinar su carrera.
–¿Cómo?
–El hijo de Brenton es agente artístico y tenía su propio candidato para el papel que interpreta Travis. Brenton hizo todo lo posible por quitarlo de en medio. Y, como no pudo, se dedicó a extender ciertos rumores sobre él y a filtrar información falsa a la prensa para que los estudios lo despidieran.
–Pero no funcionó.
–No, no funcionó –dijo–. Desde entonces, han mantenido una especie de tregua armada. Me pregunto por qué habrá cambiado de opinión a última hora.
–Lo hace por mí –le confesó.
–¿Por ti? Pues debe de apreciarte mucho para que se avenga a cenar con Brenton...
–No, no tanto.
–Si tú lo dices...
Charlene se recostó en el asiento de cuero y sonrió. Se estaba empezando a divertir, a pesar de todo.
Rick la llevó al hotel, la acompañó a recepción y salió del edificio. Charlene recogió la llave de su habitación y subió

enseguida. No era un lugar precisamente lujoso, pero tenía lo que necesitaba: una cama, un cuarto de baño y conexión a Internet.

En cuanto llegó, abrió el portátil y se conectó a la Red para buscar información sobre su nuevo amigo. Ya sabía que era hijo de Julia Franklin y Amos Falcon, y tardó poco en descubrir que había empezado su carrera en el teatro y que, antes de trabajar en televisión, había hecho unos cuantos papeles en el cine.

Por lo que decía la prensa, Travis Falcon era un mujeriego que cambiaba de amantes como de camisa y que no había mantenido ninguna relación seria con nadie.

Pero, hasta entonces, se las había arreglado bastante bien para evitar los escándalos. La fotografía con la chica del club era el primer borrón en su carrera.

Mientras miraba las fotografías, pensó que jamás había conocido a un hombre tan guapo. Ni tan maravilloso.

Porque su encanto iba más allá de su belleza física; tenía algo mágico, algo que surgía de su humor, su ironía y su amor por la vida.

Era consciente de que Travis la estaba utilizando, pero le parecía justo. A fin de cuentas, ella también lo estaba utilizando a él. Y no olvidaba que la había tratado con verdadero afecto y comprensión.

Sin embargo, seguía encaprichada de Lee.

A pesar de todo lo ocurrido, a pesar de que la había abandonado, seguía albergando la esperanza de que volviera con ella.

Capítulo 3

Charlene se miró en el espejo. Los oscuros rizos de su melena caían sobre sus hombros con exuberancia, y el vestido de satén azul se ajustaba a una figura esbelta que muchas mujeres habrían envidiado.

Pero le faltaba algo; un encanto extra que, como bien sabía, estaba lejos de poseer. Su aspecto era agradable, pero no especial.

De hecho, nadie la había llamado «especial» en toda su vida.

Su padre había fallecido cuando ella solo tenía cinco años y su madre, una mujer poco cariñosa, se había casado un año después con Mark, que tampoco le había dado demasiado afecto. Al fin y al cabo, Mark tenía un hijo de su matrimonio anterior, James, y Charlene siempre se había sentido como si fuera el patito feo. A veces, tenía la impresión de que su madre quería más a James que a ella misma.

En cierta ocasión, los oyó hablar sobre la posibilidad de tener un bebé.

–Me gustaría tener una hija –había dicho Mark.

–Ya tenemos a Charlene... –observó su esposa.

–Sí, claro, pero ya sabes lo que quiero decir. Me gustaría tener una hija nuestra, una hija de verdad.

Charlene tenía quince años cuando su madre y Mark se marcharon de vacaciones para celebrar su aniversario de boda. Cuando le anunciaron que se iban a ir, les preguntó si les podía acompañar; pero su madre respondió que preferían estar solos. Como siempre, la dejaban en la estacada.

Días después, su madre y su padrastro se mataron en un accidente de avión y Charlene se marchó a vivir con sus abuelos por parte materna, que no tenían más hijos y que le dieron todo su amor. Charlene les estaba muy agradecida, aunque su afecto no había logrado que dejara de sentirse una segundona.

Con el tiempo, se resignó y terminó por asumir que era moderada en todos los sentidos: moderadamente guapa, pero sin ser

especial; moderadamente inteligente, pero sin carisma. Su jefe del banco decía que era una magnífica trabajadora de segundo nivel. Y así se sentía ella, en un segundo nivel, en la trastienda del trabajo y del amor.

Charlene había tenido novios, pero ninguno le había durado mucho. Y el único que le había interesado de verdad, había terminado por casarse con su mejor amiga.

La historia de su vida era una historia de decepciones.

Sin embargo, todo cambiaba cuando se subía a un escenario y empezaba a actuar. Bajo la luz de los focos, se transformaba en una persona diferente; en la persona que había llamado la atención de Lee.

–¿Charlene? ¿Estás ahí?

Charlene parpadeó al oír la voz de Travis. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no le había oído llamar.

Rápidamente, salió del cuarto de baño y abrió la puerta.

–Vaya, llevas un vestido precioso...

–Gracias –dijo con timidez.

–Y me encanta el brazalete que te has puesto. ¿Te lo regaló Lee?

Ella sacudió la cabeza.

–No, es de mi abuela.

–¿No llevas nada que sea de él?

Charlene volvió a sacudir la cabeza. Prefirió no decirle que Lee no le había hecho ningún regalo durante su corta relación.

–Entonces, ponte esto.

Travis sacó un collar de diamantes y se lo puso en el cuello con suavidad. Charlene se quedó tan sorprendida que no fue capaz de decir nada; se limitó a seguirlo hasta el coche, encantada ante la perspectiva de vivir una noche de glamour.

Cuando se dio cuenta de que habían llegado a Sunset Boulevard, la zona más elegante de la ciudad, miró a Travis con asombro.

–¿Dónde vamos a cenar?

–En el hotel Stollway.

Charlene no lo podía creer. El Stollway era uno de los hoteles más lujosos de Los Ángeles; uno de los más frecuentados por los ricos y famosos, como tuvo ocasión de comprobar cuando el vehículo se acercó a la entrada y pudo ver la alfombra roja y a los periodistas que sacaban fotos a los invitados.

–No sabía que sería un acto tan importante…
–Y no lo es –dijo Travis.
–Pues cualquiera lo diría. Hay tanta gente como en un estreno.
–Mejor para nosotros, ¿no te parece? –dijo con humor–. Así seremos la comidilla de toda la ciudad. Cuando nos vean juntos, pensarán que tú no necesitas a Lee Anton y que yo solo salgo con chicas decentes.
Charlene guardó silencio, pero Travis se dio cuenta de que estaba asustada.
–Oh, lo siento mucho… Debí decirte que no era una cena normal. Me lo callé porque tenía miedo de que no quisieras acompañarme –le confesó.
Ella respiró hondo.
–Bueno, supongo que ya no tiene remedio. Pero no sé si podré estar a la altura.
–No temas, Charlene. Si sonríes y finges que te sientes como pez en el agua, lo harás bien y te divertirás mucho.
Travis le puso las manos en la cara, la miró a los ojos y añadió:
–Me has demostrado que eres una gran actriz. Solo tienes que tomártelo como una representación.
Charlene se sintió más tranquila.
–De acuerdo, pero tendrás que ayudarme.
–Eso está hecho.
–Entonces, vamos allá.
Travis sonrió.
–Así me gusta… sabía que podía contar contigo.
El coche se detuvo en la entrada del hotel y la gente empezó a gritar y a aplaudir. Travis salió del vehículo, saludó a la concurrencia y tomó de la mano a Charlene, que sonrió y avanzó con él por la alfombra roja.
Travis la miraba con tanta adoración como si estuviera perdidamente enamorado. Era tan buen actor que, de no haber sabido la verdad, también la habría engañado a ella.
Al llegar a la puerta, él susurró:
–Bien hecho.
Justo entonces, se oyó otra explosión de gritos y aplausos. Travis y Charlene se dieron la vuelta y vieron que Lee y Penny acababan de llegar. Lee se detuvo para posar ante los fotógrafos y les dedicó

la mejor de sus sonrisas, pero se le heló en los labios cuando los periodistas se alejaron para concentrarse otra vez en Travis y su acompañante.

Ya en el interior, Travis la llevó al gigantesco restaurante de la parte trasera del hotel. Se llamaba *La cueva de Aladino*, y la decoración hacía honor al famoso cuento.

–¿Quieres beber algo? –preguntó él cuando se sentaron.

–Sí, gracias. Un zumo de naranja.

–Vamos, Charlene. Hoy no es día de zumos de naranja, sino de champán –protestó.

–Pero yo quiero un zumo –insistió ella con firmeza–. O, en su defecto, agua con gas.

Travis la miró en silencio, pero después asintió y pidió las bebidas al camarero.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a saludar a las personas que se acercaban a la mesa para cruzar unas palabras con Travis. El primero en llegar fue Denzil, que se frotó las manos con placer y dedicó unos cumplidos a Charlene antes de irse. Tardaron poco en quedarse a solas.

–Me has salvado el cuello, Charlene.

–¿Por qué lo dices?

–Por las fotografías que nos han sacado en la entrada. Anularán el efecto de mi resbalón con esa chica y recuperaré el favor del público.

–¿Así como así? ¿Tan fácilmente?

–En esta ciudad, sí. Hoy estás aquí, mañana estás allá y, pasado, quién sabe.

–¿Y no te cansa?

–Bueno, puede resultar agotador, pero merece la pena.

–Sí, supongo que el éxito es maravilloso.

Él asintió.

–Lo es. Y en mi caso, me permite hacer lo que me gusta sin correr el peligro de que mi padre me desherede.

–Pero tú no necesitas a tu padre. Eres independiente –observó.

Travis soltó una carcajada.

–Soy independiente de su dinero, pero no de su afecto. Es curioso, ¿verdad? Tiendo a estar en desacuerdo con Amos, pero me esfuerzo por ganarme su aprobación.

–¿Y lo consigues?

Travis sacudió la cabeza.

–No. En general, me siento como si no formara parte de la familia Falcon. Amos me desprecia porque no soy como él, como mis hermanos.

–¿Todos tus hermanos son como él?

–Más o menos. Darius se dedica a las finanzas, al igual que mi padre. La crisis económica lo tenía al borde de la quiebra cuando se marchó a vivir a la isla de Herringdean, al sur de Inglaterra. Al principio, la odiaba profundamente; pero se enamoró de una isleña y eso lo cambió todo. Estuve en su boda, hace unas semanas. Se quieren tanto como si estuvieran solos en el mundo.

–Por tu tono de voz, cualquiera diría que los envidias.

–En cierto modo. Pero sobre todo, me alegro por Darius –dijo–. Harriet lo adora y, además, ha conseguido hacer las paces con su primera esposa.

–¿Ya había estado casado?

–Sí, y tuvo dos hijos que se llevan muy bien con Harriet.

Charlene se preguntó por qué sentiría envidia de su hermano Darius. Travis no parecía de la clase de hombres que ansiaban una vida tranquila y familiar. Pero pensó que no era asunto suyo y se dijo: «Olvídalo, Charlie.»

–¿Qué has dicho? –preguntó Travis, mirándola con extrañeza.

–¿Quién, yo? No he dicho nada...

–Me ha parecido entender que decías algo así como «olvídalo, Charlie».

–¿Lo he dicho en voz alta? Oh, Dios mío...

–¿Te llamas *Charlie* a ti misma?

–Solo cuando necesito recordarme que debo actuar con sensatez. Los Ángeles no es un buen sitio para el sentido común. Incluso sospecho que puede ser contraproducente.

–Sí, eso es verdad.

–Entonces, tu hermano sentó la cabeza...

–Darius no estaría de acuerdo con esa descripción. Diría que no se trata de eso, sino de encontrar lo que verdaderamente importa.

–¿Se refiere al amor? Pensé que un hombre co-mo él solo le daría importancia al dinero.

–Y así era, pero ha cambiado.

–Para disgusto de Amos, supongo.

–Supones bien. Mi padre intentó boicotear su matrimonio, pero fracasó. Y poco a poco, Darius ha vuelto a la cumbre de las finanzas. Será que está en los genes de los Falcon, porque Marcel comparte esa habilidad.

–¿Marcel?

–Sí. Es medio francés. Tiene un hotel en París y acaba de abrir otro en Londres… para expandir su imperio, como dice –contestó–. A Amos le encanta que hable en esos términos. Mi padre cree que los Falcon somos algo así como una familia de emperadores.

–En ese caso, deberías interpretar a Julio César.

–Prefiero a Nerón. O a Calígula –bromeó.

–Pero Nerón era un tirano –le recordó ella.

–Como los Falcon.

–Y Calígula estaba loco.

–Si ganas mucho dinero, ¿qué más da?

Los dos rompieron a reír.

–¿Y tus otros hermanos? –preguntó Charlene.

–Ah, sí… Leonid es ruso y vive en Moscú. No sabemos gran cosa de él, pero debe de ser un hombre de éxito, porque Amos lo respeta mucho –respondió–. En cuanto a Jackson, es naturalista. Escribe libros y hace documentales para la televisión.

–Dudo que se haya hecho millonario con los documentales.

–No, pero cuenta con el apoyo de Amos porque es famoso y tiene lo que él considera un trabajo serio.

–A diferencia de ti, claro.

–Por supuesto. En cierta ocasión, me pidió que me cambiara el apellido porque no quería que relacionaran a los Falcon con el mundo del teatro y el cine.

–¿Te pidió que te cambiaras el apellido? –preguntó, asombrada.

–Como lo oyes. Y se enfadó mucho cuando me negué.

–No me extraña que te sientas excluido.

–Por Amos, sí. Pero con mis hermanos me llevo bien –puntualizó–. Creo que mi padre está esperando a que cambie y me convierta en un miniAmos, por así decirlo.

–Seguro que podrías interpretar ese papel.

–No si quiero seguir cuerdo. Prefiero ser lo que soy, un actor. Aunque las cosas serían más fáciles si la gente no estuviera

empeñada en que mi vida privada se corresponda con el carácter de los papeles que interpreto.

–Oh, pobrecillo... –se burló Charlene–. Con lo bien que se vive siendo un actor aficionado al que no conoce nadie. La fama debe de ser terrible.

Él la tomó de la mano y sonrió.

–Sí, tienes razón, estoy hablando como un quejica. Pero eso se ha terminado. A partir de ahora, me comportaré como un macho tradicional, autoritario y contundente.

–No, por favor. No soporto a ese tipo de hombres.

–Ni yo. Preferiría la muerte antes que convertirme en uno de ellos.

–Tú no corres ese peligro.

Él la miró a los ojos y ella tuvo la súbita sensación de que se conocían desde siempre. Travis se había ganado su amistad en unas cuantas horas.

–Cuando me miras, me siento como si pudieras adivinar mis pensamientos –comentó él.

–¿Y eso te molesta?

–No, en absoluto. De hecho, creo que tú y yo nos vamos a llevar bien.

–Yo también lo creo.

Charlene alzó su copa y brindó por la velada que tenían por delante. Travis aceptó el brindis con una sonrisa y, justo entonces, oyeron una voz.

–Mira quién está aquí...

Charlene giró la cabeza y se encontró ante un hombre alto y de expresión dura que los miraba con frialdad.

–Charlene, te presento a Frank Brenton. Bren-ton, esta es la señorita Charlene Wilkins.

Brenton asintió, miró a Travis y dijo:

–No sé cómo lo haces, pero siempre te las arreglas para escapar de las situaciones problemáticas. Te felicito. Esta vez te has salido con la tuya. Aun-que puedes estar seguro de que tendrás más situaciones como esa.

–En la vida no hay nada seguro –declaró Tra-vis.

–Te equivocas. También tienes la habilidad de buscarte problemas; y cuando buscas problemas, los encuentras.

Brenton miró a Charlene con tanto desagrado que a ella le pareció insultante. Y decidió intervenir en favor de su amigo.

Pasó un brazo por encima de los hombros de Travis y dijo:

–Bueno, nunca se sabe lo que puede pasar. Hay gente que cree saberlo, pero luego se llevan sorpresas.

–Oh, dudo que yo me lleve ninguna sorpresa.

–Ya lo veremos.

–Pero usted, en cambio...

Charlene sacudió la cabeza.

–No se preocupe por mí. Soy de naturaleza desconfiada y siempre me pongo en el peor de los casos, así que suelo estar sobre aviso.

Brenton abrió la boca como si fuera a decir al-go, pero la cerró inmediatamente después y se marchó.

Travis la miró con asombro.

–¿A qué ha venido eso?

–A que ese tipo me estaba molestando.

–Pues has hecho un trabajo excelente. Has conseguido que el enemigo huya con el rabo entre las piernas.

–Un enemigo peor de lo que te imaginas –comentó–. ¿De dónde salió la chica que se acercó a ti aquella noche, la que se sentó en tu regazo?

–¿Estás insinuando que...?

–¿Que fue cosa de Brenton? No lo sé, pero es posible. Sabía que ibas a estar allí y pudo organizarte una encerrona.

–Dios mío...

–Primero aparece una chica como salida de la nada y luego, justo a tiempo, aparece un fotógrafo. No me digas que no lo habías pensado.

Travis sacudió la cabeza.

–Pensé que sería una casualidad.

–Despierta de una vez, Travis. Estás en Los Ángeles, en una ciudad donde la gente hace trampas todo el tiempo. Eres demasiado confiado. Y ese tipo es de la clase de canallas que se dedican a tender trampas a los demás.

–Es increíble. Solo lo has visto cinco minutos y lo has calado hasta el fondo. Yo tardé bastante más que tú.

Travis sonrió con tristeza, y Charlene lo miró con cariño. Como

había dicho, era un hombre demasiado confiado; una característica que, en un mundo tan competitivo como el suyo, le hacía vulnerable.

–No sé que haría sin ti, Charlene.

–De momento no te tienes que preocupar por eso. Cuentas con una especie de hermana mayor que cuidará de ti.

Travis le apretó la mano.

–Yo me ofrecería a ser tu hermano mayor, pero soy bastante patoso y siempre me meto en líos –dijo.

–Descuida. Vigilaré para que no te metas en ninguno grave.

Travis miró hacia la mesa donde estaba Brenton y dijo:

–Mira. El tipo que está a su lado es su hijo.

–¿El agente artístico?

–¿Cómo sabes que es agente?

–Me lo dijo Rick.

–Pues fíjate en el que acaba de llegar…

–¿Quién es? Se parece mucho a Brenton.

–Es el actor que Brenton quería para sustituirme en la serie. Y es verdad, se parece mucho a Brenton… De hecho, se rumorea que también es hijo suyo.

–Ahora entiendo que esté tan decidido a desacreditarte. Ten cuidado, Travis. Hará lo que sea para acabar contigo. No bajes la guardia.

–No lo haré –le aseguró–. ¿Y sabes una cosa? Empiezo a pensar que eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida.

Charlene no dijo nada. Estaba mirando a la pareja que acababa de entrar en el restaurante del hotel.

Capítulo 4

Mientras Charlene observaba a Lee y a Penny, Travis se dedicó a mirarla a ella. Se había puesto tensa; estaba sentada en el borde de la silla y agarraba su copa con tanta fuerza que parecía a punto de romperse.

La tomó de la mano y se la apretó con dulzura, para tranquilizarla. Ella reaccionó y apartó la mirada de su antiguo amante.

Al cabo de unos minutos, les sirvieron la comida. Mientras Charlene disfrutaba de los excelentes manjares, se preguntó por qué había dicho que sería una hermana mayor para él. A fin de cuentas, no estaba allí por Travis, sino por Lee. Y cuando Lee supiera lo que tenía que decirle, dejaría a Penny y volvería con ella.

–¿Te encuentras bien, Charlene?

–Sí, claro –respondió, sonriendo–. Me lo estoy pasando en grande.

Travis se había dado cuenta de que no dejaba de mirar a Lee, pero olvidó el asunto hasta que terminaron de comer y la gente se empezó a levantar.

Entonces, la tomó de la mano y la llevó a la mesa de su compañero de reparto.

–Buenas noches, Lee –le dijo–. Me alegro de verte en tan buena compañía... Estás preciosa, Penny.

Penny sonrió de oreja a oreja, encantada de recibir la atención del protagonista de la serie. Y mientras hablaba con Travis, Lee no tuvo más opción que hablar con Charlene.

–No esperaba verte en la cena –dijo él.

–Oh, vamos... en realidad, no esperabas volver a verme nunca –replicó–. Pero no podíamos dejar las cosas así, ¿verdad?

–Siento que lo nuestro terminara de un modo tan súbito.

–No te preocupes. Tenías que marcharte a Esta-dos Unidos. Y sinceramente, me alegro por ti –declaró Charlene–. Solo quería verte otra vez. Tuvi-mos una relación tan intensa que...

–Sí, fue intensa. Pero la vida sigue, Charlene. Y mi vida es tan diferente ahora que no podía arrastrarte a ella.

–Pero tú no me has arrastrado. Estoy aquí por iniciativa propia.

–Y te estarás gastando una fortuna por mi culpa –observó–. Esta ciudad es muy cara.

–Sí, lo es.

Lee tragó saliva y dijo:

–Mira, Charlene...

–¿Sí?

–Creo que deberías volver a casa. Tú no te puedes permitir el lujo de estar aquí y yo no puedo cuidar de ti.

–Ni yo necesito que me cuides.

–Ah, siempre has sido tan fuerte... No hay nada que no puedas afrontar.

–Ojalá fuera cierto. Pero tengo que hablar contigo, Lee. Hay una cosa que...

–¡Atención! ¡Atención, por favor! –exclamó alguien desde la mesa principal–. ¿Pueden volver a sus asientos? Estamos a punto de empezar con la parte más interesante de la velada.

Charlene se quedó rígida, pero Travis la llevó de vuelta a la mesa tras prometerle a Penny que bailaría con ella más tarde.

Por el camino, Charlene pensó en la cara de satisfacción que había puesto Penny con la promesa de Travis y sintió una punzada de celos tan intensos como los que había sentido con Lee, por el mismo motivo.

Ya en la mesa, se llevó una mano al estómago e intentó tranquilizarse. Travis la miró con preocupación, pero guardó silencio porque los discursos empezaron poco después.

Denzil Raines fue el primero en hablar; dio las gracias a Brenton por la velada, le deseó un feliz cumpleaños y le entregó un regalo, como hicieron todos los que hablaron a continuación. Luego, Brenton se puso en pie y se dirigió a los invitados con desenvoltura y firmeza. Obviamente, era un hombre familiarizado con el poder; un hombre que estaba acostumbrado a salirse con la suya y que no se rendía con facilidad.

Cuando llegó la hora del baile, Travis se alejó para cumplir la promesa que le había hecho a Penny. Pero Charlene no tuvo ocasión de bailar con Lee, porque había desaparecido.

Derrotada, volvió a la mesa.

–Me gustaría hablar con usted.

Charlene se sobresaltó al oír a Brenton, que se había acercado.

–Veo que Travis se ha dado prisa en cambiar de pareja –continuó el hombre–. Solo la está utilizando, señorita. Cuando se canse de usted, la abandonará.

–No sé si Travis me está utilizando, pero es obvio que usted sabe mucho sobre utilizar a la gente. ¿Me toma por tonta, señor Brenton?

–¿Por qué dice eso?

–Porque sé lo que le hizo a mi amigo. Cree que tiene la situación bajo control, pero se equivoca –respondió.

–¿Va todo bien?

La voz que se oyó fue la de Travis, que ya había terminado de bailar con Penny.

–Sí, todo va maravillosamente bien –respondió Charlene–. El señor Brenton estaba siendo tan sincero conmigo como yo con él.

Charlene pasó un brazo alrededor de la cintura de Travis. Quería que Brenton supiera que ahora estaba bajo su protección, y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudarlo.

Brenton los miró con frialdad y se fue.

–¿Qué te parece si salimos a tomar el aire? –preguntó Travis.

–Me parece magnifico. El ambiente de este lugar está demasiado cargado.

El jardín del hotel resultó estar lleno de árboles iluminados. Y mientras paseaban entre ellos, la música del hotel los acompañaba en la distancia.

–¿Qué quería Brenton? ¿Te ha dado problemas?

–No tanto como yo a él. Me ha advertido que me abandonarás cuando te deje de ser útil –respondió.

–No, tú me abandonarás mucho antes. ¿Has arreglado las cosas con Lee?

Ella tardó en responder.

–Me temo que no. Tendré que volver a verlo.

–¿Crees que servirá de algo, Charlene?

–Puede que no. Pero no puedo dejar las cosas como están.

–Bueno, yo sé de una cosa que va a cambiar muy pronto. Dejarás el hotel Howley y te alojarás aquí.

–No tengo dinero para un sitio tan caro...

–Pero yo, sí.

–Travis...

–Me has ayudado y quiero devolverte el favor. Te mudarás a este hotel y vivirás como una estrella de cine. Es la única forma de que te tomen en serio en Los Ángeles –afirmó–. Reservaremos tu habitación ahora mismo e iremos a recoger tus cosas. Y no te atrevas a protestar.

–¿Sabes que eres un mandón?

Él sonrió.

–Solo a veces, cuando el guion lo exige –replicó–. Ven, sígueme.

Los invitados de la fiesta los miraron con interés cuando cruzaron el vestíbulo, de la mano. Al llegar a recepción, Travis dijo:

–Quiero la mejor suite que tengan, y la quiero para dentro de una hora.

–Muy bien, señor.

–Ah, y si es posible, avise a mi chófer. Creo que está en el bar de la primera planta. Dígale que necesito el coche.

Travis le dio las gracias y llevó a Charlene al exterior del edificio.

–¿Seguro que no te quieres quedar? –preguntó ella–. Aún queda mucha celebración por delante...

–Las cosas que tengo que celebrar no tienen nada que ver con este sitio. Y por otra parte, no estoy dispuesto a perderte de vista. Tengo miedo de que desaparezcas.

Momentos después, Rick apareció con el coche y los saludó por la ventanilla.

–Os he visto en televisión –declaró–. Habéis estado magníficos.

Travis sonrió a Charlene, que le devolvió el ges-to.

Al llegar al hotel Howley, subieron a la habitación y Charlene hizo las maletas. Pero el recepcionista ya se había marchado cuando bajaron.

–Oh, no... ¿Cómo voy a pagar ahora la factura?

–Ya está pagada –dijo Travis.

–¿Cómo?

–Rick se ha encargado mientras tú hacías el equipaje.

–Pero, ¿cómo sabía que...?

–Le he enviado un mensaje al móvil, para que no te dieras cuenta –respondió con una sonrisa–. ¿Nos vamos?

–Me has engañado. Has actuado a mis espaldas y...

–Claro que sí –la interrumpió–. No quería perder el tiempo con discusiones inútiles.

Charlene gruñó.

–Entonces, quiero devolverte el dinero. ¿Cuánto te debo?

–Sube al coche y calla.

–¿Cuánto?

–¡Sube al coche!

Durante el camino de vuelta, Charlene intentó mostrarse indignada; pero se sentía tan protegida y querida por Travis que no pudo.

–Sabes lo que eres, ¿verdad?

–Sospecho que algo terrible.

–¡Un machista de libro!

Travis rio.

–Vaya, es el mejor halago que me han hecho en mucho tiempo –ironizó.

La suite del hotel Stollway la dejó abrumada. Tenía un cuarto de baño gigantesco, un salón, un dormitorio con una cama enorme y dos balcones que daban a Sunset Boulevard. Charlene se sintió fuera de lugar en un sitio tan elegante, pero no protestó. Era obvio que Travis tenía algún tipo de plan.

Era consciente de que algunas personas habrían considerado absurda su actitud. ¿Cómo iba a recuperar a Lee si se dejaba ver en compañía de Travis? Pero las horas anteriores lo habían cambiado todo. Ahora sabía que Lee no la había echado de menos y que no la quería en su vida. Y también sabía que Travis, el famoso actor, le había ahorrado una humillación terrible y se había convertido en su caballero andante.

Justo entonces, Travis la miró como si hubiera adivinado sus pensamientos y declaró:

–No te preocupes por Lee. Si viene, me marcharé.

–Dudo que tenga intención de venir.

–¿Y qué pasaría si te equivocas? ¿Te haría feliz? ¿Todavía lo quieres?

–Bueno, digamos que empiezo a cambiar de opinión sobre él... Pero esto es más complicado de lo que parece.

Travis le puso las manos en los hombros.

–¿Es que estás embarazada?

Ella respiró hondo.

–No estoy segura. Me hice una prueba de embarazo y salió positiva, pero me dijeron que a veces fallaban y repetí la operación.

–¿Con qué resultado?

–Negativo –respondió–. Pero no me ha venido la regla...

–Comprendo.

–Tendría que haberme asegurado antes de cruzar medio mundo para venir a verlo. Pero estaba tan contenta que quise hablar con él.

–Creo que yo te puedo ayudar. Tengo una amiga que es médico. Te hará las pruebas necesarias y te sacará de dudas –le prometió–. Pero ahora, será mejor que te acuestes y duermas un poco. Te llamaré por la mañana.

Travis le dio un beso en la mejilla y se fue.

Charlene se acostó enseguida, pero no podía dormir. Tenía la cabeza llena de pensamientos contradictorios. Una parte de ella se sentía decepcionada con Lee; pero otra, más sincera, le decía que siempre había sabido la verdad, aunque se hubiera negado a admitirla.

Los ojos se le estaban cerrando cuando oyó que llamaban a la puerta. Se levantó, se puso una bata y abrió, pensando que sería Travis.

Pero era Lee.

–¿Estás sola?

–Sí –respondió–. ¿Qué esperabas?

Charlene lo dejó pasar.

–Que estarías con... con él.

–¿Él?

–Travis. Dicen que nunca desaprovecha una oportunidad.

–Pues te has equivocado. No he venido a Los Ángeles para ver a Travis, sino para verte a ti –di-jo.

–Ya, pero esta noche estabas tan acaramelada con él que...

–¿Me vas a seguir insultando, Lee?

–No te estoy insultando. Ese tipo es un hombre famoso y, si está contigo, tú compartirás su fama. Esto es Hollywood, Charlene. La gente hace esas cosas.

–Yo, no. He venido para hablar de nuestra relación.

Él arqueó una ceja.

–¿Nuestra relación? Ya no tenemos ninguna relación –le recordó.

–Pero fuimos amantes, Lee. Y a veces, eso tiene consecuencias.

Lee la miró con horror.

–¿Me estás diciendo que...? ¿Estás embarazada?

–No estoy segura. Todavía no es definitivo.

–Entonces, podría ser una falsa alarma...

Lee lo dijo con tanto alivio que Charlene comprendió al fin que había cometido un error. No quería estar con ella. Ni mucho menos, tener un hijo con ella.

–Bueno, si al final resulta que estás embarazada y decides abortar, sobra decir que te ayudaré en lo que pueda –continuó él–. Un embarazo no implica necesariamente...

–Márchate, por favor.

Lee la miró con desconcierto durante un par de segundos.

–Ah... tienes miedo de que Travis vuelva.

–Yo no he dicho eso. Y no creo que vuelva.

–Oh, vamos. Ha sido muy bueno contigo. Espe-rará algo a cambio.

Charlene lo miró con furia.

–Sal de aquí antes de que haga algo de lo que me arrepienta después.

–Está bien, como quieras.

Lee se fue y ella cerró la puerta.

Charlene se preguntó entonces si habría acertado al suponer que Travis querría algo a cambio de sus atenciones. Y cuando volvió a la cama, permaneció despierta durante un rato, esperando que llamara.

Pero no llamó y, al final, se quedó dormida.

Charlene despertó a primera hora de la mañana. Se duchó, se vistió y llamó al servicio de habitaciones para que le subieran el desayuno.

Ya estaba terminando cuando sonó el teléfono.

–Hola, soy yo, Travis. ¿Puedo subir a verte? ¿O tienes compañía?

–Estoy sola. Sube cuando quieras.

Travis apareció un par de minutos después.

–He subido por la escalera de servicio, para que no me viera nadie. No quiero que Lee se entere de que... bueno, ya sabes.

–Lee sufriría un ataque de celos por eso. De hecho, le alegra que estés aquí.

–¿Cómo? –preguntó, extrañado.

–Tu presencia le quita de encima un problema.

–No te entiendo. ¿Ha pasado algo?

–Anoche vino a verme. Pero salió corriendo en cuanto pudo.

–¿Le dijiste que estás embarazada?

–Sí. Se llevó un susto de muerte, pero pareció el hombre más feliz del mundo cuando le dije que no estaba segura.

Travis asintió.

–En ese caso, deberíamos empezar por salir de dudas al respecto.

–No hables en plural, Travis. Es asunto mío, no tuyo.

–En eso te equivocas. Pasó a ser asunto mío cuando me pegaste esa bofetón.

–Tampoco te pegué tan fuerte –se defendió ella–. Fue una bofetada suave, que ni siquiera te ha dejado marca.

Él rompió a reír.

–¿Quieres callarte un momento y escuchar?

–Discúlpame, Travis. Es que estoy tan confundida... No sé qué hacer. Quizás debería volver a Inglaterra.

–¿Sin saber si estás embarazada?

–¿Y de qué serviría? Es obvio que Lee no quiere estar conmigo.

De repente, Charlene alcanzó el collar que había dejado en la mesita de la entrada y se lo devolvió.

–Toma, esto es tuyo. Quería dártelo anoche, pero tenía tantas cosas en la cabeza que se me olvidó.

–No te preocupes. Lo entiendo de sobra. –Tra-vis se guardó el collar en el bolsillo–. –Y ahora, vamos a hablar con calma...

Travis la llevó al sofá y se sentó a su lado.

–Huir no es una buena idea. No me voy a apartar de ti hasta que sepamos si efectivamente estás embarazada. ¿Te están esperando en Inglaterra?

–No. Vivo con mis abuelos, pero están de viaje.

–¿Y no tienes hermanos?

–No, pero eso no importa. Soy fuerte y puedo afrontar lo que sea.

Él se levantó, caminó hasta el balcón y contempló la calle durante unos momentos. Sunset Boule-vard estaba tan bonito como siempre. Era su mundo; un mundo de glamour donde la gente tomaba todo lo que podía y devolvía tan poco como le fuera posible. Pero Charlene no se parecía nada a las mujeres de aquel mundo. Ni siquiera había querido el collar. Era una amiga que siempre estaba dispuesta a ayudarlo sin pedir nada.

–Bueno, será mejor que nos pongamos en acción. Haz las maletas.

–¿Las maletas? Si acabo de llegar al hotel...

–Lo sé, pero hazlas de todas formas.

Ella lo miró con tristeza.

–Sí, tienes razón. Es mejor que vuelva a mi país.

–No vas a volver a tu país. Te vas a venir conmigo.

–¿Contigo? ¿Adónde?

–A mi piso, claro. Nadie sabrá que estás allí, de modo que tendrás tiempo para pensar y tomar decisiones sobre lo que vas a hacer. Y no insistas en decir que eres fuerte y que puedes con todo, porque cada vez que lo repites, te creo menos. Además, ¿por quién me has tomado? ¿Crees que soy de los amigos que te dejan en la estacada cuando más los necesitas? No me insultes, por favor.

–Yo no te he insultado. Es que no quiero ser una molestia para ti. No me debes nada.

–Salvo el agradecimiento –observó–. Pusiste a Brenton en su sitio y ahora sabe que si se mete conmigo, saldrás en mi defensa. No voy a permitir que te vayas de Los Ángeles. A partir de ahora, eres mi prisionera. Y será mejor que obedezcas.

Charlene rompió a llorar sin poder evitarlo. Sabía que, bajo el tono aparentemente autoritario de Travis, se escondía un amigo dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudarla.

–Oh, vamos... No llores.

Él se acercó y la abrazó.

–No estoy llorando.

–No, claro que no –ironizó–. Tú eres tan fuerte que nunca lloras, ¿verdad?

–Exacto.

–Voy a bajar un momento, pero volveré enseguida. Y no cierres la puerta, porque te aseguro que la tiraré a patadas... a no ser que estés con Lee, por supuesto; en cuyo caso, me desvaneceré al instante.

Charlene supo que lo había dicho por decir algo. Los dos sabían que Lee no iba a volver.

Cuando Travis se marchó, ella se puso a hacer las maletas. Se sentía como si hubiera perdido el control de su vida. Ahora estaba en las manos de su amigo; dependía tanto de él que se preguntó si no se habría metido en una trampa peor que la de Lee.

Pero sacudió la cabeza y se dijo que se estaba preocupando sin motivo.

Travis no se parecía nada a su antiguo amante. Era como descubrir un puerto seguro en mitad de una tormenta.

Capítulo 5

Charlene ya había terminado de hacer el equipaje cuando Travis volvió a la suite y dijo:

–Tendremos que tomar decisiones sobre nuestras relaciones públicas.

–¿Nuestras relaciones públicas?

Él asintió.

–Sí, es una parte esencial de la vida en Los Ángeles. Piensas en lo que estás haciendo y decides si quieres que el mundo sepa lo que estás haciendo.

–Ya. Y eso, ¿cómo se decide?

–Para empezar, tenemos que saber si queremos que nos vean juntos. Anoche fuimos la comidilla de la ciudad; pero si quieres que Lee vuelva contigo, será mejor que seamos discretos. De hecho, deberíamos salir del hotel por la escalera de servicio.

–Todavía no he pagado la habitación...

–La acabo de pagar –dijo–. Venga, dame la ma-no.

Charlene le dio la mano y Travis la llevó hacia la escalera de servicio, como había anunciado antes. Rick apareció entonces y se hizo cargo de las maletas, que llevó al coche a toda prisa. Ya estaba al volante cuando lo alcanzaron.

Minutos después, salieron del aparcamiento del hotel. El sol bañaba Sunset Boulevard, y ella miró la calle con admiración.

–Vi muchas cosas sobre Hollywood antes de venir, pero las fotografías no están a la altura de la realidad.

–Eso es cierto. Yo crecí aquí, pero todavía pienso que... ¡Agáchate!

Súbitamente, Travis se abalanzó sobre ella y la apretó contra su pecho.

–¿Qué ocurre? –preguntó, alarmada.

–En la acera hay una persona que me conoce. Creo que no te ha visto la cara, pero no me quiero arriesgar... Siento haber sido tan brusco. ¿Te hago daño?

–No, en absoluto.

Travis le puso una mano en la cabeza, para ocultar sus rasgos por si alguien la veía.

–Te soltaré cuando el peligro haya pasado.

–No te preocupes. Estoy cómoda.

Él se giró hacia el chófer.

–Rick, cuando puedas, sal de Sunset Boulevard y sigue por calles menos transitadas.

Un momento después, Rick pegó un volantazo y giró a la derecha.

–¿Estás bien? –preguntó Travis.

–Sí, claro.

Charlene empezó a reír.

–¿De qué te ríes?

–Sinceramente, no lo sé –le confesó–. Esta situación es tan absurda... No esperaba que el trayecto resultara tan accidentado.

–Ni yo, pero la vida tiene estas cosas.

–Y pensándolo bien, así es más divertida –alegó.

–Desde luego que sí.

Travis soltó una carcajada y la abrazó con más fuerza. Charlene se alegró de que no corriera el peligro de encapricharse de él, porque se sentía tan bien entre sus brazos que su sentido común se estaba debilitando por momentos.

Pero con Travis estaba a salvo.

O eso quiso creer.

–Ya te puedes levantar.

Charlene se sentó y él le apartó un mechón de la cara.

–Te he estropeado el peinado...

–¿Crees que eso me va a quitar el sueño?

–A algunas mujeres, se lo quitaría –observó–. Pero no te preocupes; cuando lleguemos a mi casa, tendrás tiempo para arreglarte tanto como quieras.

–¿Dónde vives?

–En Beachwood Canyon.

Minutos después, la calle se volvió más empinada. En lo alto de una colina se veía el famoso letrero que resumía la magia del lugar: Hollywood. Casi toda la industria cinematográfica se había mudado a otras zonas, pero allí estaba el origen de todo su glamour; era el

sitio donde habían vivido Humphrey Bogart y Charles Chaplin, entre otros.

Al cabo de un rato, tomaron una calle flanqueada por palmeras y se detuvieron ante un edificio de tres pisos de altura.

–Vivo en la última planta –dijo él.

Justo entonces, sonó su teléfono.

–¿Dígame? Ah, sí… no te preocupes, ya estoy de camino. Es que me ha surgido un problema de última hora. Te llamo enseguida.

Travis cortó la comunicación.

–¿Llegas tarde al trabajo? –se interesó ella.

–Descuida. Te enseñaré la casa y me marcharé después.

Por suerte para ellos, el edificio estaba desierto cuando entraron y se dirigieron al ascensor, así que llegaron al piso sin que nadie los viera.

Travis le enseñó la casa por encima y añadió:

–Ponte cómoda. Si tienes hambre, hay comida en el frigorífico. Este es mi número de teléfono… llámame si necesitas algo.

–No te puedo llamar cuando estés trabajando, Travis. ¿Qué dirían tus jefes?

Él se encogió de hombros.

–Nada en absoluto. Lo único que les preocupa es mi imagen pública. Si me porto bien, todo lo demás les da igual –respondió, sonriendo–. Además, hoy no vamos a rodar nada. Solo es un ensayo más.

–En ese caso…

–Bueno, me voy. Y no te preocupes por nada. Todo va a salir bien.

Travis se marchó y ella se quedó a solas.

El piso resultó ser tan lujoso como había imaginado, pero bastante más sobrio y acogedor. El instinto le decía que el hombre que vivía en aquel lugar no era la típica estrella endiosada que se creía el centro del mundo.

Charlene se dedicó a descansar. Comió un poco, leyó y estuvo atenta a su teléfono móvil por si Lee la llamaba. Pero solo recibió dos llamadas telefónicas y las dos, de Travis: la primera, para preguntarle si estaba bien, y la segunda, ya por la tarde, para decirle que estaba a punto de volver a casa.

Cuando Travis llegó, la miró con intensidad.

–¿No has sabido nada de Lee?

–No, nada.

–Bueno, necesita tiempo para pensar –dijo, restándole importancia–. ¿Qué te parece si preparo la cena? No soy un cocinero excelente, pero tampoco el peor que conozco.

Poco después, Charlene descubrió que su afirmación había sido exacta. La comida no era ninguna maravilla, pero estaba bien.

Mientras daban cuenta de una ensalada de pollo, él dijo:

–Lee se ha portado de forma extraña durante el ensayo. Me miraba con desconcierto, como si no supiera qué hacer.

–Lo sabe de sobra. No quiere saber nada de mí.

–No sé, Charlene. Creo que solo está confundido. Le has dicho que podrías estar embarazada, pero necesita estar seguro para tomar una decisión.

–Cualquiera diría que hablas por experiencia propia.

–Y diría bien.

–¿Es que te ha pasado lo mismo?

Travis asintió.

–Sí, hace tiempo. La chica se había quedado embarazada, pero no sabía si era mío o de otro. Al final, resultó ser de otro.

–¿Y te importó?

–Bueno... la idea de tener una familia me agradaba.

–Tú ya tienes una familia. Tienes cuatro hermanos.

–Cuatro hermanos con los que mantengo una relación más bien distante. Y en cuanto a mi padre, es como si viviera en otro universo –le recordó–. Pero ¿por qué te importa tanto lo de Lee? ¿Sigues enamorada de él?

–No lo sé. Tuvimos una relación tan dulce, tan apasionada... Supongo que echo de menos ese tipo de intimidad.

–Sí, conozco la sensación –dijo–. Por lo menos, yo tengo hermanos, aunque los vea poco. Pero tú solo tienes a tus abuelos, ¿verdad?

–También está James, mi hermanastro. Pero no tengo contacto con él. No lo he visto desde el entierro de mis padres.

–¿Y qué dicen tus abuelos de esta situación?

–No saben nada. Les dije que me iba a Los Ángeles, pero no conocen el motivo. No quise estropearles las vacaciones.

–Comprendo.

Travis le apretó la mano con dulzura.

–¿Y bien? ¿Qué te parece mi casa?

–Fascinante. Sobre todo, la biblioteca. Hasta tienes las obras completas de Shakespeare... –dijo con admiración.

–¿Te sorprende que un actor de televisión disfrute de los clásicos?

–No, claro que no –se apresuró a decir.

Travis sonrió.

–¿Seguro que no? Bueno, no importa... Pero quizás te agrade saber que nuestras carreras profesionales tienen algo en común. Hace unos años, interpreté un papel en una versión de *El sueño de una noche de verano*.

–¿En serio? ¿Qué personaje?

–Puck.

A Charlene le pareció que Puck era el personaje más apropiado para Travis Falcon. El elfo astuto, romántico y bastante truhán que se definía a sí mismo como un alegre trotamundos de la noche.

–Pero todavía no me has dicho si te gustan las vistas de la casa –continuó él, cambiando de conversación.

–Me encantan. Cuando entré en mi dormitorio y salí al balcón, me quedé sin aliento.

–Pues las de mi habitación son aún mejores. Ven y echa un vistazo... Tiene una vista que nunca olvidarás.

Travis la tomó de la mano y la llevó a su habitación. Charlene soltó un gemido de asombro cuando vio la enorme cristalera que ocupaba toda una pared. Todavía no había anochecido, pero el sol se estaba poniendo y las luces de Los Ángeles ya competían con las sombras.

–Tenías razón. Es tan bonita que no la olvidaré... Hasta se ve el letrero de Hollywood –dijo, anonadada–. Como para recordarte por qué estás en este mundo.

–¿Crees que eso se puede saber?

–No, supongo que no. Y pensándolo bien, es mejor que no lo sepamos.

Travis la miró en silencio durante unos momentos. Después, corrió las cortinas de la cristalera y la sacó de la habitación.

–Me voy a acostar pronto –le informó–. El director me ha rogado que no vuelva a llegar tarde al trabajo.

Charlene volvió al comedor y llevó los platos a la cocina, con intención de lavarlos. Ya había terminado cuando miró por la ventana y se puso tensa. Un hombre y una mujer se dirigían a la entrada del edificio.

Y la mujer era pelirroja.

Automáticamente, se acordó de la chica que había asaltado a Travis en el club nocturno; la chica de la fotografía.

¿Sería ella?

Momentos después, llamaron a la puerta. Char-lene se secó las manos y llegó a tiempo de impedir que Travis abriera.

–¿Qué haces? –preguntó él, extrañado.

–La chica de aquel club... la que apareció de repente y se sentó en tu regazo –dijo a toda prisa–. Era pelirroja, ¿verdad?

–Sí, pero...

–Es ella.

–¿Cómo? ¿Estás segura?

–No del todo, pero la he visto por la ventana y me lo ha parecido.

–Oh, no...

–Si es ella, me juego lo que quieras a que se abalanzará sobre ti y alguien os hará una fotografía. Por lo visto, Frank Brenton está decidido a arruinar tu carrera.

–En ese caso, ha llegado el momento de contraatacar. Apártate, por favor.

Travis intentó abrir, pero ella lo empujó contra la pared.

–¿A qué viene eso?

–Si abres esa puerta, cometerás el peor error de tu vida. Brenton acabará contigo. Pero no lo voy a permitir.

–¿Ah, no?

–No.

–Mira, sé que tus intenciones son buenas, pero ya estoy cansado de cruzarme de brazos. Tengo que hacer algo al respecto.

–¿Y crees que abrir es lo más inteligente? No, Travis. Tienes que ser cauteloso. Que llamen todo lo que quieran. Nadie les va a abrir.

–¿No?

–No. Porque sabes que es una trampa y no vas a caer en ella. Dale una lección a Frank Brenton... así aprenderá.

Travis suspiró.

–Está bien.
–Apaga las luces de la casa y acuéstate. Pero no abras las cortinas de tu habitación. Y si llaman al teléfono, no contestes –le ordenó.
Él la miró con ironía.
–Menos mal que eres mi amiga... Como enemiga, serías terrible.
–Pero no soy tu enemiga.
El timbre volvió a sonar. Travis se puso tenso y ella lo agarró por si volvía a sentir la tentación de abrir.
Luego, empezaron a golpear la puerta.
–Que sigan todo lo que quieran –dijo Charlene mientras lo alejaba de la entrada.
–Podrían seguir toda la noche.
–Salvo que algún vecino pierda la paciencia y amenace con llamar a la policía.
Él rio.
–Sería divertido, ¿verdad?
–Desde luego que sí.
En ese momento, se oyó un grito.
–¡Eh! ¡Dejen de dar golpes! ¡Queremos dormir!
La pelirroja y su acompañante se pusieron a discutir en el pasillo exterior. Obviamente, no sabían que hacer. Pero, al final, se alejaron.
Y un minuto después, sonó el teléfono de Tra-vis.
–No contestes –dijo ella.
–No te preocupes, no voy a contestar. Además, no conozco el número que sale en la pantalla –replicó.
–¿Y si llaman más tarde?
–Tranquila... te aseguro que no contestaré.
Tras unos momentos de espera, oyeron que la puerta del portal se cerraba de golpe.
–Creo que ya se han ido –comentó Travis.
–¿Lo ves? ¡Hemos ganado!
–No, tú has ganado. Si hubiera estado solo, habría abierto la puerta y habría caído como un tonto en su trampa.
Travis se acercó a ella y la abrazó con cariño.
–Buenas noches, Charlene. Y gracias por todo.
Ella se metió en su habitación y él se acostó. Pero no podía

dormir, así que se levantó al cabo de un rato y se detuvo un momento ante la puerta de Charlene, para saber si estaba hablando con Lee.

Como no oyó nada, se alejó en silencio y sonrió.

A pesar de los acontecimientos de aquella noche, se sentía extrañamente contento. Y cuando volvió a la cama, durmió como un niño.

Se volvieron a ver a la mañana siguiente, en la cocina del piso. Travis parecía algo distante, así que ella preguntó:

–¿Estás bien?

–No estoy seguro. Creo que me empiezas a dar miedo.

–¿Miedo? –preguntó, extrañada.

Travis se frotó un hombro. Le dolía desde que Charlene le había empujado contra la pared para impedir que abriera la puerta.

–Bueno, antes se decía que las mujeres son el sexo débil, pero es evidente que era un mito...

Ella soltó una carcajada.

–En efecto, era un mito. Será mejor que tengas cuidado con nosotras.

–Descuida, ya me he dado cuenta –Travis se volvió a frotar el hombro–. Primero me das una bofetada y luego, me empujas contra una pared.

–Travis, yo no quería hacerte daño.

–Hiciste lo que tenías que hacer. Estaba tan enfadado que solo quería abrir la maldita puerta y terminar de una vez por todas con esa situación. Pero tenías razón, habría sido un desastre. Y no sabes cuánto te lo agradezco.

–No hay nada que agradecer.

Él alzó una mano y le acarició la mejilla.

–Ah, antes de que lo olvide... te dije que tengo una amiga que es médico, ¿verdad?

–Sí, me lo dijiste.

–Hablaré con ella y le diré que venga a verte. Te hará las pruebas que sean necesarias y, cuando salgas de dudas, podrás tomar una decisión.

Charlene asintió.

–Gracias, Travis.

–De nada. Y ahora, será mejor que me vaya o llegaré tarde al trabajo. Te llamaré más tarde. Adiós.

Travis le dio un beso y se fue.

La doctora Grace Hanley llegó al cabo de una hora. Era una mujer de cuarenta y tantos años, de expresión firme y agradable a la vez. Charlene intentó fingir que no estaba nerviosa, pero lo estaba. Por fin iba a tener la respuesta que necesitaba.

Grace le hizo las pruebas necesarias y se quedó mirando un tubito con expresión impasible.

–¿Esperabas estar embarazada?

–No estoy segura.

–Pues no lo estás, Charlene.

Charlene suspiró.

–Bueno… gracias de todas formas. ¿Te apetece un café?

La doctora la miró a los ojos y sacudió la cabeza. Se había dado cuenta de que Charlene necesitaba estar sola, de modo que rechazó el ofrecimiento y se marchó.

Los minutos siguientes fueron un infierno para ella. Había cruzado medio mundo para decirle a Lee que estaba esperando un niño y conseguir que volviera a su lado. Pero Lee no la quería, y ahora resultaba que ni siquiera estaba embarazada.

Se sintió tan estúpida y tan sola que habría dado cualquier cosa con tal de que Travis estuviera allí y le ofreciera el calor de sus brazos.

–No, eso no puede ser… –se dijo en voz alta.

No podía depender de Travis. Era una mujer adulta, capaz de asumir sus errores y solucionar sus propios problemas. Además, Travis ya la había ayudado demasiado. No quería forzar la situación y arriesgarse a que se cansara de ella.

Aquella noche, cuando él volvió a casa, Charle-ne lo recibió con una sonrisa.

–Hola, Charlene, ¿qué tal te ha ido?

–Muy bien –mintió.

Travis no preguntó por el resultado de las pruebas. Habría sido poco honrado por su parte, porque ya lo sabía. Grace le había

llamado por teléfono para decírselo. A fin de cuentas, era amiga suya.

–¿Te apetece un café?

–Por supuesto.

Travis la siguió a la cocina. Y mientras preparaba el café, ella dijo:

–No estoy embarazada. Aunque es obvio...

–¿Obvio? ¿Qué quieres decir? –preguntó él, entrecerrando los ojos.

Charlene se llevó una mano a la tripa.

–Que me ha venido la regla. Supongo que la tensión de estos días me provocó algún tipo de desarreglo, porque me ha venido unos minutos después de que la doctora se marchara –respondió.

–Bueno, es un problema menos del que preocuparse –observó.

–Más que un problema menos, es el fin de todos mis problemas. La idea de tener un hijo con Lee me resulta verdaderamente odiosa a estas alturas.

Él asintió.

–Lo comprendo.

–Siento haberte metido en este lío, Travis. Me obsesioné con Lee y no me di cuenta de que no merecía la pena. Debes de pensar que estoy loca.

–En absoluto. Son cosas que pasan, Charlene. Tarde o temprano, todos cometemos un error.

Charlene suspiró.

–Y que lo digas.

Tras unos segundos de silencio, ella le sirvió un café y se marchó a su habitación con la excusa de que estaba cansada y necesitaba dormir. Minutos más tarde, Travis pasó por delante de su dormitorio y oyó que estaba hablando por teléfono.

–¿A qué hora sale el siguiente vuelo para Lon-dres? ¿A mediodía? Sí, sí, está bien... quiero reservar un billete, por favor.

Travis se quedó helado. Abrió la puerta sin llamar y bramó:

–¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?

–Reservar un billete.

–¿Te vas a marchar así como así? ¿Sin pensar siquiera en el daño que me vas a hacer?

Charlene lo miró sin decir nada, sorprendida.

–Me he arriesgado por ti, Charlene. Te he ayudado en todo lo que he podido. ¿Y así es como me lo agradeces? La gente nos ha visto juntos... Creen que tenemos una relación. ¿Qué van a pensar si te vas del país de repente? ¡Seré el hazmerreír de todo Hollywood! Me dejarás en ridículo.

–Travis, yo...

–No había dicho nada al respecto porque pensé que querías reconquistar a Lee. Pero ahora es diferente. Si quieres, me podrías ser de gran ayuda.

–Lo siento mucho. No me había dado cuenta –se disculpó.

–No, es evidente que no. Brenton sigue empeñado en hundirme, y tú eres la única persona que me puede ayudar.

–Tienes razón. Te lo debo.

–Sí, claro que me lo debes. Pero no te preocupes, no te voy a presionar –declaró él, decepcionado.

–Oh, Travis... Dime lo que quieres que haga y lo haré.

–Quiero que te quedes conmigo, en mi piso. Quiero que el mundo crea que somos pareja –replicó.

–¿Crees que eso te ayudará?

–Por supuesto que sí. En otro tiempo, habría sido un escándalo que un hombre y una mujer vivieran juntos sin estar casados; pero, por suerte, los tiempos cambian –afirmó–. Mientras estés aquí, serás mi seguro de vida contra Brenton y sus tretas.

–Entonces, me quedaré.

–¿Seguro?

–Por supuesto que sí.

Travis retrocedió hasta la puerta del dormitorio. Pero no debía de estar muy convencido, porque se detuvo antes de salir y preguntó:

–¿Estarás aquí cuando me despierte mañana?

–Te doy mi palabra de honor.

–En ese caso, buenas noches. Que duermas bien.

Él salió de la habitación y cerró la puerta sin mirar atrás. Habría dado cualquier cosa por mirarla otra vez, pero se contuvo.

Gracias a Charlene, había aprendido a refrenarse.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, cuando estaban desayunando, él preguntó:

–¿Te ha llamado Lee?

–No.

–¿Y tú? ¿No le has llamado?

–Tampoco.

–No puedes retrasarlo eternamente, Charlene. Si quieres que se lo diga yo...

Charlene sacudió la cabeza.

–Gracias, Travis, pero es asunto mío.

–Está bien, como quieras... Pero en ese caso, ha llegado el momento de que te enseñe un poco por ahí. Espero que no te importe.

–En absoluto.

–Tenemos que hacer saber al mundo que somos una pareja. Supongo que bastará con que nos vean juntos en algún establecimiento. ¿Te parece bien el hotel Stollway? Creo que es lo mejor... al fin y al cabo, ya nos vieron allí.

–Me parece perfecto. Pero tendrás que echarme una mano con el guion de nuestra pequeña farsa –dijo.

–Eso esta hecho. ¿Te acuerdas de la escalera del hotel?

–Claro que sí. ¿Por qué lo dices?

–En el rellano, hay un cuadro enorme. Quédate allí y míralo hasta que yo llegue.

–Y mientras finges que me buscas, podrías darte una buena vuelta por el hotel, para asegurarte de que todo el mundo te vea.

Travis sonrió.

–Una idea magnífica, aunque creo que se puede mejorar un poco. Cuando llegue al pie de la escalera, date la vuelta y baja muy despacio. Yo te miraré con adoración... o mejor aún, con deseo.

–De momento, bastará con la adoración –dijo Charlene con ironía–. Dejemos el deseo para más tarde.

–Entonces, ¿no me puedo arrojar a tus pies?

–No, todavía no.

–Está bien, refrenaré mi entusiasmo, diosa mía.

Ella rompió a reír.

–Vas a herir mis sentimientos –protestó él–. No estoy acostumbrado a que las mujeres se rían de mí cuando les dedico ese tipo de halagos.

–Créeme... si estuvieran aquí, en este momento, también se reirían. Pero ¿les sueles decir esas cosas con mucha frecuencia?

–Eso no viene al caso –se defendió, frunciendo el ceño–. Aunque me alegra que lo encuentres divertido.

–Pues a mí no me pareces muy contento...

Travis apretó los dientes.

–¿Ya has terminado?

–Sí.

–Entonces, deja que siga con el guion de nuestra historia. Cuando bajes las escaleras, te tomaré de la mano y te abrazaré. Con suerte, alguien sacará un teléfono móvil y nos hará una fotografía que al día siguiente aparecerá en los periódicos.

–¿Qué te vas a poner?

–Llevaré smoking, con pajarita. ¿Y tú? Ahora que lo pienso, necesitarás ropa nueva. Lo cual es un problema...

–¿Por qué es un problema?

–Porque te conozco, Charlene. Me estás haciendo un favor y es lógico que, en consecuencia, te pague la ropa. Pero sé que te sentirás ofendida si te ofrezco dinero.

–En efecto, me sentiré ofendida.

–Bueno, ¿qué se le va a hacer?

Travis sacó una tarjeta de crédito y la dejó sobre la mesa.

–Llamaré a la mejor boutique de Hollywood y les diré que tienes permiso para usar mi tarjeta. Quiero que te compres un vestuario entero.

–No, de ninguna manera... Me limitaré a comprarme un vestido para esta noche. Pero será un vestido modesto y respetable.

–¿Modesto y respetable?

–Así sabrán que has elegido una vida de virtud... –se burló.

Travis sonrió y miró la hora.

–De acuerdo, pero ahora me tengo que ir... He quedado con un

periodista que me quería entrevistar.

–¿Le vas a decir que estamos juntos?

–No, solo dejaré caer unas cuantas insinuaciones. Que se cuezan en su propia salsa. Así será más eficaz.

–Se nota que sabes manipular a la gente.

Él sonrió.

–Sí, y no soy el único que sabe.

Charlene quería que Travis se sintiera orgulloso de ella, así que se esforzó por estar tan guapa como fuera posible. A fin de cuentas, aquella noche iba a cenar con el hombre más atractivo y más encantador que había conocido. Iba a ser la envidia de todas las mujeres. Una experiencia absolutamente nueva para ella.

Cuando llegó la hora, se puso el vestido rojo que se había comprado; era de terciopelo, sin escote, y se ajustaba de un modo muy sensual a su figura. Después, se maquilló, se recogió el pelo y dejó sueltos unos cuantos mechones, que le caían sobre el cuello con elegancia.

–¡Ya estoy preparada! ¡Que empiece la función!

Tras coordinar el encuentro, Travis apareció al pie de la escalera. Para entonces, ya se había dado una vuelta por el hotel y se había asegurado de que todo el mundo supiera que estaba buscando a Charlene Wilkins.

Ella dejó de mirar el cuadro del descansillo, se dio la vuelta y empezó a bajar. Travis estaba impresionante con su smoking y su camisa blanca.

–Charlene…

Él la tomó de la mano y sonrió.

–Travis…

Juntos, cruzaron el vestíbulo y entraron en el restaurante. Un camarero se acercó y los llevó a una mesa, donde les preguntó si deseaban beber algo.

–¿Qué quieres tomar, cariño? –preguntó Travis.

–Lo que tú quieras, mi vida.

–En ese caso, tráiganos una botella de champán, por favor. La señorita y yo estamos de celebración.

El camarero los miró con interés y se alejó.

–¿No es un poco pronto para celebrar nada? –dijo ella.

–No, en absoluto. Lo del champán ha sido un truco para llamar la atención del camarero. Seguro que se lo dice a todos.

–Eres un manipulador nato.

–Gracias por el cumplido, aunque es lógico que lo sea. Forma parte del trabajo de un actor. Quien manipula mejor, cobra más.

–Y eso es importante, claro.

–Por supuesto que lo es. En cierta ocasión, un viejo actor me dio un consejo que no he olvidado nunca. Me dijo que no me dejara engañar por el éxito y los aplausos enfervorizados, porque el nuestro es un trabajo muy inestable. Hoy estás arriba y mañana estás abajo. Nunca sabes lo que puede pasar.

El camarero volvió con el champán y les dio la carta. Ya habían empezado a comer cuando Travis la miró con admiración.

–Llevas un vestido precioso. Modesto pero muy sensual –observó–. Felicita a la modista de mi parte.

Durante los minutos siguientes, hablaron de cosas sin importancia. Pero al final de la cena, él se puso serio de repente y dijo:

–Creo que ya ha llegado el momento.

–¿El momento para qué?

–Para darte el regalo que te he comprado esta tarde, en una joyería.

Charlene sonrió.

–Buena idea. Es un detalle perfecto para nuestra obra.

–Sí, ¿verdad?

Travis sacó una cajita del bolsillo y la abrió. Charlene esperaba encontrar un anillo o, quizás, una pulsera de diamantes. Pero no contenía un anillo ni una pulsera. Y, desde luego, no era de diamantes.

Contenía unos pendientes con un muñequito de un personaje de dibujos animados que se llamaba Daft Doody y que era muy popular entre los niños.

Al ver su cara de sorpresa, Travis bajó la mirada y se quedó atónito.

–Oh, no... Me he equivocado de cajita...

Charlene rompió a reír.

–Disculpa que me ría tanto, pero deberías ver la cara que has

puesto…

–Menuda metedura de pata. Fui a la joyería con un amigo que le había hecho un regalo de cumpleaños a su hija pequeña… por lo visto, le encanta Daft Doody. No se cómo ha pasado, pero es evidente que me llevado su cajita y que él se ha llevado la mía.

–Seguro que eso no estaba en el guion –dijo ella sin dejar de reír.

–No, desde luego que no.

–Bueno, no te preocupes. Tampoco es para tanto.

–Recuperaré mi regalo y te lo daré cuando estemos a solas.

–¿A solas? ¿Qué ganaríamos si me lo das en privado? No nos vería nadie.

Él asintió.

–Tienes razón. En ese caso, te lo daré la próxima vez que salgamos por ahí.

–A no ser que te equivoques otra y vez y me regales unas esposas.

Travis soltó un gruñido.

–Supongo que me merecía eso.

–Oh, vamos, no es una tragedia.

–Puede que no, pero estoy cansado de cometer pequeños errores como ese. Me he vuelto demasiado despistado… Y no me extraña, porque estoy rodeado de gente cuyo trabajo consiste en halagarme y decirme que todo lo que hago, lo hago bien.

–Solo quieren alimentar tu seguridad, para que actúes mejor.

–Lo sé, pero puede llegar a ser peligroso. Si te acostumbras, terminas por hacer el idiota en la vida real, donde no hay nadie que te ayude.

Charlene se sintió muy intrigada. Travis le acababa de abrir la puerta de su corazón con sus preocupaciones y sus inseguridades. Sin embargo, no tuvo ocasión de interesarse al respecto, porque él cerró la caja con rapidez y alzó su copa de champán.

–Te propongo un brindis.

–¿Por qué quieres que brindemos?

–Por ti. Por tu genialidad y por tu encanto.

Ella aceptó el brindis. Pero se quedó extrañamente callada.

–¿En qué estás pensando? –preguntó él.

–En todo esto. Debería estar triste después de lo sucedido con

Lee y con mi supuesto embarazo, pero no lo estoy. Me estoy divirtiendo mucho.

–Yo también, Charlene.

–Hablar contigo es como hablar con el hermano mayor que nunca tuve.

–Hum... no sé si me agrada que me tomes por un hermano mayor –le confesó Travis–. Además, la gente tiene que pensar que somos amantes.

–Es cierto. Procuraré ser más cuidadosa con mis descripciones.

Él sonrió.

–Bueno, no te preocupes. En privado, me puedes llamar lo que quieras. Incluso hermano, por supuesto.

–Hermano, aliado, amigo...

Travis la miró con intensidad, pero no dijo nada.

–De todas formas, no importa lo que te llame. Sabes que conmigo estás a salvo –continuó Char-lene.

–¿A salvo? ¿En qué sentido? De momento, ya me has pegado una bofetada y me has empujado contra una pared. ¿Insinúas que no me vas a envenenar?

Ella rio.

–A salvo en el sentido de que no me voy a enamorar locamente de ti. Te doy mi palabra. No eres mi tipo.

Él frunció el ceño exageradamente.

–No estoy acostumbrado a que me digan eso.

–Lo sé. Estás acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a tus pies y te digan una y otra vez lo guapo que eres. Pero, por suerte, yo no soy así. Y seguro que lo prefieres. Será todo un cambio en tu vida.

–Sí, supongo que sí –dijo–. En fin, será mejor que nos marchemos.

Charlene se fue de compras al día siguiente. Necesitaba más ropa para interpretar el papel de novia de Travis Falcon.

Acababa de volver al piso cuando él la llamó por teléfono para decirle que estaba muy ocupado y que no regresaría hasta bien entrada la noche. Charlene le dijo que no se preocupara y él añadió:

–Quiero que vengas a los estudios mañana por la mañana. Todo

el mundo está ansioso por conocerte... Pero me temo que Lee también estará allí. ¿Te importa?

–No. De todas formas, tengo que verlo en algún momento.

–Pues no se hable más –dijo–. Ah, por cierto... cuando terminemos de hablar, conéctate a Internet y echa un vistazo al sitio web *Notes For You*.

Charlene se conectó y buscó el sitio que Travis había mencionado. Era una red social donde la gente compartía fotografías. Y se llevó una buena sorpresa al encontrar toda una colección sobre su cita de la noche anterior en el restaurante.

–Vaya, no han perdido el tiempo –se dijo, encantada–. Aunque a fin de cuentas, es lo que queríamos.

Por fin, llegó la noche. Y se empezó a preocupar con la tardanza de Travis.

¿Qué estaría haciendo? ¿Rodando alguna escena de última hora? ¿Disfrutando de los favores de alguna mujer?

Charlene intentó convencerse de que no era asunto suyo, pero no lo consiguió.

Desesperada, se retiró a su dormitorio con intención de dormir. Y aún seguía despierta cuando Travis volvió al piso.

Para la visita a los estudios, Charlene eligió un vestido sencillo y una chaqueta; pero esa vez, se dejó el pelo suelto. Cuando Travis la vio, soltó un silbido de admiración. Luego, la acompañó al coche y se pusieron en marcha.

–Ayer entré en el sitio web que me dijiste. Menu-da manera de empezar...

–Sí. Estás haciendo un trabajo excelente.

La experiencia en los estudios fue tan divertida como agotadora. Travis le presentó a todos sus compañeros, incluido el director, un hombre de alrededor de cuarenta años que se llamaba Vince y que se llevó automáticamente bien con ella.

A la hora de comer, se dirigieron a la cafetería y se sentaron. Para entonces, ya les habían sacado un millón de fotos.

–Siento haber llegado anoche tan tarde –se disculpó él.

–No te preocupes. Estuve viendo tu serie de televisión. Está en todos los canales... Incluso hay uno que se dedica a reponer los

capítulos antiguos.

Travis sonrió.

–Veo que no te cansas de mí.

Charlene se encogió de hombros.

–Digamos que fue útil desde un punto de vista científico. Me di cuenta de que, en todos los capítulos, sueltas algún discurso sobre la vida –dijo con sarcasmo.

Travis rompió a reír, pero se puso serio súbitamente.

–Oh, vaya... adivina quién está en la puerta de la cafetería.

–¿Lee?

–Sí, pero no te des la vuelta.

–No tenía intención. No quiero que piense que estoy loca por él. Aunque tendré que verlo en algún momento para decirle que no estoy embarazada. Y después, seguiré con mi vida sin mirar atrás.

–Bueno, siempre miramos atrás en algún momento –observó.

–Sí, pero eso no significa que nos tengamos que poner sentimentales con el pasado –replicó–. Lo que está hecho, está hecho.

–Eso es verdad. Solo espero que seas capaz de recordarlo. La nostalgia y el arrepentimiento no resultan precisamente útiles cuando no se puede cambiar nada –dijo Travis–. Pero tendrás que disculparme ahora... me están esperando.

Travis se despidió y la dejó sola en la cafetería. Segundos después, Lee se acercó a la mesa y preguntó:

–¿Me puedo sentar?

–Por supuesto.

Él se sentó.

–Estaba esperando a que te quedaras sola. No quería interrumpir tu reunión con el gran hombre.

–Te llamé esta mañana, pero no te localicé.

–Mi teléfono sigue estropeado –se excusó.

Charlene sintió lástima de su antiguo amante. Era un verdadero cobarde. Pero se dijo que no todos los hombres podían ser tan valientes y generosos como Travis Falcon.

–Ya no tienes motivos para preocuparte, Lee.

–¿Insinúas que...?

–En efecto. No estoy embarazada.

Lee sonrió de oreja a oreja.

–¡Menos mal! Es una noticia maravillosa.

–Sí, supongo que es lo mejor que podía pasar en estas circunstancias –dijo ella, muy seria.

–¿Estás completamente segura?

–Completamente.

Lee se inclinó sobre la mesa, la tomó de la mano y le dio un beso en los labios. Luego, le dio las gracias por la noticia y se marchó.

Charlene se quedó desconcertada.

Se suponía que estaba enamorada de Lee, pero no sentía nada en absoluto. No se sentía decepcionada ni abandonada. Ni siquiera estaba triste.

En ese momento, se dio cuenta de que se había estado engañando con Lee porque deseaba enamorarse de alguien, especialmente si ese amor venía acompañado de un bebé. Y también se dio cuenta de que ahora, por fin, era libre.

Aún lo estaba pensando cuando Travis apareció a su lado y la miró con ansiedad.

–¿Qué ha pasado? He vuelto hace unos segundos, a tiempo de ver cómo te besaba. Y me he sentido tan... tan... Bueno, ni siquiera sé lo que he sentido –le confesó, nervioso–. Pero ¿estás bien?

–Sí, estoy bien. Y no te preocupes por lo que has visto. Lee me ha besado porque en estos momentos es el hombre más feliz del mundo. Sabe que no estoy embarazada. Ha conseguido lo que quería.

–¿Y tú? ¿También has conseguido lo que que-rías?

–Supongo que sí.

–Si quieres, estoy dispuesto a darle un buen puñetazo.

Charlene se encogió de hombros.

–¿Para qué? Tenía un problema y ha terminado bien para todos.

–¿Seguro? –preguntó, mirándola a los ojos.

–Seguro.

Justo entonces, apareció Vera, una de las chicas que trabajaban en los estudios. Se la habían asignado esa misma mañana, para que se hiciera cargo de sus necesidades y le enseñara el lugar mientras Travis trabajaba.

–¿Seguimos con nuestra visita turística? –le preguntó.

–Será un placer.

Charlene disfrutó mucho del paseo, pero se alegró especialmente

cuando volvieron al plató. En ese momento, Travis estaba interpretando una escena con Lee.

–Deberías pensar las cosas antes de hablar –dijo Travis en su papel de doctor Harrison–. Tus pacientes te lo agradecerían.

–Lo intento. Pero a veces, las cosas se complican… –replicó Lee.

Vince, el director, los interrumpió.

–¿Se puede saber en qué estás pensando, Travis? Se supone que tienes que permanecer inmóvil mientras Lee te da la réplica. ¿Qué es eso de pegarte a él como si le quisieras pegar un puñetazo?

–Lo siento –dijo Travis–. No sé lo que me ha pasado.

–Bueno, vamos a hacerlo otra vez. Y recuerda que tu personaje es un dechado de virtudes, todo bondad y generosidad.

–Sí, claro… –ironizó.

Charlene se quedó asombrada. Travis había estado a punto de perder los estribos con Lee. Y estaba segura de que había sido por ella.

Al final de la tarde, se despidieron del equipo del plató y subieron al coche que los estaba esperando.

–¿Nunca conduces tú? –preguntó Charlene.

Travis sonrió.

–No me lo permiten. Los jefes no quieren que haga esfuerzos innecesarios; me quieren completamente concentrado en mi arte, según dicen. Pero esa no es la verdad… saben que soy un conductor terrible y tienen miedo de que sufra un accidente.

Cuando el coche arrancó, ella se giró hacia la entrada de los estudios y vio que Lee había salido. Su antiguo novio la saludó con la mano y volvió al interior del edificio. Entonces, Charlene miró a Travis y se preguntó si se habría dado cuenta. Pero afortunadamente, estaba mirando hacia el lado contrario.

Capítulo 7

Se bajaron del coche a pocas manzanas del piso de Travis, y se dirigieron a un pequeño restaurante de la zona.

Mientras cenaban, Charlene dijo:

–Tenemos que hablar de dinero. Me has dado demasiado.

–Mereces hasta el último penique, Charlene. De hecho, quiero que salgas por ahí y te compres más ropa.

–Está bien, pero la pagaré yo.

–¿Con los precios de Los Ángeles? Ni soñarlo.

–Lo digo en serio. Estoy encantada de ayudarte, pero no soy tu mantenida, Travis. O mantenemos una relación de iguales o no mantenemos ninguna relación.

–¿De iguales? –dijo, fingiéndose alarmado–. No sé si eso me agrada...

–¿Es que no has oído hablar de la liberación de la mujer?

–Sí, me suena de algo –bromeó–. Pero al menos, tendrás que aceptar este regalo.

Travis sacó una cajita del bolsillo. Contenía los pendientes de perlas que le había comprado cuando fue con su amigo a la joyería.

–Siento lo Daft Doody.

–Y pensar que la prensa te considera un romántico...

Él sacó los pendientes y se los puso. Charlene pensó que eran preciosos. Y por la forma en que Travis la miró, supuso que él pensaba lo mismo.

Después de cenar, volvieron andando al piso. En el ascensor, se encontraron con un hombre de mediana edad.

–Hola, Sam –dijo Travis.

–Buenas noches.

–Te presento a Sam Barton, Charlene. Él y su esposa viven debajo de mí.

Sam le estrechó la mano.

–Ya había oído hablar de ti. Eres la comidilla de Los Ángeles.

El vecino de Travis se bajó en el segundo, tras lanzarle una

mirada de curiosidad a Charlene.

–Es un tipo agradable –dijo Travis cuando llegaron a su destino–. Creo que deberíamos invitarlos a cenar. Rita, su esposa, te caería bien.

–¿Están en el negocio del cine?

–En cierto modo. Sam trabaja en el departamento financiero de uno de los estudios, y ella fue modelo y bailarina.

Al cabo de un rato, ella se retiró a su habitación. Pero antes de acostarse, salió al balcón para admirar las vistas de la ciudad. Travis había bajado al jardín y estaba sentado en el césped, con la espalda apoyada en un árbol. Tenía los ojos cerrados y movía los labios como si estuviera hablando solo.

Al verlo, Charlene pensó que le habría gustado ser un pájaro para posarse en una rama y oír lo que decía. Aunque no sabía si lo habría entendido. Aquel día la había sorprendido con sus contradicciones. Se había mostrado tranquilo, agitado y, en suma, imprevisible; sin dejar de ser, en ningún momento, encantador.

A partir de entonces, se empezaron a tratar con la cordialidad y la familiaridad de dos amigos. Y a sugerencia de Charlene, Travis la empezó a llamar Charlie.

–Es lo más cercano a mí... un nombre sensato y práctico. Charlene es mi versión de fantasía, por así decirlo.

Luego, Travis se tuvo que ausentar varios días para rodar unas escenas exteriores de la serie de televisión. Y Charlene disfrutó de sus días de soledad. Las cosas habían cambiado tanto que necesitaba pensar y reencontrarse a sí misma.

Por lo demás, no podía salir a la calle sin que alguien la reconociera. Travis era tan famoso que la noticia de su supuesto noviazgo se había extendido por toda la ciudad de Los Ángeles. Sin embargo, empezaba acostumbrarse a las complicaciones de la fama, y ni siquiera se sentía incómoda cuando algún fotógrafo la paraba por la calle y le pedía que posara para su medio de comunicación.

Travis volvió antes de lo previsto. Eran las tres de la madrugada, y el piso estaba a oscuras y en silencio. Pero al pasar por delante de la habitación de Charlene, la oyó reír a carcajadas y se quedó inmóvil. ¿Con quién estaría a esas horas?

–Oh, no, no puedes hacer eso... –dijo ella entre risas–. No, claro que no.

Travis pensó que estaba con Lee y entró en la habitación sin llamar, presa de un ataque de celos.

Charlene estaba sola, hablando por teléfono.

–Disculpa un momento. Es que Travis acaba de llegar –continuó ella–. Hola... estoy hablando con mis abuelos.

–¿Con tus...?

–Les he hablado de ti. Me han llamado desde Nairobi y se lo he contado todo... ¿Emma? Sí, sigue aquí... Sí, por supuesto, claro que puedes hablar con él.

Charlene le pasó el teléfono.

Diez minutos más tarde, tras una conversación telefónica tan agradable como inesperada para Travis, él cortó la comunicación y se sentó en la cama.

–Pareces desconcertado –dijo ella con humor–. ¿Puedo hacer algo por ti?

Él sacudió la cabeza.

–No, gracias. Será mejor que me acueste. Bue-nas noches.

Travis se levantó y se fue.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, él le confesó el motivo de su extraño comportamiento de la noche anterior.

–Anoche me diste un buen susto. Te oí hablar y pensé que estabas con Lee.

–Pues no, solo eran Frank y Emma. Es increíble que, a su edad, sigan siendo tan bromistas –replicó.

–Sí, me pareció que te estabas divirtiendo mucho. ¿Cuándo van a volver?

–¿De vacaciones? Dentro de seis semanas.

–Pero no tienes prisa por dejarme, ¿verdad?

–No. Me encanta estar aquí... Si no te molesta, claro.

–En absoluto.

Durante los días posteriores, siguieron con su rutina habitual. Travis se iba a trabajar por la mañana y, cuando volvía, cenaban

juntos. Estaba acostumbrado a prepararse la comida él mismo o, en su defecto, llamar a algún restaurante para que se la llevaran; pero Charlene hizo una lista con sus platos preferidos y empezó a cocinar para él.

–Eres una gran cocinera –le dijo una semana más tarde–. Mejoras cada día.

–Hago lo que puedo.

–Que es mucho.

–Ah, esta mañana he encontrado una cosa… –Charlene alcanzó un sobre lleno de documentos–. Se cayó al suelo y los papeles se desparramaron, así que los tuve que recoger.

Travis gimió.

–Son los recibos que le tengo que enviar a mi asesor fiscal. Como ves, no están precisamente ordenados.

–Ya me he dado cuenta. Pero no te preocupes por eso, los he ordenado y he hecho una lista para facilitarte las cosas.

Travis sonrió al ver la lista.

–Esto está muy bien… Hasta puedo enviárselo al asesor sin sentir vergüenza.

–Entonces, ¿no te molesta que haya violado tu intimidad?

–Charlie, puedes violar mi intimidad siempre que quieras –respondió–. De hecho, hay varias cosas que…

En poco tiempo, Travis le puso al tanto de su situación financiera. Su asesor era un profesional muy capaz, pero había un montón de cosas pequeñas que Travis debía organizar antes de enviárselas. Y entre sus muchas habilidades, no se encontraba la de ser ordenado.

Pero Charlene lo era.

Como recompensa por sus esfuerzos contables, él le regaló un collar de oro. A ella le encantó, pero no tanto como su alegría por haberse quitado de encima un problema que le quitaba el sueño.

–¿Qué haría yo sin ti?

–Buena pregunta. Me has convertido en tu contable particular.

Travis la miró a los ojos y dijo con dulzura:

–Tú eres mucho más que eso, Charlie.

Por su tono de voz, Charlene se dio cuenta de que Travis había estado a punto de decir algo inmensamente romántico. Pero fuera lo que fuera, no estaba preparado para decirlo. Y ella lo dejó estar.

Se había acostumbrado a la vida en Beach-wood Canyon. A pesar de ser un lugar lleno de glamour, parecía un pueblo pequeño.

Tenía un mercado, varios cafés y muchas tiendas pequeñas.

Cada vez que salía a pasear, se cruzaba con algún actor o músico famoso. Al principio, se quedaba tan sorprendida que tenía que hacer un esfuerzo para no mirarlos como una tonta; pero después, se dio cuenta de que ellos también la miraban.

Obviamente, sabían quién era.

Un día, cuando Charlene acababa de volver al piso, llamaron a la puerta.

–¿Hay alguien ahí?

–Ya voy…

Charlene abrió y se encontró frente a una mujer alta, de mediana edad.

–Hola. Soy Rita Barton, tu vecina del segundo. He venido a devolver una cosa que Travis me pres-tó.

–Ah… pasa, por favor.

Charlene la invitó a tomar café. Rita aceptó y la miró de arriba abajo.

–Me alegra que los rumores sean ciertos… La gente dice que Travis ha conocido a una chica encantadora que le hace feliz y no le mete en líos.

–Sí, supongo que esa soy yo –dijo, sonriendo.

–Ya sabes lo de la pelirroja, ¿verdad? La chica que lo asaltó en aquel club… Sé que lo hizo a propósito, para tenderle una trampa. Nunca me cayó bien.

–¿Es que la conoces?

–Claro. Fue una de mis alumnas de baile… Bue-no, o de algo parecido a baile, porque solo les enseñaba a contonear las caderas delante de una cámara para que parecieran más seductoras. Pero no se lo digas a Travis.

–Descuida, no se lo diré. Pero ¿enseñas ese tipo de baile?

–Por supuesto. Hay muchas formas de hacerlo… depende de lo provocadora que quieras ser –respondió–. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que quieres probar?

–Sí, claro. Me encantaría.

–Es muy fácil.

Rita se levantó y se empezó a contonear con tanta sensualidad

como elegancia, entre las risas de las dos mujeres.

–Alza las manos por encima de la cabeza –continuó–. De ese modo, la gente se concentrará en tu cuerpo.

–¿Así?

Charlene se movió siguiendo sus instrucciones.

–Sí, muy bien. Y ahora, imagina que el hombre al que quieres seducir está en ese sofá... Acércate a él de forma sinuosa... pero mueve un poco más el trasero.

Charlene le hizo caso.

–No, tienes que moverlo más, mucho más –insistió–. Y ahora, intenta girar y contonearte al mismo tiempo...

Charlene soltó una carcajada y giró. Pero lo hizo tan deprisa que perdió el equilibrio.

–¡Ah!

–Descuida, ya te tengo...

La voz que oyó no fue la de Rita, sino la de Travis, que entró en el piso a tiempo de impedir que se cayera. Pero Charlene llevaba tanto impulso que él terminó en el suelo y ella, sentada sobre su regazo.

–Vaya... buena forma de terminar en el regazo de un hombre –se burló Rita.

–¿Se puede saber qué estáis haciendo? –preguntó Travis, desconcertado.

Charlene se levantó y dijo:

–Rita me estaba enseñando a bailar la danza del vientre.

–¿En serio? ¿Es que quieres ser bailarina?

–Nunca se sabe. Pero es muy divertido.

–Y tiene talento –intervino Rita.

–Sí, ya me he dado cuenta. Talento para darme golpes... Giraba tan deprisa que me ha tirado –le recordó él.

–Lo siento, yo no quería...

–No le enseñes más trucos, Rita. Charlene empieza a darme miedo.

–Tonterías. Siempre te he dado miedo –ironizó.

–Bueno, si Charlene te desagrada, siempre puedes volver al club donde te hicieron esa fotografía –se burló Rita.

–Ni en un millón de años.

–No, espera un momento... Pensándolo bien, podrías ir con

Charlene. Tiene un talento natural para el baile, y le daría una buena lección a ese montón de busconas.

–Buena idea –dijo Charlene.

–Pues a mí no me lo parece –protestó Travis.

–Solo tendría que enseñarte unos pasos y...

–Olvídalo, Rita –bramó.

Rita y Charlene lo miraron con asombro, desconcertadas con su vehemencia.

–Disculpadme... Ha sido un día muy largo y estoy cansado.

–No te preocupes. Lo comprendo –dijo Rita–. Será mejor que me vaya... solo he venido a devolverte el libro que me prestaste.

Rita se despidió de ellos y se fue.

–¿Qué tal te ha ido? –preguntó Charlene.

–No muy bien. Me duele la cabeza. Creo que me iré a acostar.

–¿No quieres que te prepare la cena?

–No, gracias –respondió con una sonrisa forzada–. Solo necesito dormir un poco... Buenas noches.

Travis desapareció y Charlene se quedó en el salón, perpleja.

Cabía la posibilidad de que estuviera enfadado con ella, pero no encontró ningún motivo y olvidó el asunto.

Travis estuvo despierto un buen rato. Había pasado algo importante y tenía que asumirlo y valorarlo detenidamente.

No dejaba de pensar en el cuerpo de Charlene. Sabía que no había terminado en su regazo a propósito, pero lo había hecho y había inflamado sus sentidos de un modo que jamás habría imaginado.

Aún sentía la huella de su contacto y de su calor. Una huella alarmante, tórrida, imposible de borrar.

Gimió e intentó refrenar el deseo. Ya no conocía a la mujer que estaba viviendo en su piso. Era una Charlene nueva, completamente distinta. Y sentía la necesidad de quitarle la ropa y descubrir el cuerpo que ocultaba.

Pero su deseo violaba todas las promesas que se habían hecho. Se suponía que solo eran amigos. No podía destrozar su amistad por un capricho.

Al día siguiente, cuando estaban desayunando, sonó su teléfono.

–¡Hola, Mamá! ¿Que vienes a verme? Magní-fico... ¿Cuándo? ¿Mañana? Sí, no te preocupes, te iré a buscar al aeropuerto... Sí, por supuesto, ella irá conmigo. Así, tú podrás conocer a Charlene y yo a... ¿Cómo se llama?

Travis cortó la comunicación al cabo de unos segundos y se giró hacia Charlene.

–Era mi madre.

–Sí, ya lo he oído...

–Llega mañana. Ha estado en París con su nuevo amante, Eric –dijo con humor–. Mi madre tiene una vida amorosa de lo más entretenida.

Veinticuatro horas más tarde, estaban en la sala de espera del aeropuerto. Como no tenían nada que hacer, Travis compró una revista en un quisco y se dedicó a ojearla con desinterés hasta que una fotografía llamó su atención.

Era una mujer preciosa, que estaba semitumbada en un sillón. Y la miró con tanta intensidad que Charlene se sintió extrañamente insultada. Si Travis quería que la gente los tomara por una pareja, no podía mirar con deseo a cualquier desconocida.

–Travis...

Él la miró y se dio cuenta de lo que pasaba.

–No es lo que parece. Es Cassie.

–¿Cassie?

–La chica con la que Marcel se quiere casar. Es muy guapa, ¿verdad? Tengo entendido que fue modelo.

–No me extraña. Tiene un cuerpo impresionante.

–Pobre Marcel... –dijo, sacudiendo la cabeza–. Creo que esta vez va a encontrar la horma de su zapato.

–Me pregunto cuándo dinero cobrará una modelo. Seguro que una pequeña fortuna... más que suficiente para vivir sin estrecheces.

–¿Es que solo te importa el dinero? –preguntó Travis, sonriendo.

–No, claro que no. La imagen también es importante –ironizó–. Si fuera tan guapa como ella, todos los hombres caerían rendidos a mis pies.

–Qué tontería... a los hombres nos interesan otras cosas además de la belleza física.

–Sé que lo dices por educación, pero eso no es verdad. Os gustan las mujeres sensuales y voluptuosas.

–¿Estás segura? –preguntó, arqueando una ce-ja.

–Por supuesto que sí.

–No sabía que fueras experta en hombres.

–Cualquier mujer es experta en hombres.

Travis ladeó la cabeza.

–Y supongo que me vas a dar una lección al respecto.

–¿Por qué no? Somos como hermanos. Pode-mos hablar de lo que quieras.

–Como hermanos –repitió él, en voz baja.

–Es lo que acordamos, Travis. Es lo mejor para los dos.

–Pues ya que hablamos con franqueza, permíteme que te diga que no sabes tanto como crees. Los hombres no somos iguales. Nos gustan cosas distintas. Y a algunos, incluso nos gusta que nos sorprendan.

Charlene lo miró con curiosidad, preguntándose qué habría querido decir. Pero justo entonces, la megafonía del aeropuerto anunció la llegada del vuelo de París y rompió el hechizo.

Julia Franklin era tan elegante y estaba casi tan joven como en sus viejas películas. Tenía cincuenta y tantos años, pero habría podido pasar por una mujer de poco más de cuarenta. Era evidente que pasaba muchas horas en el gimnasio, y que ya se había sometido a alguna operación de cirugía estética.

Cuando vio a Travis, corrió a abrazarlo y gritó:

–¡Cariño mío...!

Tras ella, apareció un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años, de cara angelical y expresión amable. Travis lo saludó con una sonrisa, pero también con cautela; al fin y al cabo, había conocido a muchos amantes de su madre.

Subieron a un taxi que los llevó a Bunker Hill, donde se encontraba la casa de Julia. Luego, prepararon una comida rápida y mantuvieron una conversación de lo más relajada, que la madre de Travis aderezó con anécdotas sobre sus viajes a París y Roma.

En determinado momento, Julia se giró hacia Charlene y dijo:

–¿Por qué no vienes mañana a comer? Estare-mos mejor sin los hombres. Siempre se está mejor sin los hombres, ¿no crees?

Charlene rio.

–A veces, sí. Pero, de vez en cuando, son útiles.

–Bien dicho.

Al final de la comida, Julia se llevó a Travis a la cocina y cerró la puerta.

–Así que esa es tu novia... Ardía en deseos de conocerla, aunque os han sacado tantas fotos en la prensa que ya me parece como de la familia.

Julia sacó un recorte con una fotografía que les habían sacado en un restaurante. Charlene aparecía riendo a carcajadas.

–Lleva los pendientes que le compré –explicó Travis–. Fui a una joyería con un amigo que le iba a comprar un regalo a su hija y nos confundimos con las cajas. No imaginas la cara que se me quedó cuando Charlene abrió la cajita y vi aquellos pendientes de Daft Doody... Pero obviamente, los cambié después.

–¿Y le molestó?

–No. Le pareció muy divertido.

–Entonces, esa mujer es una joya –comentó–. Eres consciente, ¿verdad?

–Por supuesto que lo soy –dijo a la defensiva–. Pero, ¿podemos hablar de eso en otro momento? Tengo muchas cosas que contarte.

–Y yo muchas que contarte a ti. ¿Sabes con quién me encontré en París? Con tu padre. Estába-mos invitados a una fiesta y apareció en compañía de Marcel... Pobre Marcel; está destrozado desde que rompió con Cassie. Te manda un abrazo.

–Supongo que te refieres a mi hermano, porque papá no me saludaría ni a distancia –ironizó.

–Bueno, se portó bastante bien. Porque estaba con Freya, claro.

–Ah, Freya. La hija de su nueva esposa, ¿no?

–Sí, una chica encantadora. Amos se ha empeñado en que se case con uno de tus hermanos. Primero probó con Darius, pero no le salió bien y ahora persigue a Marcel. Ten cuidado con eso, Travis. Si Marcel le falla, pensará en ti.

–Oh, vamos...

–Lo digo en serio. Y ya sabes que los Falcon no se rinden nunca.

–En ese caso, le presentaré a Charlene. Esa mujer es capaz de aterrorizar a cualquiera.

Julia se quedó pensando en la extraña declaración de su hijo. Y horas más tarde, cuando ya estaba en la cama, seguía dando vueltas

a lo que habría querido decir.

Eric abrió los ojos y preguntó:

–¿Te encuentras bien?

–Sí –dijo–. Es que hay una cosa que no me puedo quitar de la cabeza.

–¿Te sentirías mejor con un achuchón?

Julia sonrió.

–Por supuesto.

Capítulo 8

Charlene fue a visitar a Julia al día siguiente. Se habían caído muy bien, y Charlene descubrió que la imagen de chica irónica y pícara que siempre había dado en las películas se correspondía completamente con su personalidad real.

Durante la comida, charlaron de cosas intranscendentes. Pero las dos querían hablar de Travis, y Julia fue la primera en romper el hielo.

–Siempre fue un chico maravilloso, y muy sensible. Yo habría dado cualquier cosa para que no fuera tan sensible, porque así no le habrían dolido tanto los desprecios de su padre.

–Ah, sí... Travis no habla de mucho de Amos, pero es evidente que no mantienen una relación precisamente buena.

Julia asintió, se levantó y sacó un álbum de fotografías. Luego, abrió el álbum y le enseñó una foto de Amos Falcon.

–Se la saqué cuando nos conocimos, hace años.

Charlene pensó que Amos había sido un hombre muy atractivo. No era guapo en un sentido clásico del término, pero tenía el típico carisma de ganador que llamaba la atención de muchas mujeres.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a mirar el resto de las fotografías del álbum. Había muchas de Julia y Travis, pero ninguna en la que estuvieran ellos y Amos Falcon.

Charlene se lo comentó y añadió:

–¿Tampoco hay ninguna de Amos y Travis?

–No, ninguna. Es algo que no le perdonaré nunca a Amos. Iba a vernos de vez en cuando, le preguntaba por sus estudios y lo criticaba si las cosas le iban mal. Pero jamás se sacó una fotografía con él. Fue cualquier cosa menos cariñoso.

Al cabo de un rato, Julia se interesó por la familia de Charlene.

–Solo me quedan mis abuelos. Pero son una pareja maravillosa.

–Bueno, en eso te pareces a Travis... tiene a sus hermanos, pero los ve poco. Yo soy la única persona con la que puede contar en cualquier circunstancia, y me temo que tampoco tengo familia.

Crecí en un orfanato, ¿sabes?

–¿En un orfanato?

–Sí, eso me temo. Pero volviendo a Travis, la gente no podría imaginar que la gran estrella de la televisión, el hombre que tiene el mundo a sus pies y que cuenta con el fervor de millones de mujeres, es un chico solitario que se siente excluido.

Julia guardó silencio durante unos segundos.

–No he sido tan buena madre como me habría gustado. En una época, consideré la posibilidad de casarme para darle un padre. Pero mis relaciones no eran precisamente estables.

–Lo comprendo.

–Bueno, ahora te tiene a ti. Travis no me ha dicho nada, pero sé que lo estás protegiendo de la gente que le quiere hacer daño. He notado que te quiere mucho, mucho más de lo que haya querido a ninguna mujer.

De repente, Julia la tomó de la mano y dijo:

–Gracias por estar a su lado. Sé que no le darás la espalda.

–Por supuesto que no.

Travis pasó a recoger a Charlene por la tarde. Y mientras ella se aseaba un poco en el cuarto de baño, Julia se dirigió a su hijo y susurró:

–Me alegra que hayas encontrado a la mujer apropiada.

–Solo es una amiga, mamá.

–Una amiga que vive contigo y de la que habla todo Hollywood.

–Es un montaje. Nos lo inventamos para que la prensa dejara de hablar de aquella fotografía que me sacaron en un club. Me encontraba en una situación muy delicada y Charlene se prestó a ayudarme.

–¿La convenciste para que interpretara una farsa delante de las cámaras?

–Sí.

–Entonces, ¿no vivís juntos porque...?

–No.

–¿Y no sois...?

–No.

–¿Y no habéis intentado...?

–Tampoco.

Julia miró a su hijo con ironía.

–Creo que tú no eres mi hijo; eres un impostor. ¿Qué has hecho con el verdadero Travis?

–Lo he puesto a dormir durante una temporada. Se ha dado cuenta de que no era tan listo como creía –respondió, sonriendo.

Ella le dio una palmadita en la mano.

–Creo que te equivocas. Fuiste muy listo al pedir ayuda a Charlene. Esa chica haría cualquier cosa por ti... Incluso es posible que empieces a valorar las virtudes de algunas mujeres. Además de la figura y del trasero, claro –bromeó–. ¡Dios mío! ¡Te has ruborizado!

–¡Tonterías! –protestó él–. ¿Podríamos dejar ese asunto?

–Como quieras. Solo diré una cosa más.

–¿Cuál?

–Que Charlene es la mujer adecuada para ti. Lucha por ella. Hazme caso.

–Mamá, tú no lo entiendes...

–No, cariño mío. Eres tú el que no lo entiendes.

Las cosas siguieron como hasta entonces, en una rutina cómoda. Cuando salían, iban juntos y se dejaban ver en algún restaurante de moda, donde siempre aparecía algún periodista dispuesto a conseguir una exclusiva.

Hasta que, un día, se encontraron con Joe, el jefe de prensa de los estudios. Y les pidió que salieran solos de vez en cuando.

–A la opinión pública le encantan los enamorados. Pero creo que os estáis excediendo un poco... Si seguís así, empezarán a desconfiar y pensarán que todo es un montaje de nuestro departamento de relaciones públicas.

Charlene y Travis le hicieron caso y empezaron a salir por separado. Normalmente, ella iba al cine y él, salía a tomar copas con los amigos. Charlene tenía miedo de que terminara en brazos de alguna mujer como la que había causado el escándalo de la fotografía del club; pero Travis le aseguró que se estaba portando bien y añadió, con alguna ironía, que no tenía motivos para sentirse celosa.

Varias noches después, Travis volvió a casa y descubrió que Charlene estaba punto de irse.

–¿Adónde vas? –se interesó.

–Al cine, con las amigas del estudio de televisión. Es un cine de verano, así que voy a ir con ropa informal.

Él se estremeció al bajar la mirada. La ropa informal a la que Charlene se refería eran los vaqueros ajustados que llevaba puestos el día que estaba bailando con Rita y terminó sobre su regazo.

Justo entonces, se oyó un bocinazo en la calle.

–Debe de ser mi taxi –dijo ella–. Será mejor que me vaya.

–¿Llegarás tarde?

–Supongo que sí. Pero descuida, procuraré no hacer ruido.

–Charlene...

–¡Hasta luego!

Charlene le lanzó un beso y se fue.

Él se acercó a la ventana y la vio partir. Luego, se dio la vuelta, contempló el piso y le pareció más solitario y silencioso que nunca.

Incapaz de soportarlo, alcanzó su agenda y buscó el nombre de alguna mujer que estuviera dispuesta a salir con él. Pero se encontró con un problema: había demasiadas candidatas donde elegir.

Al final, optó por Susie. Eran viejos amigos y nunca le pedía nada salvo un poco de diversión y un regalo generoso al final de la noche.

Levantó el auricular del teléfono y la llamó.

–¡Travis! Ha pasado mucho tiempo...

–¿Estás libre esta noche? ¿Quieres que quedemos?

–Claro. ¿Dónde quedamos?

–¿Te apetece venir a mi casa?

Susie rio.

–Me apetece mucho. Además, ¿quién quiere estar en sitios públicos?

Travis pensó que Susie y él se entendían bien. Muy bien.

La noche de Charlene no fue tan agradable como había previsto. La película era verdaderamente mala, así que sus amigas y ella decidieron salir del cine y marcharse a un restaurante en el intermedio.

Pero tuvo tan mala suerte que Penny y Lee estaban cenando en

el mismo local. Y cuando los vio, se le quitaron todas las ganas de divertirse.

Cuando terminaron de cenar, se despidió de sus amigas con la excusa de que estaba cansada y salió a buscar un taxi. Justo entonces, apareció Lee.

–¿Ya te vas? He visto que te marchabas y he decidido venir a saludarte. ¿Porqué no te quedas un poco? Penny y yo estamos celebrando nuestro compromiso.

–No, gracias. Pero espero que seas feliz, Lee.

–Entonces, ¿no estás enfadada conmigo?

–¿Por qué lo iba a estar? Ya no hay nada entre nosotros.

–No, claro, supongo que no... Solo espero que Travis no te haga daño cuando te abandone. Porque te abandonará, Charlene. Nunca ha estado demasiado tiempo con la misma persona. Aunque dicen que ha cambiado, tú y yo sabemos que sigue siendo el de siempre.

–Discúlpame, Lee... acabo de ver un taxi libre. Buenas noches.

Charlene se subió al taxi a toda prisa.

Cuando entró en el piso, estaba a oscuras. Pero al dirigirse a su habitación, vio que la puerta del dormitorio de Travis estaba entreabierta y oyó una voz de mujer.

–Oh, cariño, eres tan dulce... Si el resto del mundo te conociera tan bien como yo... si viera lo que veo yo...

Charlene se puso tensa.

–Es mejor que no lo vean. Será nuestro secreto.

–Sí, tienes razón.

Charlene sintió una punzada de angustia. No sabía qué hacer. Su habitación estaba al otro lado del pasillo, pero no podía pasar por delante del dormitorio de Travis sin que la oyeran.

–Te he echado tanto de menos, Travis... –continuó la mujer–. Y tú también me has extrañado, ¿verdad?

Travis debió de besar a su acompañante, porque la mujer soltó un gemido ahogado.

–Travis...

–Espera un momento.

Charlene se dio cuenta de que iba al cuarto de baño y se escondió entre las sombras para que no la viera al pasar. Travis estaba casi desnudo; solo llevaba puestos los calzoncillos. Sin embargo, no parecía contento. Fruncía el ceño como si estuviera

preocupado por algo. No era precisamente la actitud de un hombre que se disponía a hacer el amor.

En cuanto desapareció de su vista, cruzó el pasillo de puntillas y se metió en su dormitorio, donde se acostó.

Pero no pudo dormir. Una y otra vez, pensaba en el cuerpo desnudo de Travis. Una y otra vez, recordaba que estaba a pocos metros de distancia, haciendo el amor con otra. Y una y otra vez, se acordaba de la advertencia de Lee.

–¿Es que ya no te importo? –le preguntó Susie con arrogancia.

–¿Por qué lo dices?

–Porque, normalmente, ya me habrías tirado en la cama y habríamos hecho el amor.

–Será que me estoy volviendo paciente con los años... –se excusó.

–Sé sincero. Ya no te gusto, ¿verdad?

–Por supuesto que me gustas. Eres tan bonita como siempre. Es que...

Travis no supo qué decir. Se había quedado helado cuando Susie se quitó la ropa y se quedó desnuda ante él, esperando que tomara la iniciativa. Seguía siendo una mujer extraordinariamente bella y tentadora. Pero por algún motivo, no sintió nada. Y sabía que ese motivo era Charlene Wilkins.

–¿Qué te pasa, Travis?

–Nada, en serio. Es que... Charlene llegará en cualquier momento y...

–Dijiste que llegaría tarde.

–Pero puede que me equivoque –replicó–. Lo siento, Susie. Será mejor que lo dejemos para otro día.

–¡Menuda manera de tratar a una dama!

Susie alcanzó su ropa y se empezó a vestir.

–Está bien... me iré. Odio perder el tiempo.

–Lo sé. Pero tengo un regalo para ti.

Travis alcanzó un brazalete que había comprado para Charlene y se lo dio.

–Es verdaderamente precioso –dijo, encantada–. Bueno, no te preocupes por lo que ha pasado. Seguro que la próxima vez

tendremos más suerte.

Él asintió y la acompañó a la puerta.

–Buenas noches, Susie.

–Buenas noches.

Acababa de cerrar la puerta cuando vio que el bolso de Charlene estaba en la mesita de la entrada. Pero estaba seguro de que se lo había llevado, así que solo había una explicación: había vuelto al piso en algún momento de la noche.

Rápidamente, se dirigió a su habitación y llamó con suavidad.

–¿Sí?

–Charlie, soy yo.

Travis entró. Charlene estaba levantada, sin más prenda que una bata.

–No esperaba que volvieras tan pronto...

–La película era muy mala.

Él carraspeó.

–Estaba con una amiga...

–Sí, ya me he dado cuenta –dijo–. Espero que te hayas divertido. Y que no haya sido muy agotador.

Travis se maldijo para sus adentros. Obvia-mente, Charlene creía que había hecho el amor con Susie.

–No, no ha sido agotador. Ni a decir verdad, divertido.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

Charlene sonrió con debilidad.

–Me has decepcionado, ¿sabes?

–Pues eres la segunda mujer a la que decepciono esta noche. Me temo que no he estado a la altura de las expectativas de Susie. De repente, comprendí que no me interesaba... y hay cosas que no se pueden fingir.

–Bueno, saldrá mejor la próxima vez. El mundo está lleno de chicas.

–Cuando eres joven y estúpido, quizás. Pero al final, todas son iguales.

–Tú sigues siendo joven, Travis. Ni siquiera tienes treinta años.

–Puede que lo sea, pero no me siento joven. ¿Será que por fin me he convertido en un adulto? –preguntó con ironía–. Quién lo iba

a imaginar.

Travis supo en ese momento que estaba al borde del precipicio y que, si no se andaba con cuidado, diría cosas de las que se arrepentiría más tarde.

–No me hagas caso. Estoy diciendo tonterías.

–Puedes decir lo que quieras. Estás con tu hermana mayor.

Charlene se acercó, le acarició la mejilla con delicadeza y lo miró a los ojos. Él se estremeció y se quedó cabizbajo, mirando el suelo.

–Es tarde. Supongo que debería dormir. Siento haberte molestado.

–Sí, supongo que deberíamos dormir –replicó ella–. Buenas noches, Travis.

Ella cerró la puerta y suspiró. Sabía que Travis había estado a punto de decirle algo importante; pero, fuera lo que fuera, había preferido callar.

En cuanto a él, se quedó en el pasillo durante unos segundos y se metió después en su habitación, confuso. Charlene lo había seducido con una simple caricia en la mejilla. Había triunfado donde Susie había fracasado.

Fue una noche larga para los dos. Tenían demasiadas cosas en la cabeza. Y cuando Charlene se quedó dormida, soñó que estaba con Travis y que se comportaban como siempre, como amigos. Hasta que, en determinado momento, él le dedicó una de sus caricias inocentes y ella reaccionó de un modo completamente nuevo. Estaba excitada. Ansiaba su contacto. Y sabía que él también estaba excitado.

Despertó con un grito, en la oscuridad.

El sueño había sido tan real y tan intenso que aún sentía el calor en su piel. Pero intentó convencerse de que no era importante, de que solo había sido una fantasía absurda que no significaba nada.

Y entonces, oyó la voz de Travis.

–¿Charlene? ¿Estás bien?

Charlene se sentó en la cama.

–Sí, sí… –respondió.

–¿Seguro? Has gritado…

–No es nada. Me había levantado y me he pegado un golpe en el pie –mintió.

–¿Puedo entrar?

–No –respondió rápidamente–. Buenas noches.

Charlene se volvió a tumbar y se quedó dormida casi de inmediato. Pero el sueño volvió una vez más, insistente.

–¡No! –gritó, desesperada–. No debemos… no debo… ¡Por favor…!

–¡Charlie!

–No, no…

–¡Charlie! ¡Despierta!

Charlie abrió los ojos y vio que Travis estaba en la habitación. Se había sentado en el borde de la cama y la estaba agarrando por los hombros.

–Despierta, por favor. Despierta…

–Oh…

–¿Ya estás mejor?

–Sí.

–Pobrecilla. Debía de ser una pesadilla angustiosa… Has vuelto a gritar.

–¿Me has oído? ¿Estaba hablando en sueños? –preguntó, preocupada.

–Sí, pero solo he oído unas cuantas palabras inconexas. ¿Qué estabas soñando?

–No estoy segura. No lo recuerdo bien.

–Parecías asustada –afirmó–. Me ha dado la impresión de que le estabas rogando a alguien. ¿Quién era?

–No lo sé.

Travis frunció el ceño.

–Estás mintiendo, Charlie. Lo veo en tus ojos. ¿Por qué no me lo cuentas?

–No estoy mintiendo –se defendió–. Anda, vuelve a la cama. No pasa nada.

–¿Quieres que me vaya?

–Mañana va a ser un día muy largo, Travis.

–Sí, ya –dijo, con desconfianza–. Está bien, me voy.

Charlene se dio cuenta de que no la había creído y de que se había sentido rechazado por su negativa a contarle el sueño. Pero estaba tan preocupada con sus propias emociones que lo desestimó.

Cuando él salió del dormitorio, ella se acurrucó en la cama con

los ojos abiertos.

Y esa vez, no se quedó dormida.

Capítulo 9

Cuando despertó, le contó a Travis que se había encontrado con Lee y que le había dicho que se iba a casar con Penny.

–Oh, lo siento mucho –dijo él–. Habrá sido muy doloroso para ti.

–No, en absoluto. Eso es agua pasada.

Travis se encogió de hombros.

–Pobre Penny. Los estudios le acaban de renovar el contrato, pero es posible que Lee no tenga tanta suerte. Tengo la impresión de que nuestro común amigo le ha pedido el matrimonio porque sabe que, con Penny, tendrá más posibilidades de triunfar.

–Bueno, espero que les vaya bien...

Charlene sonrió sin darse cuenta. En otro momento, la noticia del compromiso de Lee le habría partido el corazón; pero la aparición de Travis lo había cambiado todo. Ya no era la misma mujer que había llegado a Los Ángeles.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Por tu sonrisa. ¿Qué te parece tan divertido?

–Ah, nada... tonterías, cosas mías.

–¿Tampoco me lo vas a contar?

–Yo... no, no puedo.

–Está bien, no insistiré. Por cierto, siento mucho lo de anoche.

–¿A qué te refieres?

–A haberme puesto tan sentimental –respondió–. Pero sabes que no soy una amenaza para ti, ¿verdad?

–Sí, claro –dijo con un fondo de tristeza–. Lo sé.

–Quedamos en que solo seríamos amigos, y ahora...

–Olvídalo. No ha pasado nada.

–No huyas de mí, Charlene. No hay necesidad. Te prometo que mantendré las distancias... No me dejes, por favor.

–No te dejaré. Sé que no podrías vivir sin tu hermana mayor.

–¿Mi hermana mayor? Te recuerdo que eres más joven.

Ella sacudió la cabeza.

–Puede que lo sea técnicamente… pero, comparado conmigo, eres un niño de cinco años –se burló.

Travis sonrió a regañadientes.

–Supongo que eso es verdad. ¿Qué haría yo sin ti?

–No lo sé. Pero seguro que me podrías sustituir con alguna de tus seguidoras.

–Lo dudo mucho. Nadie me conoce como tú, Charlie. Eres la primera mujer a la que abro mi corazón.

–Entonces, ten cuidado con lo que me dices. Si me cuentas tus secretos, existe la posibilidad de que los use para chantajearte.

Los dos rieron.

–Eres la mejor amiga que he tenido –afirmó él–. No te quiero perder.

En ese momento, sonó el teléfono de Travis.

–¿Sí? Ah, hola… ¿Cómo? ¡Eso es maravilloso! Sí, sí, por supuesto que iré. No me lo perdería por nada del mundo. Dale un beso a Cassie de mi parte.

Travis cortó la comunicación y miró a Charlene.

–Era mi hermano Marcel.

–¿El que está enamorado de una modelo?

–Sí, exacto. Las cosas se complicaron entre ellos, pero vuelven a estar juntos. ¿Te acuerdas de aquel día en el aeropuerto, cuando vimos la fotografía de Cassie? Dijiste que, siendo modelo, ganaría una fortuna. Y de debe de ser cierto, porque ha invertido en los negocios de mi hermano y se ha convertido en su socio.

–Una idea excelente. Ahora será su igual y tu hermano no le pasará por encima como una apisonadora.

–Sea como sea, se han reconciliado y se van a casar el mes que viene, en París. Nos han invitado, así que tendrás ocasión de conocer a mi familia.

–¿Yo también estoy invitada?

–Por supuesto. Todos te quieren conocer. Ade-más, yo no iría a ninguna parte sin ti. ¿Qué haría si…?

El teléfono nos interrumpió otra vez.

–¿Dígame? Hola, Joe. Sí, me alegra que estés contento… ¿Charlene? Está aquí, conmigo. Se lo preguntaré.

Travis se giró hacia Charlene.

–Es Joe. Dice que está muy contento con nuestra interpretación

de una pareja de enamorados. Pero quiere hablar con nosotros. ¿Me puedes acompañar a los estudios?

–Por supuesto.

–¿Joe? Sí, no hay problema. Estaremos allí dentro de un rato.

En cuanto llegaron a los estudios, Joe se abalanzó sobre ellos y los arrastró a la cantina. Para entonces, Charlene ya se había acostumbrado a que la observaran con detenimiento, y no se sintió ofendida cuando Joe la miró de arriba abajo y asintió.

–Sí. Estás muy bien.

–Gracias.

–No, no, en serio... Estás haciendo un trabajo fantástico.

–¿Y yo? –protestó Travis.

–Tú también, claro.

Travis pasó un brazo por encima de los hombros de Charlene.

–Desde que estás conmigo, nadie se fija en mí. Empiezo a sentirme insultado –bromeó.

Ella le dio un codazo cariñoso.

–No digas tonterías.

–Bueno, ya basta de bromas –intervino Joe–. La prensa está encantada con vosotros, pero es hora de que empecemos a controlar la situación. He organizado una aparición pública en un estreno, para que os vean juntos y puedan hacer unas cuantas fotos. Además, convendría que fuerais de compras.

–¿De compras? –preguntó Travis.

–Sí. Cómprale joyas, para despertar conjeturas.

–¿De verdad queremos que la gente especule con nosotros? –declaró Charlene–. ¿No se sentirán decepcionados cuando vean que nuestra relación no va a ninguna parte?

–¿Quién ha dicho que no va a ninguna parte? –replicó Joe.

–No te excedas, Joe –dijo Travis–. Charlene nos está echando una mano, pero eso es ir demasiado lejos.

–Oh, vamos... Charlene también saca beneficios de la farsa. Los estudios pagarán todo lo que le compres. Y cuando al final discutáis y ella te lance las joyas a la cara, me aseguraré de que se las devuelvan.

–Ah, así que le voy a lanzar las joyas a la ca-ra... –dijo Charlene con sarcasmo.

–Sí, pero ten cuidado cuando se las tires. No queremos que se la

deforme. Los estudios han invertido mucho en esa cara.

–Pues le daré un puñetazo en el estómago.

–Estás disfrutando con esto, ¿verdad? –declaró Travis.

–Más de lo que imaginas.

–Sí, bueno, es muy divertido... –dijo Joe–, pero también es serio. No os lo debería decir, pero es posible que los estudios hagan una película a partir de la serie de televisión.

Los dos lo miraron con asombro.

–¿Una película? –repitió Travis, que se había quedado muy sorprendido.

–Sí. Y tú serías el principal candidato para el papel de protagonista.

–¿Cómo que el principal candidato? La serie no sería nada sin él –observó Charlene.

–Estoy de acuerdo contigo. Por eso es tan importante que mejoremos nuestra imagen pública. Sé que Alaric Lanley está muy interesado en el papel.

Travis respiró hondo. Lanley era uno de los actores más famosos de Hollywood.

–Dios mío... Si Lanley se empeña, se lo darán.

–No necesariamente. Como bien ha dicho Char-lene, la serie no sería un éxito sin ti. Por cierto, ¿conoces a Alaric?

Travis asintió.

–Sí, nos vimos una vez en una fiesta. Me pareció un buen tipo.

–No digas eso en público –replicó Joe, escandalizado–. A partir de ahora, es tu peor enemigo. La próxima vez que te hagan una entrevista, insinúa que te quiere robar el papel. Pero no seas muy directo... limítate a dejarlo caer.

–Olvídalo.

–Travis...

–He dicho que lo olvides.

Joe se encogió de hombros.

–De acuerdo, como tú quieras... Sin embargo, tenemos que fortalecer un poco más tu posición. Hasta ahora, la gente os ha visto juntos en la calle y en varios restaurantes de la ciudad. Es hora de que redirijamos su atención hacia lo que más nos convenga.

Charlene tuvo un momento de duda. El juego se estaba convirtiendo en una especie de planificación militar que no le

agradaba en absoluto.

Pero miró a Travis y se dio cuenta de que no tenía elección. Era su oportunidad de convertirse en una gran estrella, y ella le había prometido que lo ayudaría.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? –les preguntó Joe.

–Sí –contestó Charlene.

–Sí –respondió Travis.

–Entonces, haremos planes al respecto.

–¿Qué tal si damos una fiesta en la playa? –dijo el actor–. Ya sabes... un baño, algún retozón, un baile romántico...

–¡Excelente idea! La organizaré de inmediato.

Travis se recostó en la silla, inmensamente satisfecho.

Lo había conseguido. Hasta ese momento, su experiencia sobre el cuerpo de Charlene se limitaba a las imágenes de su propia imaginación. Necesi-taba verlo para saber si se correspondía con las sensaciones que le provocaba.

Y Joe le había ofrecido la excusa perfecta; la excusa que estaba esperando.

Sin embargo, se sintió culpable. Aprovechar la ocasión para verla semidesnuda no era precisamente el acto de un caballero.

–¿Te parece bien? –preguntó con ansiedad–. Me dijiste que me ayudarías, pero no quiero que hagas algo que te disguste.

Charlene recordó el cuerpo que había visto tras la puerta entreabierta de su dormitorio, cuando Travis estaba en compañía de Susie.

–Descuida –contestó–. Creo que lo podré soportar.

Joe se puso manos a la obra inmediatamente y les anunció que, al día siguiente, estaban invitados a un estreno.

–¿Qué película es? –se interesó Travis.

–Espera un momento. No lo he mirado.

Joe alcanzó un periódico y lo abrió.

–¿Nos has conseguido una invitación y no te has molestado en ver qué película es? –insistió Travis.

–¿Qué importancia tiene eso? Es un cine grande y habrá un montón de gente... Ah, sí, aquí está. Se llama *La pesadilla*.

–¿*La pesadilla*?

–Tengo entendido que fue un éxito en Londres –replicó Joe–. Diremos que Charlene ya la había visto y que le encantó.

–Pero si no la he visto... –protestó Charlene.

–La has visto –repitió Joe, tajante–. Y Travis te llevará al estreno en Estados Unidos porque es un hombre muy romántico y te quería dar una sorpresa.

–Me alegro de saberlo –ironizó Travis–. Pero no tengo que fingir que me gusta, ¿verdad?

–Tú sabrás lo que haces. Puedes elegir entre ser un caballero galante que se queda hasta el final de la película por amor a su dama o un intelectual que la soporta a regañadientes y con cara de acelga.

Travis frunció el ceño. Charlene apretó los labios para no reír.

–Hablad un poco durante el intermedio. Los periodistas no os podrán oír, pero harán conjeturas y escribirán el guion por su cuenta. Ya sabéis... se preguntarán si os vais a comprometer, si estáis tan enamorados como parece..., esas cosas.

Al día siguiente, se vistieron para la ocasión. A Charlene no le importó en absoluto; la actriz que había en ella se lo estaba pasando en grande.

Se puso un vestido y un collar de diamantes pagado con dinero de los estudios. El collar era una preciosidad, y lo suficientemente caro como para desatar todo tipo de especulaciones al respecto. Pero también se puso un brazalete que Travis le había regalado aquella misma mañana, después de decir:

–Te lo compré hace días, pero he estado tan ocupado que no te lo pude dar.

Obviamente, Travis no se molestó en puntualizar que solamente era una verdad a medias. Aquel brazalete era el sustituto del que le había regalado a Susie.

Cuando llegaron al cine, recibieron un aplauso cerrado que se repitió a la salida. Joe se quedó muy satisfecho con su interpretación de una pareja feliz. Al parecer, todo había salido según lo previsto.

De vuelta en casa, Charlene rompió a reír.

–Menos mal que nadie ha oído lo que decíamos...

–Sí, menos mal –dijo Travis–. Es la película más tediosa que he visto en mi vida. Si Joe se llegara a enterar de que hemos estado a punto de marcharnos, le daría un infarto.

–Pero no lo llegará a saber, porque no se lo diremos. Somos un gran equipo, Travis.

Él asintió y la tomó de la mano.

–Sí, lo somos.

Los preparativos para la fiesta en la playa, que finalmente se iba a celebrar en la famosa playa de Venice, se organizaron con precisión matemática.

–Será un día para todos –les informó Joe–. Esta-rán todos los miembros del equipo de los estudios, y sobra decir que me encargaré de que la noticia se filtre a la prensa. Así serán testigos cuando nadéis juntos o deis un paseo.

A la mañana siguiente, cuando ya estaban a punto de salir, Travis preguntó:

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? No pareces muy contenta con la idea.

–Porque no sé si estaré a la altura de las circunstancias –le confesó.

–Qué cosas tienes. Estarás maravillosa, como siempre.

–Espero que tengas razón... Sé que esto es importante para ti. Sé que estás entusiasmado ante la perspectiva de afianzar tu carrera, pero también sé que te asusta un poco.

Travis suspiró.

–Qué bien me entiendes, Charlie. Eres la única persona a la que no puedo engañar. –Travis le be-só la mano con dulzura–. Si fuera con otra persona, me dejaría dominar por el miedo; pero voy contigo y me siento seguro. Solo te equivocas en una cosa.

–¿En cual?

–En que no me asusta un poco. Sinceramente, me aterra. No quiero perder la oportunidad de protagonizar esa película.

–Por supuesto que no. Si lo consigues, habrá una segunda y una tercera. Los estudios competirán entre ellos por contratar tus servicios.

–En efecto. Seré mucho más famoso, y hasta es posible que...

–Que tu padre te respete –lo interrumpió–. No te preocupes por eso, Travis. Sé que estará orgulloso de ti.

–Es una estupidez, ¿verdad? Soy un hombre hecho y derecho. No me debería importar su opinión, pero me importa. Y tú eres la única que se da cuenta.

–Quizás, porque tengo mis propias ideas sobre lo que debe ser un hombre hecho y derecho –replicó.

–Y yo tengo suerte de tenerte a ti… Aunque creo que estoy exagerando un poco. Solo van a ser unas horas en la playa.

Charlene asintió.

–Eso es verdad. Ganar una batalla no es lo mismo que ganar la guerra. Pero es un paso adelante. Y tras este paso, vendrá otro y otro y otro… hasta que vayas tan deprisa que nadie te pueda alcanzar.

–Hasta que vayamos tan deprisa –puntualizó él.

–No, esto es asunto tuyo. Yo me limito a ayudarte. Eres una gran estrella, y vas a ganar tanto dinero que tu padre y tus hermanos acudirán a ti cuando lo necesiten.

Travis sonrió.

–No sé si quiero recorrer ese camino. Puede que me obsesione con el dinero y me convierta en un Falcon de verdad.

–Tú no te obsesionarás con el dinero. Eres tú mismo, con tus propias decisiones y tu propia forma de ser.

Travis la abrazó y le susurró al oído:

–¿Qué haría yo sin ti? No me dejes nunca. No lo soportaría. Si supieras cuanto te… bueno, no importa. Pero no me abandones.

Ella le acarició el cabello, emocionada por lo que había visto en su interior. En el fondo, Travis seguía siendo un niño que ansiaba el afecto de su padre y la sensación de pertenecer a una familia.

–No te preocupes. Estaré aquí mientras me necesites.

–Charlie…

El timbre de la puerta sonó.

–Será Rick. Le dije que viniera a recogernos.

Charlene respiró hondo.

–Entonces, vamos allá.

–A la victoria… –dijo él.

Viajaron en un coche descapotable, para que todo el mundo los pudiera ver. Rick se detuvo al llegar al paseo marítimo y los dejó

con Joe y varios miembros del equipo.

–Los demás están en la playa –les informó–. Me ha parecido más natural que no llegáramos juntos... ¿Empezamos?

Travis tomó a Charlene de la mano. Joe frunció el ceño.

–Hum... No sé si eso será suficiente. Creo que deberías apoyar la cabeza en su hombro, Charlie. Resultará más romántico.

Charlene sacudió la cabeza.

–En otras circunstancias, tendrías razón; pero es la primera vez que asistimos a una fiesta en la playa. Quedará mejor si caminamos más separados, para que Travis me pueda señalar las cosas y decir lo bonito que es esto o aquello.

–¡Bien pensado! Tienes talento para la dirección.

–No lo sabes tú bien –dijo Travis, sonriendo–. Cuando estamos en casa, dirige hasta el último de mis pasos.

Poco después, llegaron al lugar donde se celebraba la fiesta. Ya había unas veinte personas; incluida Vera, la chica que había enseñado los estudios a Charlene. Cuando la vio, se dirigió a ella y dijo:

–Te puedes cambiar de ropa en una de las cabinas.

Travis y Charlene se pusieron los bañadores y salieron minutos después.

Charlene se alegró enormemente de haberse prestado a la farsa de la playa, porque Travis estaba magnífico en bañador. Su cuerpo era un prodigio de músculos tan perfectos como morenos.

Pero extrañamente, él no parecía tan contento.

–Pensé que te pondrías un biquini...

–Estoy demasiado escuálida para llevar biquini.

–Tú no estás escuálida. Solo estás deliciosamente delgada –contraatacó–. Aquí hay modelos que darían un ojo por tener tu figura.

–Gracias, caballero, pero preferiría tener más curvas donde de verdad importa. Por ejemplo, aquí... –Charlene le ofreció una vista directa de su trasero–. ¿No crees?

–No, no creo.

–Oh, vamos, míralo bien.

–Lo estoy mirando bien –dijo, tenso–. Está perfecto.

–Sé que lo dices por ser amable, pero los dos sabemos que estaría mejor si engordara unos cuantos kilos.

–Si engordas, me encargaré de que te arrepientas.
–Vaya, vaya... otra vez el macho dominante. ¿No habíamos quedado en que no te gusta ese papel?
–¿Yo he dicho eso? Porque si lo he dicho, estaba equivocado.
–¿Me estás retando, Travis? Está bien... Ven-ga, ¿qué me vas a hacer si engordo?
Charlene entró en el agua y se empezó a mover de un lado a otro, desafiante.
–Haré lo que tenga que hacer.
Ella soltó una carcajada y retrocedió, pero fue un error. Tropezó con una piedra del fondo y se habría caído de espaldas al agua si él no la hubiera alcanzado a tiempo.
Pero la alcanzó, y aún estaban abrazados cuando Joe los llamó desde la orilla.
–Magnífico espectáculo. Pero salid del agua de una vez... Charlene, no quiero que te mojes el pelo antes de tiempo. Travis, ¿por qué no la traes en brazos?
–Buena idea.
Él la llevó en brazos a la orilla, donde sus compañeros de equipo rompieron a reír y a aplaudir, encantados.
Entonces, Travis vio algo que amargó su humor.
–¿Qué diablos hace aquí?
–¿A qué te refieres?
–A él.
Charlene se giró y vio a su ex.
–Ah, Lee... Bueno, es una fiesta para todos los del estudio, ¿no? Es lógico que Lee esté presente –alegó–. Además, no ha venido solo. Está con Penny...
–Ya –gruñó.
–Y dicho esto, ¿no crees que ya es hora de que me sueltes? –Travis sacudió la cabeza.
–No te soltaré hasta que Joe nos dé permiso.
Momentos después, Travis y ella se tumbaron en unas toallas que Vera había tendido en la arena. Y más tarde, siguiendo las instrucciones de Joe, se dedicaron a jugar con una pelota y a correr por la orilla.
–¿Qué tal lo llevas? –preguntó Travis en voz baja.
–Muy bien. Me estoy divirtiendo mucho –le aseguró–. Además,

ya te dije que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ti.

–¿Cualquier cosa?

–Lo que quieras.

Los dos se pusieron tan serios que Joe protestó. No les quitaba ojo de encima.

–Eh, ¿a qué vienen esas caras? Hablad un poco. Sed románticos...

Charlene sonrió y miró a Travis.

–Me estás pisando un pie, Travis.

–¿Eso es lo más romántico que se te ocurre?

–Hum... ¿Qué te parece esto? Eres el hombre más guapo del mundo.

Travis estalló en carcajadas.

–No, no, no... –volvió a protestar Joe–. Tam-poco quiero que os matéis a reír.

–¿Y qué quieres que haga? –preguntó Travis–. Esta mujer es un caso...

En ese momento aparecieron unos periodistas, que se dirigieron al actor.

–Travis, dinos algo sobre tu chica. Toda la ciudad habla de ella.

–Entonces, no necesitáis que os cuente nada.

–Oh, vamos, solo unas palabras... ¿Cómo os conocisteis?

–Nos tropezamos en el estudio de televisión –intervino ella con una sonrisa encantadora–. Yo me había perdido y él... me ayudó a encontrar el camino, por así decirlo.

Charlene y Travis se alejaron de los periodistas y se fueron a pasear por la playa. Cuando volvieron, Joe la felicitó por haber estado tan bien con la prensa.

–Pero me temo que no es suficiente –añadió, mirando a Travis–. Están esperando a que la beses.

El jefe de prensa se apartó enseguida para no estar en medio cuando los fotografiaran.

–Creo que Joe tiene razón –dijo Travis.

–Lo sé.

–Lo siento mucho...

–Tenemos que ser profesionales.

Travis le apartó el pelo de la cara. El sol se estaba empezando a ocultar, y bañaba el paisaje con un tono rojizo.

–Entonces, seremos profesionales.

Charlene creía estar preparada, pero se equivocó. El contacto de sus labios y de su lengua la excitó tanto que ni siquiera podía pensar. Sabía que solo era una farsa, una interpretación para los periodistas que los estaban fotografiando en ese momento.

Pero estuvo a punto de perder el control. Nece-sitaba más, mucho más. Y si la voz de Joe no hubiera roto el hechizo, habría sido capaz de tumbarlo en la arena y hacerle el amor.

–Eso es todo, caballeros –dijo a la prensa–. El señor Falcon quería disfrutar de un día tranquilo, sin periodistas. Les ruego que se vayan.

Ninguno de los presentes se dejó engañar por las palabras de Joe, pero los paparazzi tenían lo que querían y se marcharon contentos.

–¿Estás bien? –Travis miró a Charlene con preocupación.

–Sí… estoy bien.

–Siento mucho lo que ha pasado. No estaba previsto.

–No te preocupes. Lo entiendo. Además, te prometí que te daría mi pragmatismo y mi sentido común y estoy dispuesta a cumplir mi promesa.

Él la miró a los ojos y dudó un segundo antes de hablar.

–Sí, claro. Sé que nunca romperías tu palabra –declaró, lentamente–. Pero es hora de que volvamos a casa, ¿no crees?

Al final, volvieron a casa más tarde de lo que habían pensado. Joe les anunció que había reservado mesa en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, de modo que la jornada se alargó hasta bien entrada la noche, cuando Travis bostezó.

–Será mejor que nos vayamos –dijo–. He bebido demasiado y estoy a punto de desmayarme.

Los dos se levantaron de la mesa. Él le pasó un brazo por encima de los hombros y añadió:

–¿Me puedo apoyar en ti?

Charlene le dio una palmadita en la mano.

–Por supuesto. Estoy aquí para ayudarte.

Charlene fue sincera. Solo quería llevarlo a la casa y verlo tranquilo y cómodo. Solo quería que fuera feliz.

En ese momento, no podía saber lo que estaba a punto de pasar.

Ni hasta qué punto destrozaría a Travis.

Capítulo 10

Cuando llegaron a casa, Travis encendió el televisor y se puso a ver las noticias, como siempre. Pero inmediatamente, se puso tenso.

–¿Ese no es...? –dijo Charlene.

–Sí, es mi padre.

El presentador informó de que Amos Falcon estaba Nueva York, donde llevaba tres días y había tenido tiempo de dar una conferencia, mantener reuniones de negocios y socializar con unos cuantos empresarios tan ricos como él. Por lo visto, había tenido tiempo para todo excepto para llamar por teléfono a Travis, que a fin de cuentas vivía en Los Ángeles.

–Así que está en Nueva York... –dijo él–. ¿Qué hora será allí?

–Son tres horas más que Los Ángeles. Ya se habrá acostado.

–Entonces, es el momento perfecto para llamarle.

–Pero si no sabes dónde está...

–Siempre se aloja en el mismo hotel.

Travis llamó al hotel en cuestión. Le dijeron que no había vuelto todavía, así que les dio su número para que Amos se pusiera en contacto con él cuando regresara.

–Deberías acostarte, Charlie. Ha sido un día muy largo.

Charlene asintió y se acostó. Sabía que Travis necesitaba estar solo. Se sentía herido por el hecho de que su padre estuviera de visita en Estados Unidos y no se hubiera molestado en llamar.

Se levantó dos veces durante la noche. Y las dos veces, descubrió a Travis en el salón, despierto.

A la mañana siguiente, le preguntó:

–¿Te llamó al final?

–No lo sé. Me quedé dormido. Si llamó, no me enteré.

Charlene se estremeció al verlo tan deprimido, pero no podía hacer nada por ayudarlo. Travis se fue a los estudios y la llamó a primera hora de la tarde.

–¿Has sabido algo de mi padre?

–No, nada. No ha llamado.

–Comprendo... Bueno, te veré esta noche.

Travis volvió pronto, antes de lo que tenía por costumbre. Se acomodó en el sofá del salón, encendió el televisor y se dedicó a cambiar de canal en busca de alguna información sobre Amos, pero no había nada.

Minutos después, sonó el teléfono.

–Hola... Cuánto me alegro de que llames. Sí, oí que estabas en Nueva York y pensé que quizás podríamos vernos. Podría pedir un par de días libres, tomar un avión y... ¿Cómo? Ah, vaya. Bueno, en tal caso...

Charlene maldijo en silencio a Amos Falcon. Lo maldijo con todas sus fuerzas por hacer tanto daño a su hijo.

Por fin, Travis cortó la comunicación.

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella.

–Se vuelve a Montecarlo. Me ha llamado desde el aeropuerto.

–Oh, no...

Travis se encogió de hombros.

–No significo nada para él. ¿Por qué va a fingir lo contrario? Supongo que ha llegado el momento de asumirlo de una vez por todas. En fin, voy a salir a dar una vuelta.

–Iré contigo.

–No, gracias. Esta noche no soy buena compañía.

–Ten cuidado, Travis. Si vuelves a terminar en un club de mala muerte y te descubren con otra chica...

–No voy a estar con ninguna chica. Solo quiero...

–Beber un poco.

Travis asintió y dijo, triste:

–Sí, puede que un poco.

Charlene sacudió la cabeza.

–Pues lo siento, porque no lo voy a permitir.

Él suspiró.

–Sé que tus intenciones son buenas, pero no me puedes proteger todo el tiempo.

–Quédate, por favor. Si te emborrachas y te hacen alguna fotografía, tendrás problemas muy graves.

–¿Es que ya no puedo salir a tomarme una copa? –protestó.

–Claro que puedes, pero es mejor que te la tomes en casa. Así podrás hacer todas las tonterías que quieras, sin más testigos que

yo.

–¡Maldita sea, Charlene, deja de controlar mi vida! –bramó él.

Los ojos de Charlene se llenaron de lágrimas.

–Oh, no. ¿Estás llorando? –continuó Travis.

–No, claro que no.

–Claro que sí. Pero no te preocupes; no me pasará nada.

–Por favor –le rogó–, no salgas. Los paparazzi te estarán acechando, como siempre.

–No seas paranoica.

–No soy paranoica. Y no pretendo controlarte; solo intento impedir que lo pierdas todo.

–Yo no voy a...

–Lo perderás –declaró, angustiada–. Te descubrirán borracho y perderás todo lo que habías conseguido. No te vayas, por favor.

–Charlene...

–No te vayas.

Travis le acarició la mejilla y sacudió la cabeza.

–De acuerdo, me quedaré. Haré lo que quieras. Lo que tú quieras.

–Solo quiero que estés a salvo.

–Y lo estaré mientras sigas conmigo.

–Siempre estaré contigo.

Charlene bajó la cabeza.

–Mírame... –susurró él.

Ella lo miró a los ojos y descubrió que su rabia había desaparecido. Luego, sin ser consciente de lo que hacía, dio un paso adelante y se quedó pegada a él. Solo era un contacto superficial, pero bastó para devolverla al momento de la playa, cuando la besó y la dejó tan fuera de sí que estuvo a punto de perder el control.

Entonces, Travis bajó la cabeza y la volvió a besar.

Y ella volvió a sentir lo mismo que había sentido la primera vez; una mezcla de confusión, incredulidad, pasión, excitación y alegría desenfrenada.

–Charlene... –dijo él, sin aliento–. ¿Crees que debemos...?

–Calla –susurró–. Hay momentos para pensar y hay momentos para actuar.

Travis la tomó de la mano y la llevó a su dormitorio. Las cortinas del ventanal estaban abiertas, pero no se molestaron en

cerrarlas. Delante del edificio no había nada salvo oscuridad. Nadie los pudo ver cuando se quitaron la ropa.

Al principio, se quedaron inmóviles en la cama, sin hablar, compartiendo una comunicación silenciosa, llena de preguntas y respuestas. Después, se empezaron a tocar con dulzura, descubriéndose el uno al otro.

El contacto de los dedos de Travis era tan delicado como tímido. A veces, parecía que se iba a echar atrás en la exploración de su cuerpo, pero siguió adelante y ella se lo agradeció. No habría soportado que dejara de tocarla. Ni habría renunciado a tocarlo a él. Y cuando por fin hicieron el amor, fue el momento más dulce y más satisfactorio de su vida.

Charlene se quedó dormida y despertó poco antes del alba. Travis estaba a su lado y se movía de un lado a otro, en sueños, como si buscara algo.

Preocupada, le puso una mano en el brazo y lo sacudió con suavidad.

–Estoy aquí. Estoy contigo.

Él abrió los ojos, la miró y sonrió.

–Hola, Charlie. ¿Qué tal estás?

–Perfectamente. ¿Y tú? ¿Has dormido bien?

–Al final, sí... No podía dormir, pero al final cerré los ojos y tuve un sueño maravilloso. Soñé que hacíamos el amor.

–No ha sido un sueño.

Él volvió a sonreír.

–Lo sé.

Al cabo de un rato, Travis se levantó de la cama y salió del dormitorio.

Se sentía atrapado entre la necesidad de volver con ella y el deseo de poner en orden sus más que tumultuosos pensamientos.

La noche anterior, Charlene le había vuelto a salvar.

Pero ¿quién era la mujer con quien se había acostado? ¿La amante apasionada que había llegado al fondo de su corazón? ¿O la amiga y la protectora que cuidaba de él como la mejor de las enfermeras?

Fuera quien fuera, habían tomado un camino cuyo destino desconocía.

Y necesitaba saberlo.

Durante los días siguientes, Charlene tuvo la impresión de que Travis había cambiado. No hablaba nunca de su noche de amor, ni la animaba a hablar a ella. Parecía incómodo en su compañía, como si se hubiera arrepentido de lo sucedido y quisiera marcar las distancias. La llevó a cenar varias veces, pero siempre con otros. Hacía lo que fuera necesario con tal de que no se quedaran a solas.

Y Charlene esperó. Pensaba que volvería a sus brazos, que harían el amor otra vez y que redescubrirían la pasión y la ternura que tanto necesitaban.

Pero esperó en vano.

Luego, Travis se marchó a Washington a rodar varias escenas exteriores de la serie de televisión. Estuvo varios días fuera y, aunque la llamaba cada noche por teléfono, Charlene empezó a pensar que se alegraba de su separación.

Cuando le anunció que volvía a Los Ángeles, fue a recibirlos a Joe y a él al aeropuerto. Y Travis anunció algo que borró temporalmente sus preocupaciones.

–Marcel me ha llamado por teléfono. Se casa la semana que viene.

–¿La semana que viene?

Travis asintió y le dedicó una sonrisa encantadora.

–Sí. La semana que viene nos vamos a París.

–Pero si tienes trabajo...

El actor se giró hacia Joe.

–Has dicho que no hay problema, ¿verdad?

–Por supuesto que no. Te hará una publicidad excelente. Un Falcon entre los Falcon... ¿Qué más se puede pedir? Gente importante, montones de periodistas... Marchaos a París y disfrutad del viaje.

Los días posteriores fueron un torbellino. Travis se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo y, Charlene, a despilfarrar dinero por las mejores boutiques de la ciudad, siempre en compañía de Julia.

Se acordaba de su primera noche en Los Ángeles, cuando le dijo a Travis que había interpretado el papel de Helena en *El sueño de*

una noche de verano. Se acordaba porque, en cierto modo, se sentía como el personaje de Shakespeare; obviamente, nadie iba a hechizar a Travis, pero sospechaba que, si terminaba con ella, no sería por amor sino por su necesidad de estabilidad y afecto.

Cuando llegó el día de volar a París, Charlene lo acompañó a los estudios, donde Travis tenía que rodar una escena. Mientras él trabajaba, Joe la llevó a tomar un café a la cantina. Para entonces, su relación había dejado de ser estrictamente profesional. Joe era un amigo, que nunca perdía ocasión de darle las gracias por lo que había hecho.

–Al final, vas a conseguir que le den el papel de protagonista en la película. Eres una bendición para Travis, Charlie. Y la boda no podría llegar en mejor momento… Aunque siento curiosidad por Amos Falcon. No entiendo cómo un hombre tan implacable pudo tener un hijo tan bueno como Travis –Joe se encogió de hombros–. Sea como sea, intenta conseguir que Amos se haga alguna fotografía con vosotros.

Charlene ni siquiera sabía si Amos pensaba asistir a la boda, así que se levantó con la excusa de ir al servicio para que no la interrogara al respecto.

Al volver, Joe estaba hablando por teléfono con Travis. Y oyó parte de la conversación.

–Cásate con ella. Sí, ya sé qué… ¿Quieres escucharme un momento, por favor? Es lo mejor para ti… No, claro que no, no intento decirte lo que tienes que hacer… Está bien, de acuerdo. Olvida lo que he dicho.

Charlene no quiso oír nada más. Volvió al cuarto de baño y no regresó a la mesa hasta que estuvo segura de que ya habían terminado de hablar.

–Travis me acaba de llamar –le informó–. Te está esperando para ir al aeropuerto, aunque antes tendréis que soportar a los periodistas de la entrada.

–Ah, vaya… –dijo con inseguridad.

–¿Qué ocurre? ¿Estás nerviosa?

–No, claro que no.

–Ya es tarde para echarse atrás. Travis te necesita.

–Lo sé.

Charlene sacó fuerzas de flaqueza e interpretó su papel a la

perfección. Sonrió a las cámaras, sonrió a Travis y lo acarició con ternura mientras avanzaban hacia el coche que los estaba esperando.

Ya dentro, él la tomó de la mano.

–Creo que el viaje a París nos vendrá bien. Necesitamos unas vacaciones. Y estar solos unos días.

–Podemos estar solos cuando quieras, Travis. Este viaje no es para estar conmigo, sino con tu familia –le recordó.

Travis sonrió con tristeza.

–Ah, sí, mi familia –dijo–. Tengo entendido que van a estar todos.

–Anímate... Yo estoy encantada con el viaje. Siempre quise conocer París. Pero no te preocupes por mí, por favor; me dedicaré a dar largos paseos por la ciudad.

Él la miró con sarcasmo.

–Buen intento, pero no permitiré que te alejes de mí.

Charlene sacudió la cabeza.

–Sabes que no me alejaría nunca. Pero deja de decir tonterías y saluda a la gente... Mira, te están llamando.

Travis se giró hacia la ventanilla y saludó a sus admiradores.

Capítulo 11

El vuelo de Los Ángeles a París duró trece horas.

Charlene durmió tanto como pudo y, cada vez que abría los ojos, descubría que Travis estaba con ella, sosteniéndole la mano.

Por fin, cruzaron el Atlántico y llegaron a Eu-ropa.

–¿Hay algo más aburrido que los viajes en avión? –se preguntó.

–Lo dudo mucho.

–Bueno, al menos tenemos el folleto de La Cou-ronne, el hotel de tu hermano Marcel. Ha sido una lectura interesante...

–Sí. Marcel compró un hotel en Londres para replicar el éxito de La Couronne en la capital inglesa. Así conoció a la señora Henshaw, que resultó ser Cassie, una chica de la que había estado enamorado hace ocho años.

–Ocho años... –repitió ella–. ¿Y se encontraron por casualidad, después de tanto tiempo?

Travis asintió.

–Es increíble, ¿no? Está visto que, cuando el amor es verdadero, el tiempo no tiene ningún poder sobre él.

–Por cierto, ¿sabes si tu padre estará en la bo-da?

–Lo desconozco –respondió–. No creo que esté precisamente encantado con el matrimonio de Mar-cel. Como ya te dije, quiere que alguno de nosotros se case con Freya, su hijastra. Pero Freya le ha salido bastante respondona... De hecho, ayudó a Cassie a conseguir dinero para hacerse socia de mi hermano.

–Pero ¿no es modelo? Pensaba que ya era ri-ca...

–No tenía tanto dinero como necesitaba. Pero Freya le dio un crédito con lo que Amos le había dado a modo de dote. Esperaba que lo usara para seducir a Marcel y, en lugar de eso, se lo prestó a Cassie. Según parece, mi padre sigue indignado con lo sucedido.

–¿Has vuelto a hablar con él?

–¿Desde que me llamó? No, en absoluto. Y no lo he visto desde hace casi un año, en Montecar-lo. Se mudó al principado para ahorrarse impuestos... Después, sufrió un infarto y fuimos a verlo

para estar con él. Teníamos miedo de que muriera.

–Pero se recuperó, y ahora tienes la oportunidad de mejorar vuestra relación.

–¿Nuestra relación? –dijo con sorna–. Amos no me ha dedicado una palabra de afecto en toda mi vida. Lo único que se le parece un poco es algo que me dijo una vez: «No te rindas. Lo puedes hacer mejor».

–Quizás intentaba animarte.

–No me quería animar. En realidad, todo lo contrario. Quería que me buscara «un trabajo serio» –afirmó–. Desengáñate; mi padre no va a cambiar a estas alturas. Solo espero que asista a la boda y que podamos charlar como dos personas civilizadas.

Cuando aterrizaron, los estaba esperando un hombre alto y atractivo que se encontraba en compañía de una joven extraordinariamente bella. En cuanto los vio, Charlene supo que eran Marcel y Cassie, la modelo.

El encuentro fue tan agradable como el trayecto que hicieran hasta el hotel La Couronne, un antiguo palacio cuyas salas interiores mantenían su aspecto tradicional, aunque con todas las comodidades modernas que pudieran soñar sus clientes.

Al llegar a la entrada, se les acercó un hombre que se parecía a Marcel. Charlene pensó que sería Darius.

Tras las presentaciones, Cassie la miró y dijo:

–¿Qué te parece si dejamos a los Falcon y te acompaño a tu suite? Conozco el camino.

Charlene asintió y Cassie la llevó a la suite, que obviamente iba a compartir con Travis. Si hubieran dicho que querían habitaciones separadas, habrían despertado muchas sospechas sobre su relación.

–Todos nos alojamos en el mismo piso –explicó la modelo–. Darius y Harriet están en este mismo pasillo. Jackson y Leonid, a la vuelta de la esquina... y un poco más allá, Amos, su esposa y Freya.

–¿Amos estará en la boda?

–Cruzo los dedos para que venga... Marcel se llevaría un disgusto si no aparece.

Charlene se quedó asombrada con la belleza y el tamaño de la suite.

La cama del dormitorio era tan grande que podían dormir dos personas sin tocarse en ningún momento.

Cassie se acercó al balcón y lo abrió. Justo entonces, un taxi se detuvo delante del hotel.

–Mira, esa es Freya... ¡Freya! –exclamó–. ¡Es-tamos aquí!

Freya subió a la suite, donde saludó a Cassie con la alegría y la complicidad de una vieja amiga. Era una joven briosa y atractiva, que se llevó inmediatamente bien con Charlene.

–¿Por qué has venido sola? –preguntó Cassie–. ¿Dónde están Amos y tu madre?

–No lo sé. La última vez que los vi, estaban discutiendo. A Amos no le ha gustado que te ayudara a casarte con Marcel. Se enfadó conmigo, pero lo puse en su sitio.

–Bien hecho –Cassie miró a Charlene y sonrió–. Será mejor que tengas cuidado. Ahora, Amos querrá que Freya se case con Travis.

Freya le guiñó un ojo.

–Descuida, Travis no me interesa.

Charlene soltó una carcajada.

–Si lo quieres, es todo tuyo.

–¿Qué has dicho? –preguntó alguien desde la puerta–. ¿He oído bien?

Era Travis. Y cuando Freya lo vio, se arrojó a sus brazos.

–No podrías llegar en un momento más inadecuado –se burló Cassie.

–No te preocupes. Estoy acostumbrado a que me rechacen –ironizó–. Me alegro mucho de verte, Freya.

Al salir de la suite, se encontraron con Leonid y Jackson. Charlene reconoció enseguida a Jackson, al que había visto muchas veces en televisión.

En cuanto a Leonid, se parecía asombrosamente a Marcel; tenía la misma boca y los mismos ojos oscuros, aunque con un aire más serio y melancólico.

Momentos después, bajaron a cenar. Y Char-lene descubrió que se llevaba especialmente bien con Harriet, la esposa de Darius.

–Todo el mundo ardía en deseos de conocerte –dijo Harriet–. Al fin y al cabo, eres la chica que ha conquistado el corazón del gran Travis.

La cena resultó muy divertida. Todos estaban contentos y no paraban de bromear.

Hasta que, de repente, se hizo un silencio incómodo.

Amos y su esposa acababan de llegar.

–Buenas noches –dijo el patriarca de los Fal-con.

Charlene miró al recién llegado. Era un hombre alto, de cabello blanco, por encima de los setenta años.

Su aspecto era tan formidable que no le extrañó nada que sus enemigos le tuvieran tanto miedo. Seguramente, era tan formidable en calidad de enemigo como en calidad de amigo, y hasta de padre.

Al ver a Travis, asintió y dijo:

–Me alegro de verte. No sabía si podrías venir.

–No pensarías que iba a faltar a la boda de mi hermano...

Entonces, Amos hizo algo que sorprendió a todos los presentes. Le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

Nadie lo podía creer. Amos acababa de sonreír a Travis, con quien siempre había mantenido las distancias.

Y por si eso no hubiera sido suficientemente extraño, Travis lo invitó a sentarse a su lado.

–No te he visto en mucho tiempo –continuó Amos–. Salvo en televisión, claro. No hay quien te saque de Hollywood.

–Lamento que te moleste.

Curiosamente, Amos volvió a sonreír.

–No me molesta. Me alegra que te vaya bien. Además, el negocio de la televisión es como todos... Si llegas a lo más alto, serás alguien y ganarás mucho dinero.

–Creo que empiezo a entender lo que pasa –susurró Harriet–. Alguien le ha dicho a Amos que Travis está a punto de rodar una película.

–Sí, seguro que es eso –se sumó Cassie–. Las series de televisión no le parecen importantes, pero una superproducción de Hollywood...

–Yo pensaba que las estrellas de cine no le interesaban –intervino Charlene.

–Y pensabas bien, pero ha cambiado de opinión por mi culpa –dijo Freya, con humor–. Siempre he sido una fan de Alaric Lanley.

–No me sorprende. Está buenísimo –observó Harriet.

–¿Quién está buenísimo? –preguntó Darius, entrecerrando los ojos.

–Nadie, nadie –respondió su esposa, riendo–. Tú sigue a lo tuyo.

–Tus deseos son órdenes para mí.

Darius sonrió a su esposa y siguió hablando con sus hermanos.

–Amos me pilló leyendo un libro sobre Lanley –continuó Freya–. Cuando supo lo grande que es y le dinero que gana, se empezó a interesar por el mundo del cine.

–Ahora lo entiendo –dijo Harriet–. Por eso ha cambiado de actitud con Travis.

–Hasta puede que se empiece a sentir orgulloso de él –intervino Charlene.

–Si gana mucho dinero, no lo dudes –sentenció Cassie.

Las otras mujeres asintieron con solemnidad.

Y entonces, se oyó la voz de Travis.

–Padre, creo que no te he presentado a Char-lene.

Amos miró a Charlene de arriba abajo, con satisfacción. Era evidente que había estado leyendo la prensa, porque sabía quién era y qué papel desempeñaba en la vida de su hijo.

Estuvo amable con ella y le dedicó unos cuantos halagos; pero, al cabo de un rato, Charlene decidió que había llegado el momento de dejar solos a los Falcon y se levantó de la mesa.

El resto de las mujeres hicieron lo mismo y se sentaron a tomar un café al otro lado del restaurante.

–Estarán hablando toda la noche –comentó Har-riet–. Pero yo tengo que levantarme pronto, y estoy segura de que Cassie está en la misma situación.

–¿Y la pobre Charlene? –preguntó Cassie–. Es-tará agotada tras un viaje tan largo...

Era verdad. Charlene estaba agotada; pero, al mismo tiempo, se sentía extrañamente viva y despierta.

Un momento después, se les sumó Janine, la madre de Freya y esposa de Amos. Era una mujer muy elegante y con sentido del humor, que provocó sus carcajadas con un par de comentarios sobre el carácter de su marido.

Por fin, llegó la hora de retirarse. Charlene subió a la suite, se duchó, se puso un camisón y se tumbó en la cama a ver la televisión.

Por casualidad, estaban pasando un capítulo de *El hombre del paraíso*, con subtítulos en francés, que disfrutó enormemente.

–¿De qué te ríes? –preguntó Travis cuando apareció.

–De ti –contestó, mirando la pantalla–. Estás en todas partes.

Travis sonrió.

–Mi padre ha dicho algo parecido. Y curiosamente, lo ha dicho como halago.

–Es todo un cambio, ¿verdad?

–Y que lo digas.

–Me alegro mucho por ti, Travis.

Travis se sentó en la cama y le apartó el cabello de la cara.

–Hasta eso te lo debo, Charlie. Tú me enseñaste el camino correcto, pero…

–¿Sí?

–Tengo miedo de que me malinterpretes.

–¿A qué te refieres?

–A todo esto, a la suite… Sé que tendría que haberte preguntado si querías compartir habitación, pero no sabía que nos pondrían en la misma. Ob-viamente, dieron por sentado que querríamos estar juntos.

Ella sacudió la cabeza.

–No te sientas mal, Travis. No es culpa tuya. Todos saben que vivimos juntos en Los Ángeles –le recordó–. Anda, deja de comportarte como una señorita victoriana y acuéstate, porque estoy tan cansada que me voy a quedar dormida en cualquier momento.

–Y yo. Pero ¿seguro que no te ha molestado? –preguntó, inseguro.

Charlene rio.

–¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez?

A la mañana siguiente, se despertaron temprano y se prepararon para la boda. A su alrededor, podían oír las voces del resto de los miembros de la familia. Y hasta oyeron una discusión de Freya con su madre.

–Bueno, ahora sabes lo que tienes que hacer si quieres quedar bien con tu padre –susurró Char-lene–. Casarte con Freya.

Travis, que estaba sentado en la cama, la miró con intensidad.

–Puestos a pensar en el matrimonio, preferiría casarme contigo.

Charlene se llevó tal sorpresa que estuvo a punto de soltar un grito ahogado. Pero se refrenó y dijo, sonriendo:

–Estaba hablando en serio.

–Y yo.

Ella se quedó sin habla. De repente, el ambiente se había cargado de electricidad.

–¿Y bien? ¿No tienes nada que decir? –continuó él.

–Bueno, es que... La verdad, no sé si estaría a la altura.

–¿Insinúas que no sabes si podrías soportarme? –ironizó.

–Es posible. Pero ya me conoces; nunca tomo una decisión sin pensarlo con mucho detenimiento.

–Entonces, piénsatelo bien. Ya hablaremos des-pués.

Travis se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño, dejándola completamente desconcertada.

La tentación de casarse con él era casi irresistible. A fin de cuentas, ya lo amaba con toda su al-ma.

Pero estaba convencida de que se lo había pedido porque Joe se lo había aconsejado y porque, ahora que todo iba bien, quería consolidar las cosas con una mujer sensata y eficaz que cuidaba de él mejor que nadie.

Sin embargo, le había hecho una oferta y tendría que responder en algún momento.

Se podía casar con Travis, un hombre que la adoraba a su manera, aunque seguramente no la amaba, o rechazarlo y dejarlo solo, a merced de los elementos.

–No sé qué hacer... –se dijo.

Lo conocía lo suficiente como para saber que cuidaría bien de ella; a fin de cuentas, era un hombre afectuoso y agradecido.

Pero si se casaba sin amor, sería incapaz de serle fiel. Más tarde o más temprano, acabaría en brazos de alguna jovencita sexy.

Sacudió la cabeza y suspiró.

Era la decisión más difícil de toda su vida.

Capítulo 12

La boda fue tan elegante como cabría esperar en un lugar como el hotel La Couronne y con personas como los Falcon y sus mujeres.

Todos, desde los novios hasta el propio Amos, estaban magníficos; pero Charlene tenía sus propios problemas y no prestó demasiada atención a la ceremonia.

Travis le había pedido que se casara con ella. Y, a pesar de las horas transcurridas, seguía sin tener una respuesta.

Tras la boda, llegó el momento de las fotografías. Amos posó con sus cinco hijos y, a continuación, se dejó fotografiar con Darius, Marcel, Jackson y Leonid, por separado. Pero no se olvidó de Travis.

–Espera, que faltas tú...

Charlene se llevó una alegría enorme.

–Oh, sí –susurró–. Sí, sí...

La fiesta fue maravillosa. El champán corrió a raudales y todos se divirtieron mucho. Hasta que los invitados se empezaron a marchar y el acontecimiento se convirtió en otra reunión más de la familia Falcon.

En determinado momento, Travis se puso a hablar con Leonid, que había perdido su expresión sombría y parecía estar disfrutando de la conversación con su hermano. Luego, los dos hombres se acercaron a Charlene y la invitaron a sentarse con ellos.

–Le estaba diciendo a Travis que me alegro mucho de verlo –dijo Leonid–. Es una pena que nos separemos mañana... no sé cuándo nos volveremos a ver.

Charlene tuvo una idea.

–Creo recordar que uno de los capítulos de la serie de televisión se rodó en Londres. ¿Por qué no rodáis uno en Moscú?

–¡Es verdad! –dijo Travis, encantado.

–Pero vas a rodar una película... ¿Tendrás tiempo? –preguntó Leonid.

–Aún no sé si voy a rodar esa película. Y, aunque la rodara,

tendría tiempo de sobra –respondió–. En cuanto llegue a Los Ángeles, hablaré con los productores de la serie.

–Y te concederán el deseo porque eres su estrella –declaró su hermano–. Espera a que llegues a Moscú… Seré la envidia de todos mis amigos.

Leonid tomó a Charlene de la mano y se la besó.

–Gracias por la idea, Charlene. Travis, tu novia es absolutamente genial.

–Lo sé.

–Oh, vamos, solo era una sugerencia –dijo ella entre risas–. Si al final ruedan ese capítulo, lo harán para satisfacer a Travis.

–No lo dudo. Travis es un gran hombre. Pero te recuerdo que un gran hombre necesita a una gran mujer.

–Y que lo digas… –sentenció su hermano.

En ese momento, sonó el teléfono de Travis.

–¿Sí? ¡Hola, Joe! ¿Cómo? ¿Estás seguro? ¿No es una broma? Sí, sí, claro, lo recordaré… El mes que viene. De acuerdo.

–¿Qué pasa? –preguntó Charlene.

–Que me han nominado para los premios Top Go de televisión.

–¿En serio? –intervino Darius, que se había acercado con el resto de la familia–. ¿En qué categoría?

–No lo sé… ¿En qué categoría, Joe? –preguntó al jefe de prensa–. Dios mío… ¡En cuatro!

–¡Cuatro nominaciones! –exclamó Marcel, encantado–. ¡Cuatro!

Travis se despidió de Joe y miró a sus hermanos tras cortar la comunicación.

–Bueno, tampoco tiene tanta importancia. Se-guro que alguien ha presionado para que me incluyan…

–No seas modesto –protestó Jackson–. ¿Para qué categorías te han nominado?

–Para el premio al mejor actor, para el premio al mejor actor de comedia, para el premio al mejor actor de drama y para el premio a la mejor contribución a la educación pública –respondió, sonriendo de oreja a oreja.

–¿Tú? ¿Educación? –se burló Darius.

–Eso es porque aparecí en un par de documentales –Travis le restó importancia–. Como ya he dicho, no es para tanto.

–No, claro que no. Solo tienes más nominaciones que nadie –dijo

Marcel.

Todos rompieron a aplaudir y brindaron en su honor. Hasta Amos, que había guardado silencio, parecía impresionado.

–Ganarás los cuatro premios, hijo –sentenció–. Saldrás en toda la prensa y conseguirás el papel protagonista en esa película. Bien hecho.

–¿Estás contento?

–Por supuesto que sí –respondió Amos–. Pero, ¿qué has dicho antes, cuando estabas hablando por teléfono? He oído algo del mes siguiente...

Travis asintió.

–Joe se refería a la ceremonia de entrega de los premios. Se celebrará en Los Ángeles, el día quince.

–Excelente. Allí estaré.

–Y yo –dijo Marcel–. Y Cassie.

–Y Harriet y yo –declaró Darius.

–Y nosotros –dijeron Jackson y Leonid al unísono.

Fue una noche de éxito para Travis, tanto desde el punto de vista profesional como desde el punto de vista familiar. Cuando se retiraron a la suite, estaba más contento que nunca. Hasta su padre lo había felicitado.

–¡Y todo es gracias a ti, Charlene!

–No, ha sido cosa tuya.

–No discutas conmigo...

Travis la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

–Ahora, no tienes más remedio que aceptar mi oferta de matrimonio –continuó.

–Pero...

–No hay peros que valgan. No aceptaré una negativa.

–Travis...

–Cásate conmigo.

–Yo...

–¡Cásate conmigo! –repitió.

Ella sonrió y asintió al fin.

–Está bien, me casaré contigo.

–¿Lo dices en serio? –preguntó, completamente asombrado.

–Por supuesto.

–Entonces, demuéstramelo.

Charlene era consciente de la clase de demostración que esperaba, y se la ofreció con toda la pasión que llevaba dentro.

Durante los días transcurridos tras su primer encuentro amoroso, se había preguntado muchas veces si se volverían a acostar. Y ahora, al hacer el amor, se dio cuenta de todo lo que habría perdido si no hubiera tenido ocasión de volver a tocarlo, a acariciarlo, a sentirse íntimamente unida al hombre de sus sueños.

Hicieron el amor sin prisas, con calma. Char-lene se entregó a sus sensaciones con la certeza de que estaban empezando una nueva vida. Y después, cuando él se quedó dormido, se levantó de la cama y se dedicó a observarlo a distancia, desde el balcón del dormitorio.

Aún no sabía si Travis estaba enamorado de ella. Pero sabía que la necesitaba y, de momento, tendría que ser suficiente.

De vuelta en Los Ángeles, descubrieron que ya se estaban haciendo los preparativos para la entrega de premios. La noticia de las nominaciones se había extendido y todos daban por sentado que Travis conseguiría el papel en la película. Fueron días de felicidad, sin más borrón que el disgusto que Charlene se llevó cuando supo que sus abuelos no podrían estar presentes en la ceremonia.

–Es una pena –se lamentó Travis–. Me habría gustado que asistieran. Habría sido la guinda de un momento perfecto.

Cuando llegó la noche de los premios, Char-lene se puso un vestido de terciopelo, de color azul intenso. Travis se acercó para subirle la cremallera y dijo:

–Me encanta ese azul. Irá muy bien con esto.

–¿Con esto?

Ella se dio la vuelta y él le enseñó un anillo de diamantes y zafiros.

–Es precioso... ¿Me lo puedo poner?

–No, todavía no. Te lo daré cuando anunciemos nuestro compromiso –respondió con ojos chispeantes–. Tendrás que ser paciente.

–Lo intentaré.

Justo entonces, oyeron un timbre.

–¿Qué es eso? –preguntó Travis.

–Mi teléfono.

Charlene lo alcanzó y contestó la llamada. Era su abuelo.

–¿Charlie? Ha pasado algo terrible. Emma ha sufrido un infarto y los médicos no saben si se va a recuperar.

–Oh, Dios mío...

–¿Podrías venir? Emma sabe que estás ocupada y no quería que te llamara, pero está muy grave –dijo su abuelo.

–Por supuesto que iré. ¿En qué hospital está? –le preguntó.

Charlene apuntó el nombre del hospital y se despidió de su abuelo.

–¿Qué ocurre, Charlene?

–Es mi abuela. Se está muriendo.

–Oh, no... En ese caso, saldremos en el primer avión. Creo que hay uno esta tarde.

–¿Saldremos? No, nada de eso. Tienes que asistir a la ceremonia. Además, toda tu familia está aquí –le recordó.

–¿Crees que unos premios de televisión me importan más que tú?

–No puedes irte ahora, Travis. No puedes –insistió–. ¿Es que no lo entiendes? Es demasiado importante.

–Lo entiendo de sobra. Mejor de lo que imaginas.

–En ese caso, deja de llevarme la contraria. Esos premios son fundamentales para tu carrera.

Travis sacudió la cabeza y se apartó.

–Prepara tus cosas. Vuelvo enseguida.

Travis reapareció cuando Charlene ya había terminado de hacer el equipaje.

–Ya tengo tu billete –dijo–. Rick nos está esperando abajo.

–¿Nos? –preguntó ella.

–Sí. Te acompañaré al aeropuerto.

Cuando llegaron, Travis pidió a Rick que lo esperara en el aparcamiento y acompañó a Charlene al control de pasaportes. Pero, para su sorpresa, Travis sacó otro billete de avión y entró con ella.

–No pensarías que te iba a dejar sola, ¿verdad?

Charlene se había quedado atónita.

–Pero los premios...

–Olvídate de los premios.

–No entiendo nada. Le acabas de decir a Rick que te espere...

–Solo ha sido un truco para que no sospecharas nada. Cuando salí de la suite para comprar los billetes, hablé con él y le dije lo que iba a hacer. A estas horas, ya estará volviendo a la ciudad –le explicó.

–Travis, por favor, tienes que ser sensato. Tus jefes se pondrán furiosos.

–Lo sé.

–Y tu familia...

–He llamado a Darius y se lo he explicado to-do.

–¿Y qué pensará tu padre?

–Buena pregunta. Pensándolo bien, será mejor que lo llame y se lo diga yo mismo.

Darius sacó el teléfono, marcó su número y le explicó la situación a toda prisa.

–¿Es que te has vuelto loco? –bramó Amos, indignado.

–Siento dejarte en la estada, pero no tengo opción.

–¡Por supuesto que la tienes! ¡Pones en peligro tu carrera y me insultas a mí!

–No pretendía insultarte, padre. Esperaba que lo entendieras.

–Lo único que entiendo es que estás haciendo una estupidez. Ningún hijo mío cometería un error tan imperdonable.

–En este momento, te juro que no me siento hijo tuyo –replicó.

–¡Deja de decir tonterías y vuelve ahora mismo! ¡No hay mujer que merezca...!

Travis cortó la comunicación y lo dejó con la palabra en la boca.

Charlene lo miró con asombro.

–Acabas de colgar a tu padre... No te lo perdonará nunca.

–Ni yo lo perdonaré por haberte insultado.

–Mira, Travis, agradezco lo que estás haciendo, pero tiene razón. Deberías volver. Todavía no es tarde.

–¿Es que no lo entiendes? Es tarde desde el día en que te conocí. No me he dado cuenta hasta hace poco, pero ahora sé que eres la mujer de mi vida –declaró con vehemencia–. Estoy enamorado de ti, Charlie.

Los ojos de Charlene se humedecieron.

–¿Estás seguro de lo que dices? Si te vas conmigo, podrías perderlo todo.

–Y si me quedo, te podría perder a ti, a la mujer que amo –

replicó–, a mi única posibilidad de ser feliz.

Ella se quedó sin habla.

–No sabías que estaba enamorado de ti, ¿verdad? –continuó él.

Charlene sacudió la cabeza.

–No, no tenía la menor sospecha. Estaba convencida de que me había enamorado de un hombre que no me correspondía –le confesó–. De hecho, pensé que me habías ofrecido el matrimonio porque Joe te lo había aconsejado.

–¿Cómo sabes que...?

–Oí vuestra conversación telefónica.

–Entonces, también sabes que me enfadé con él. Quería que me casara contigo por conveniencia –Travis se acercó y la abrazó–. Dios mío... han pasado tantas cosas que no sé cómo es posible que sigamos juntos.

–Pero seguimos juntos.

Travis la besó.

–Sí.

El vuelo fue tranquilo y silencioso. Se habían dicho todo lo que se tenían que decir, de modo que se limitaron a disfrutar de su mutua compañía. Cuando llegaron a Londres, subieron a un taxi y se dirigieron directamente al hospital.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Frank cuando los vio entrar–. ¡Emma! ¡Mira quién está aquí!

Emma se giró hacia la entrada.

–Charlene... sabía que vendrías.

–Y no he venido sola.

–Oh. Pero si es...

–Tu futuro yerno –declaró Travis–. Y espero que te pongas bien, porque quiero que asistas a nuestra boda.

–¿Os vais a casar? ¡Qué maravilla!

–Tómatelo con calma. No te excites –intervino el médico, que estaba en la habitación.

–Es que soy tan feliz...

Salieron del hospital por la noche y se alojaron en un hotel cercano. Frank les había dicho que el estado Emma había mejorado mucho en las últimas horas y que, según el médico, ya estaba fuera de peligro. Pero, a pesar de ello, Charlene estaba tan preocupada que tardó bastante en quedarse dormida.

A la mañana siguiente, cuando despertó, vio que Travis acababa de colgar el teléfono.

–¿Quién era?

–Joe. Me ha dicho que he ganado el premio al mejor actor.

–¿Y qué ha pasado con los otros premios?

–No me los han dado, pero con uno me basta... Además, Joe está muy contento. Dice que, cuando la gente supo el motivo de mi ausencia, rompió a aplaudir. Por lo visto, mi carrera no ha sufrido ningún daño.

–¿Y se sabe algo de tu papel en la película?

–Bueno...

–Oh, no me digas que...

–Se lo han dado a Alaric. Pero, ¿a quién le importa? Tengo mi serie de televisión y te tengo a ti –dijo–. No te preocupes, Charlie. Tomé una decisión y no me arrepiento de ello. Seré feliz mientras tú estés conmigo y me ames.

–¿Es que dudas de mi amor?

Travis la miró de forma extraña, con una mezcla de admiración y malicia.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Estaba pensando que si Joe se encontrara aquí, te pediría que me dijeras algo bonito para animarme.

–¿Quieres que te diga algo bonito?

Travis sonrió.

–Está bien, te lo diré... Te amo con toda mi alma. Jamás he amado a nadie como te amo a ti. Eres mi vida, Travis. Estaré contigo siempre, constantemente. Y espero que, al final de nuestros días, sigamos juntos.

Charlene le acarició una mejilla y añadió:

–¿Eso te parece suficiente? ¿O quieres algo más?

Travis sonrió.

–Es más que suficiente.